



S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



ORO Y ESPIRITU EN LETRA IMPRESA

Nuestra mejor materia exportable: el libro

Uno de los últimos números de "El Diario de Lisboa" reproduce un discurso del doctor Julio Dantas, pronunciado en la Academia de Ciencias de Lisboa, y en el cual dió cuenta de los acuerdos diplomáticos y académicos, mediante los cuales la unificación del léxico y de la ortografía portuguesa han dejado de ser para nuestros vecinos un problema lingüístico y una preocupación política.

El citado periódico encabeza su número con titulares que reflejan el interés con que la nación hermana ha seguido estas negociaciones. El vínculo de unión de 50 millones de seres con la metrópoli, el idioma, queda arraigado en fundamentos sólidos y definitivos que permiten abrigar las más optimistas esperanzas para futuras relaciones culturales y, por su consecuencia, las más firmes bases para hermanar intereses comerciales y políticos.

Al mismo fin tienden los esfuerzos de nuestras personalidades y entidades hispanoamericanas; a defender el castellano en la lucha con otros idiomas, conservar como el más fuerte lazo de conexión, evitando corrupciones e intrusiones, y su disolución en dialectos o lenguas locales. El problema importa tanto a los americanos como a nosotros, y América ya empieza a comprenderlo. La cuestión no se encierra sólo en marcos filológicos, literarios o culturales; es de hecho económica, y basa la principal defensa de nuestras relaciones con Hispanoamérica y de nuestros intereses en aquellos países, más asequibles a otras influencias, si no fuese por la comunidad lingüística, de cultura y de Religión.

Nuestra Academia viene luchando por la pureza del lenguaje, y maternalmente acoge en su seno modismos y nuevos vocablos americanos que enriquecen nuestro idioma. Muchos de ellos producto de

la asimilación de lenguas locales. Otros a consecuencia de la máxima difusión de la letra impresa: nos referimos al periódico. Si bien hay periódicos americanos y revistas, de colaboración selecta y léxico cuidado, orgullo de las naciones que los publican, esta gigantesca Prensa pesa sobre un reducido número de profesionales de limpia prosa, y el resto, obligados a escribir con esa rapidez que impone la Prensa moderna, influidos por los constantes modismos y vicios del lenguaje regional, sujetos por los aprendizos de la improvisación y, principalmente, influenciados por la moderna tendencia americana del reportaje, sensaciones y sin base, van deformando y degenerando más rápidamente de lo que creemos nuestro puro idioma.

Podemos decir que el periódico lleva al lector el lenguaje popular y de la calle, y que sus efectos perjudiciales para el idioma sólo pueden ser contrarrestados por el buen libro.

Estos razonamientos nos llevan a la conclusión de que únicamente el libro español, entendiendo por libro español todo aquel que esté escrito con arreglo a los más correctos cánones gramaticales, sea impreso en América o en España, puede aminorar aquellos defectos y suprimir la competencia de otras lenguas o dialectos.

El libro español, insignie emigrante, hace años que pasó el océano, llegó a América y defendió y encadenó nuestros intereses. Libro privilegiado y único: sólo el inglés, leído por millones de seres, comparta con el nuestro la hegemonía. Ni el libro alemán, italiano, holandés, ruso e incluso el portugués, eran tan aguardado en aquel vasto espacio civilizado. Nuestras ediciones cubrían un fabuloso número de leguas cuadradas de civilización. Según un insignie escritor: "...el libro español, fruto de una comarca árida, seca, pobre, de genio bronco y áspero, perdida en alta meseta, lejos del mar civilizador e itinerante, es capaz de difundir por mares y continentes su oscura lengua, hoy claro vehículo espiritual de razas y auras distintas. Libro único que posee un público de naciones".

No obstante los altos fines espirituales del libro, al tratar de su influencia y problemas, es necesario considerarle como útil de comercio, por uno de sus aspectos: mera mercancía.

Comercialmente, nuestro libro alcanzó un período álgido y nuestras editoriales realizaron durante muchos años buenos negocios y dan cima a la más práctica expansión nacional. Millones de ejemplares son enviados a América, exponen nuestra cultura, imponen nuestra educación y costumbres y conservan nuestras tradiciones.

Los beneficios morales y materiales de la exportación de libros fueron buenos, los precios remuneradores. Fácil mercado, vírgenes masas de lectores, países en construcción ávidos de material técnico y de innovaciones científicas, acogen favorablemente nuestras obras y las ediciones se multiplican. España conquista inteligencias y expande su moderna y su clásica literatura y sus nuevas aportaciones a las ciencias. La industria editorial española aumenta en potencia industrial, creando ediciones cuidadas y abaratando la producción por la expansión del mercado.

Pero al libro español le salieron varios enemigos. La potencia de éstos, la conjunción de diversas vicisitudes para España, las dificultades de nuestra postguerra y las que ha creado el actual conflicto dieron al traste con la labor y esfuerzo de muchos años. Muchos males tienen raíces antiguas, que ineptos gobernantes no supieron atajar, y hoy, el porvenir y presente del libro español, del libro escrito, impreso y vendido por España, hemece de decirlo sin paliativos ni falsos optimismos, tiene como perspectiva serias dificultades, sólo salvadas por un gigantesco esfuerzo del Estado, autores y editores.

Surgieron los primeros opositores a la preponderancia editorial española; Norteamérica, Francia, Alemania y algún otro país en tono más modesto, percatados de la trascendencia de aquella superioridad cultural y de la importancia de nuestra misión en América, acometen la edición de obras escritas en español.

Otro serio enemigo para nuestro libro fué la edición fraudulenta. Inútilmente clamaron editores y autores españoles por tratados y convenios de propiedad intelectual que pusieran a salvo los sagrados intereses del libro castellano en América. Ciertamente concepto liberal por parte de algunas Repúblicas, de que el libro no es sólo un elemento de entretenimiento y de que su sustancia civilizadora debe alcanzar el máximo de

difusión, no poniendo trabas a la cultura fué aprovechada por libreros y editores americanos para convertir el respeto a la propiedad intelectual en base del más escandaloso de los fraudes. Este problema se ha ido aminorando a medida que las dificultades para el envío de libros a América son mayores. Esta paradoja tiene fácil explicación. Nuestra ausencia permitió la creación de nuevas editoriales, Empresas de Importancia nacidas con la experiencia aportada por las editoriales españolas y dirigidas con frecuencia por competentes especialistas españoles. Estas editoriales alcanzan tal pujanza y desarrollo que su seriedad comercial e importancia económica no precisan recurrir a clandestinos procedimientos. El negocio está organizado y sus consecuencias económicas aseguradas. No ocurría así con los improvisados editores de hace años, y para los actuales es más cómodo y honroso entenderse directamente con los autores españoles, con las Casas editoriales que usufructúan estos derechos o realizar convenios con las firmas españolas radicadas en América.

No hemos de lamentar que Hispanoamérica haya encauzado su propia producción editorial y que ésta se mantenga en un tono de potencia y de realidad. El hecho debe enorgullecernos, al igual que la madre que recibe los frutos y provechos del mejor de sus hijos. Estas circunstancias, propaganda y esfuerzos crean nuevos horizontes al libro español y favorecen, como lógica consecuencia, la propaganda y venta de nuestros libros. Veinte países han iniciado un gigantesco salto en su progreso científico y cultural, y 85 millones de seres que hablan el español permiten una colaboración eficaz con campo suficiente para no lesionar los intereses económicos de la naciente y potente industria editorial americana y de la española.

Quizá el mayor enemigo actual de nuestra expansión librera en América radique en nosotros mismos. Dejando a un lado las lógicas dificultades de la industria española: importación escasa de papel, mala calidad de éste, carencia de buenos elementos de impresión y encuadernación, salvadas en parte mediante un notorio esfuerzo y breve plazo, aun allanando estas inconvenientes, difíciles de resolver mientras se desarrolla la más grande lucha económica, social y política, indiferencia y egoísmo de los que somos culpables cuantos intervenimos en la formación y confección del libro, hemos dejado abandonado el esfuerzo de muchos años y a riesgo de perder lo que tanto trabajo costó lograr: el mercado americano, y en manos de extraños el principal eslabón de la Hispanidad: el libro español.

Las propias dificultades españolas, la destrucción casi total de las existencias de editoriales radicadas en zona no nacional durante la pasada guerra de Liberación, la escasez de la producción y escasa competencia convirtieron el complejo y difícil negocio editorial en fácil tráfico. Una nueva generación, nuevos modos y estilos, nuevos conceptos de la cultura y de la Patria proporcionan multitud de ávidos de aprender y leer. Obreros y técnicos, Empresas e instituciones compran cuanto se produce, y los editores españoles vemos cómo desaparece rápidamente nuestra escasa producción. Si bien la dificultad del momento reducen en una buena parte nuestra razonable utilidad, la compensación se obtiene con una mayor facilidad de resaca. Pero al lado de tanto libro interesante, los editores, por lógico razonamiento comercial y también por no encontrar verdaderos valores literarios, llamamos nuestros escasos mercados y nuestra insuficiente producción con ediciones de éxito popular de literatura ligera y acaramelada; nos seduce el espejuelo de la momentánea realidad y huimosa de América del cuidado de las ediciones allí destinadas, de los riesgos de embarque, de los descuentos especiales, de los cobros lentos o difíciles.

Para el autor se cierran nuevos caminos, y si bien como editores hemos entonado el "mea culpa", muchos autores también eligieron los senderos trillados abandonando su latente espíritu de creación para entregarse a la reimpresión, prefiriendo la seguridad en la venta de obras ya popularizadas a los trabajos, riesgos e incertidumbres de nuevas obras.

Posiblemente carezcamos, salvo raras excepciones, de valores literarios en la cantidad y calidad de los existentes en el período álgido de exportación y difusión del libro español en América. Falta el escritor de masas, el valor capaz

de entusiasmar a lectores de veinte países. No han surgido los continuadores de las firmas que tanto contribuyeron a nuestro éxito literario en América, y los que quedan de aquella generación, el lector los encuentra agostados, quizás no encajados en las raíces de nuestra transformación cultural, quizás así como consecuencia lógica de vivir en una era de evolución total de modos y conceptos.

Por ello los editores, y también el público, se inclinan hacia la traducción. Para el editor, el original traducido viene respaldado por el mayor o menor éxito alcanzado en su país de origen. Para el lector, la novedad de paisajes, horizontes y tendencias literarias encajadas en marcos nuevos. Miquelarena, con su sutil y fino ironismo, achaca la decadencia de nuestra actual literatura al provincianismo de alguno de nuestros escritores, incapaces de sentir la llamada de América, basando su producción en un cazarismo delirante. Faltaba la creación, y nuestras traducciones no podían interesarles. Si nosotros traducimos, ellos también lo hacen.

He aquí en forma general, a grandes rasgos, el desolador panorama que nuestro libro ofrece. Competencias extranjeras, incremento en los países consumidores de su producción, falta de autores, dificultades. El más grave momento para el libro español. Concurrer una serie de dificultades que sólo un titánico esfuerzo, sólo la comprensión y ayuda por cuantos forman el engranaje que hace marchar el libro, puede salvar a éste.

¿Soluciones? Nos consta que el Consejo de la Hispanidad estudia detenidamente el problema del libro en América y ha dado los primeros pasos con la celebración de Exposiciones, propagandas, etc., y que Ramas, Sindicatos, Cámaras del Libro, editores y autores sienten inquietudes por solventar la anormal situación y que, en plazo breve, plasmarán en prácticas realidades los anhelos de todos.

La obra es tan grande, tan inmensa, se nos requiere a que los editores aportemos con nuestra experiencia soluciones y señalemos errores que, expuestas las equivocaciones y problemas de nuestra exportación a América, quizá acercadamente, con ese exagerado sentido crítico tan español, especialmente cuando se trata de juzgar nuestros propios defectos, sin el ánimo de buscar soluciones nuevas, seguramente ya previstas y halladas por las entidades y organismos que menciono, esbozará ligeramente el punto de vista de un editor en este problema.

No es preciso repetir lo transcendente de que en América española predomine nuestra cultura. Para ello es necesario que nuestro libro siga dominando el mercado americano, hacer el buen libro, pléto de ciencia y de saber, lleno de ideas que hagan volver los ojos de aquellas naciones a su España. No poseemos otro medio de influencia en América. Inútil sería competir hasta que alcancemos el iniciado reequipamiento comercial y económico con otras potencias. Tarea difícil es rivalizar con la preponderancia industrial, cinematográfica y automovilística de los Estados Unidos; con la Marina y transportes ingleses; con la industria militar, química y de maquinaria alemana. Sin embargo, millones de hijos de españoles miran a España y nos ofrecen el más amplio horizonte para la organización del mercado editorial español en aquellos países, con todos los beneficios que la industria del libro pueda reportarnos y con los que indirectamente recibamos, puesto que al propagar y difundir nuestro libro, divulgaremos nuestros productos, nuestras bellezas, aumentaremos nuestro turismo y facilitaremos la intensificación comercial de otros productos.

Una solución lenta, pero tremendamente eficaz, sería la de crear centros de cultura especiales para estudiantes hispanoamericanos y facilitar el intercambio espiritual e intelectual. Que los americanos envíen sus hijos a estudiar Medicina, Leyes, Ingeniería, Marina, etcétera, en España. Nos comprenderían mejor y devolveríamos a estos jóvenes países futuros catedráticos, marinos, profesores, médicos e intelectuales formados en nuestro ambiente y en nuestros textos, propagandistas fieles de nuestras bondades y cultura. Rescatados de influencias extrañas, esta gran masa intelectual se interesaría en lo sucesivo por

(Continúa en cuarta página.)

Año I - Madrid, 26 de abril de 1942 - Núm. 17



El libro español en América

- PORTADA de Carlos Tauler.
- MISION POLITICA DEL LIBRO (editorial) y cartilla del embajador de Chile; página 3.
- MISION Y VOLUNTAD DEL INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL, por Julián Fernández, y cartilla del embajador de la Argentina; página 5.
- LOS TRES LIBROS DEL CUZCO, por el marqués de Lozoya; página 7.
- MAYORAZGO DE DIEGO MENDEZ, por Eugenio Montes; página 9.
- VIAJE ALREDEDOR DE MI LIBRERIA, por Lope Mateo; ilustraciones de Egual; páginas 10 y 11.
- EL LIBRO ESPAÑOL EN AMERICA, por Pedro Mourina Michelena; página 13.
- POLITICA COMBATIENTE DEL LIBRO, por Darío Fernández Flórez; página 14.
- EL LIBRO DE EXPORTACION, por Melchor Fernández Almagro; página 15.
- FUNDACION Y DESARROLLO DE LA EDITORIA NACIONAL, por Rogelio Pérez Olivares; página 16.
- UNA POLITICA DE EDICIONES MUSICALES, por Federico Sopena; página 17.
- LA VIDA CORPORATIVA DEL LIBRO ESPAÑOL, por Joaquín Calvo Sotelo; página 18.
- UNA LIBRERIA DE SANTIAGO DE CHILE, por Samuel Ros; página 20.
- VINETAS de Gabriel y Bayón.

MISION POLITICA DEL LIBRO

NO hemos tenido nunca una verdadera política del libro y hoy, necesariamente, necesitamos tenerla. En aquellos alardes de pedantería libresca que como una erupción primaveral brotaban sobre los días de la República, se intentó hacer creer al pueblo español que todo un agudo problema de cultura se les daba resuelto en una Feria. Casetas y tiestos, banderines en los tranvías y altavoces para recoger discursos edilicios, albergaban la espantosa mercancía de aquel tiempo: marxismo, encogimientos pacifistas de los tiernos mentecatos de la Institución, ensayos sobre una especie de sexualidad pecuaria y alguna otra cosa. Sí, poco más. Se nos va a decir que entonces escribían para su venta con descuento los severísimos y magníficos señores de todos conocidos. Escritores lujosos se editaban lujosamente a sí mismos para asomarse al escaparate de la Feria, mecidos por el tufo hediondo del tiempo. No enrojecía el severo engaste que albergaba tanta ciencia, la inmediata compañía en el estante de la última ferocidad comunista, unida a los filósofos por el sencillo denominador del diez por ciento en factura.

Poesía del tiempo, ensayismo del tiempo, filosofía del tiempo y política del tiempo. Bien, ¿y qué más? Ardió todo conjuntamente en la pira colosal — también propia del tiempo — cuando al otro lado de esa línea de casetas con floripondios libertarios estábamos nosotros. Impalpablemente iba apareciendo la literatura de la hora altísima de nuestra generación. Surgían ya, a despecho de doctrinarios y de catedráticos, sujetadas en su vuelo por la doble exigencia de la persecución y el vacío, las primeras palabras de combate de la juventud hispánica.

No podemos detenernos en sintetizar en este comentario lo que se hizo después. Fué la guerra, y con eso hemos dicho ya todo lo necesario. Ahora nos toca volver a nuestra primera afirmación. Hemos de imponernos una auténtica política del libro. Si en su más fuerte esperanza, la misión del libro es fijar con grandeza los valores esenciales de la época que sirve, acaso pocas veces la amplitud excelsa de los temas les han sido dados con más prodigalidad a los hombres de letras. Sin conseguir una sólida visión del por qué de la sangre, de la razón de nuestro adelantamiento al normal paso de nuestra vida, sin soldar todos los caminos de la tragedia en una sola audacia frente a la Historia, las ideas de nuestro tiempo perderán su centro fijo. Y será mucho más de lamentar esta falta de constancia impresa por la enorme injusticia que entrañaría para la historia de las generaciones españolas. Injusto, porque si acaso en el orden limitado de consecuciones prácticas, el anhelo juvenil se haya quedado escaso, en cambio, en la eternidad laureada de su aliento poético, de su grandeza humana y de su profundidad moral, el hom-

bre español de nuestra época ha dado ciento y raya a las demás.

El espíritu español del tiempo falangista ha de tener su centro de gravedad dirigido, en primer lugar, hacia la vigencia de su reciente sacrificio y hacia toda el alma hispánica desperdigada con abandono de siglos por la extensión de la tierra.

Es al libro al que le corresponde de manera excepcional la larguísima tarea de enseñar al mundo que nuestro sistema doctrinal no fué un polvo flotante transido nada más por el rayo de sol del heroísmo militar. Todas las creaciones del espíritu que ha regido el pasado reciente y su mandato han de madurar al

silencio y a la sombra de los libros.

Sólo al libro español le cabe la tarea de dar continuidad segura y de alzar ecos, más allá del otro estribo atlántico, de todas nuestras premisas. No pedimos a nadie que nos imite, pero si quiera si reclamamos la comprensión de una época que no será un trazo leve en la historia de Europa. Esa capacidad común de sufrimiento de los pueblos de Europa es la garantía de la unidad. ¡Es ya la unidad de las almas!

Nuestra época es nuestra y está al cabo de todos los sobreavisos. No botamos al mar los navíos de una ilustración ajena a los que hemos creado tan dolorosamente. Es mejor que nos conozcan como somos o que nos ignoren simplemente. Pero no sucederá así, estamos seguros. Hay tal humanidad palpitante en nuestra existencia última, ofrecemos tan desnuda la entraña angustiada del ser español en nuestras propias jornadas que trascienden y a la experiencia de la cultura una de las aportaciones más auténticas de todos los tiempos. Sobre la intransigencia doctrinal — ¿cómo podría ser de otra manera? — abatidos el pasado enemigo y acometemos el porvenir. Hoy esta intransigencia es más necesaria que nunca a la salud de la inteligencia.

Nadie espere que el libro español pueda entrar en el desorden creador o en el vaivén de los "snobismos". El imperativo kantiano de no dilapidar ninguna inteligencia, sino utilizarla, se ha convertido en nuestro imperativo moral de no desperdiciar — efectivamente — ninguna inteligencia, sino dirigirla. Es a la general política española a la que corresponde buscar con firmeza los cauces de una profunda dirección del libro español. Nos aguarda un mundo nuevo, con sus ansiedades y de afectos. Otros se han adelantado a servirle, pasando a caballo al margen de nuestro abandono secular. Pero sobre las raíces que son nuestras, retoñarán nuestros frutos pronto como sepamos cultivarlas.

Ni que decir tiene que a la política del libro no la concedemos — a pesar de su altísima importancia — una excepcional esperanza ajena a las demás actividades españolas. Si hoy hablamos del libro, es porque creemos que es una más de las primeras fases de nuestra recreación interior y de nuestra fuerza expansiva. En la general esperanza que Franco y la Falange nos entregan cada día, argumentamos para nosotros mismos los fundamentos de nuestra fe.

Al servicio de las glorias recientes, de la dificultad actual y de la fuerza futura de España ha de dedicarse como un eco el libro español. Todo brotará de la coyuntura misma que ofrezcamos unidamente los españoles. Sólo de ello puede nacer la gran política del libro español. Y si no lo conseguimos, no sólo el libro, sino todo lo que militaamente conseguimos poner en pie a duras penas, se sentiría mortalmente amenazado.



Una cuartilla del Embajador de Chile en España

Amplio campo de expansión espiritual tiene España en América por su producción intelectual y técnica; y siempre la tuvo antes. En tiempos de comunicaciones normales, muchos libros españoles llegaban a librería en Santiago de Chile junto con aparecer en los escaparates de las de Madrid; las primeras ediciones estaban destinadas a la exportación a nuestro Continente.

La industria española del libro, a pesar de las dificultades actuales, no debe perder la labor ya realizada. Por el contrario, es de gran interés mantenerla, y aún sacrificar algo por sostener la supremacía de que goza en Hispanoamérica.

Una de las dificultades mayores para la difusión del libro español era su alto precio en comparación con los de otras procedencias; tema éste que requiere un estudio adecuado.

Es también digna de ser considerada la divulgación en España de la producción intelectual americana, poco conocida por desgracia. La industria del libro toma en América gran desarrollo; las tiradas aumentan cada día, y para la mejor compenetración espiritual hispanoamericana debe, recíprocamente, llegar a España mayor número de libros de escritores americanos.

Es notable que la crítica de libros en España no se ocupa, o lo hace sólo por rara excepción, de los publicados en América.

El problema del libro español en América y el libro americano en España tienen mayor trascendencia que la imaginada después de un estudio superficial del tema. Cuanto se haga por profundizarlo y por realizar en seguida los proyectos que lleguen a formularse, será de provechosos resultados para la cultura hispanoamericana y universal.

Hernán FIGUEROA
Embajador de Chile



Oro y espíritu en letra impresa

(Viene de segunda página.)

nuestros avances, transformaciones y creaciones filosóficas y literarias con notorio beneficio para la expansión del libro español.

Después de la preponderancia editorial americana es preciso llevar al espíritu de los editores y gobernantes de aquellos países, que nuestros ánimos al pretender rescatar el mercado perdido tienen más de propósito colaborador que de miras absorbentes. España debe preocuparse por el libro americano y establecer tratados comerciales que le den fomento y propaguen en la Península. Nos referimos al libro de escritores americanos todavía desconocidos en España, escritos en admirable castellano, de bidos a plumas ágiles, sueltas, expertas y elegantes, aportando a nuestra lengua matiz, coaridos y gracias insospechadas.

Ambas producciones editoriales pueden hermanarse y ayudarse. Nosotros, enviando la gran Enciclopedia, las últimas aportaciones de nuestros investigadores, las grandes obras de Historia y Arte, peneadas, escritas y editadas para aquel lector; los nuevos valores literarios, las mejores ediciones de nuestros clásicos; ellos, la novela popular, y asequible, sus magníficas revistas, las excelentes obras de sus poetas y atildados escritores. Estudiemos mejor sus gustos y aficiones, sus necesidades, sus problemas técnicos y defendamos su producción y la nuestra con acertados convencios que impidan la intromisión en el seno de la gran familia hispana de libros no impresos por Iberoamérica.

No hemos de temer el incremento que en estos últimos años, perdido en parte nuestro mercado, hayan podido realizar Empresas extranjeras. Los demás países exportadores de libros, Francia y Alemania principalmente, no pueden atender en estos momentos su mercado americano. Los Estados Unidos, enzarzados en la gran contienda, no tardarán en encontrar dificultades para sus envíos. Poseemos la experiencia de la anterior guerra. Los referidos países disminuirán o cesarán totalmente sus remesas. América encontrará también dificultades para la producción e importación de papel. El número de libros inscritos en el Registro de la Propiedad Intelectual refleja en parte la importancia de nuestra producción editorial, siempre aparejada a las exigencias del mercado latino. Así, en el año 1914 se registraron 1.200 títulos. El 15, 1.750; 2.800 el 16, 3.200 el 17, período álgido de la guerra; descendiendo a 2.100 el 18 y a 2.000 en 1919; después la producción decrece hasta alcanzar su curva normal. Esto nos demuestra que volvemos a encontrar un momento favorable para la exportación, y si bien nosotros tenemos nuestras necesidades, sin cubrir, será preciso sacrificarse y enviar más libros a América.

Otra circunstancia impide la difusión de nuestro libro. Frecuentemente el libro y consumidor americano se lamentan de la carestía de la producción española. Efectivamente, el elevado precio del papel y primeras materias, cambio, transporte y seguros de guerra, elevan considerablemente el precio del libro; éste interesa, no obstante, al técnico o profesional, artístico o especializado; pero no así la novela, que no puede competir con las ediciones americanas, impresas en rotativa, con primeras materias más económicas y con excesivas tiradas, que reducen considerablemente su costo.

La importancia del problema más que por el beneficio material que el libro pueda reportarnos, por su posterior ascendente, debe tender a que el editor rebaje el valor del libro en cubierta, reduzca sus utilidades al mínimo y se vea compensado con la entrega de primeras materias y la facilidad de importar libros americanos, compensaciones mutuas que pueden beneficiar a ellos con la posibilidad de colocar buena parte de su producción, y a nosotros con la tranquilidad de que los libros americanos, aportando ideas y valores desconocidos para nosotros, cubrieran nuestras necesidades, desatendidas por la exportación. Tipos de cambio favorables, facilidades de embarque, y si fuera posible, primas de exportación aumentarían el interés de los editores españoles para reconquistar lo perdido. El nuevo y eficaz acercamiento hispanoamericano permite abrigar buenas esperanzas de tratados comerciales que favorezcan nuestro libro. Los grupos industriales y agrícolas de América son comunes entre sí. La mayor parte de sus productos son semejantes. Sus primeras materias interesan más a Europa, y España ahora, y principalmente en el futuro, puede obtener favorables acuerdos para sus libros.

Necesario es también que los editores culdemos las traducciones y confiemos ésta a buenos escritores, abandonando la idea de que el éxito de estos libros depende solamente del valor del original. Reimprimamos lo mejor de nuestra literatura y hagamos colecciones de clásicos, si bien muy prodigadas en América en ediciones populares, faltas de nuestro gusto y del comentario y anotaciones de nuestros eruditos. Estimulemos al autor. Facilitemos el camino a nuevos autores y creemos pre-

mios literarios de importancia que animen al escritor. Este esfuerzo económico tendrá siempre, por grande que parezca, su satisfacción comercial.

Otras preocupaciones de menos importancia pueden ser salvadas fácilmente. La creación de grandes depósitos de nuestros libros en América, suprimiría gastos, intermediarios y facilitaría su propaganda y adquisición. No todas las casas editoriales unas por su escasa potencia económica, otras por la pequeñez de su producción pueden establecer sucursales en aquellos países. Una labor conjunta, estableciendo depósitos, bien por cuenta del Estado español o por consorcios editoriales o distribuidores, abarataría el libro y pondría el hispánico mercado americano al alcance de cualquier modesto autor o editor. Un consorcio más directo del cliente acabaría con los actuales riesgos de cobro, facilitando las transacciones de los editores españoles y americanos, cuyo control pueden realizar así más fácilmente los organismos encargados de vigilar y cuidar el comercio del libro.

Estos depósitos acabarían con las ediciones fraudulentas, fruto la mayor parte de las veces de la imposibilidad de remitir libros. Si nuestros envíos de cualquier obra tienen éxito, y por diversas causas no pudieran repetirse, el desaprensivo editor o librero americano se decide a lanzar una edición por su cuenta. Este hecho no se produce cuando el editor español está bien representado.

Acertados tratados de propiedad intelectual y nuestra supeditación a las leyes que los reglamentan en algunas Repúblicas, inscribiendo los libros según las disposiciones de cada una de ellas, pueden acabar fácilmente con estos fraudes.

Nuestro ideal y nuestros limpios propósitos de que el libro español en América ocupe de nuevo el trono que tuvo, es tarea difícil, pero no imposible. Un puñado de nuestros abuelos fué capaz, con la fuerza de las armas, de crear un Imperio para España. Recuperemos este espiritual Imperio con la fuerza de las Letras. Las batallas de la cultura se ganan con los libros.

Afrodisio AGUADO IBÁÑEZ

Director-gerente de Gráficas Afrodisio Aguado, S. A.

Futuro del libro español

Existen dificultades que imposibilitan o entorpecen la exportación del libro español a América y existe también una coyuntura que nos despierta de aquellos mercados.

Las dificultades más evidentes, y de orden circunstancial todas ellas, son: escasez de papel, y, en general, de todos los artículos que intervienen en la confección del libro; falta de transportes y cotización desfavorable de las divisas, que encarece considerablemente el libro español en los mercados de América. Si la reanudación y desarrollo de las exportaciones de nuestro libro dependiera exclusivamente del arreglo de estas dificultades, no creo que hubiera motivo de serias preocupaciones, pues el tiempo y la buena voluntad de todos las atenuarán y allanarán; pero existe una coyuntura aprovechada por los editores americanos, y para hacer frente a ella debemos contar más que con la ayuda y generosidad del Estado, con la iniciativa, el esfuerzo y el riesgo de los editores españoles.

Esta coyuntura se patentiza por la creciente competencia de la industria editorial americana. Es una ley natural que todos los pueblos tienden, en su vida económica, a emanciparse de las importaciones, y para ello aspiran a producir lo que importan y a exportar más tarde lo que producen. De esta regla general no podía exceptuarse el libro. Así, por ejemplo, las Repúblicas hispanoamericanas hicieron, hace muchos años, la fortuna de muchas casas editoriales españolas y extranjeras con sólo la importación de libros escolares; pero cuando la población escolar fué lo bastante numerosa para ofrecer a la iniciativa editorial un mercado consumidor suficiente, se crearon Empresas que en breve espacio de tiempo alcanzaron un desarrollo técnico y una perfección pedagógica igual y en algunos casos superior al de las casas europeas que abastecían aquellos mercados.

El aumento de población trajo el de médicos, y empezaron a ser editados libros de Medicina en cantidad y calidad que inquietaba e inquietó a los editores españoles.

Estos dos ejemplos pueden ampliarse a todas las actividades editoriales. Unas en plena creación y desarrollo y otras en período de tanteo, todas las posibilidades editoriales suscitan el interés de libreros y editores americanos. La experiencia de que crecían se la hemos proporcionado, en parte, nosotros, al emigrar a aquellos países obligados por causas circunstanciales, elementos y personal técnico.

Los nuevos medios de comunicación y transporte, en constante y rápido desarrollo en aquellos países, ha venido a

Importancia del libro escolar español en el mercado de Hispanoamérica

Dos son los aspectos más destacados del problema que enunciarnos en el epígrafe de este artículo: uno económico y otro espiritual. Están íntimamente ligados y son de tanta importancia el uno como el otro y el otro como el uno.

El aspecto económico tiene, sin duda, mayores dificultades y ofrece un cariz más diabólico en estos momentos. España está sufriendo las consecuencias de una doble guerra que agrava su situación actual en el problema de la exportación de sus libros al viejo y espléndido mercado de América que hoy vemos languidecer.

Nuestra guerra nacional nos ha dejado arruinados económicamente ante el mundo. Los sicarios de Moscú se nos llevaron el oro, regulador de la cotización exterior de toda moneda, y aun cuando nuestra economía va consolidándose a grandes zancadas, gracias a la laboriosidad y magnífica orientación que la imprime la mano de nuestro Caudillo, el valor de la peseta tiene tan sólo un área local.

Sin el oro necesario y sin poder exportar nuestros productos de la tierra y de la industria en la medida indispensable, no podemos aspirar a adquirir las divisas que se necesitarían para poder producir nuestros libros en competencia de precios con el extranjero, y, más concretamente, con los países de América, con quienes hemos de competir. A estas dificultades, nacidas como consecuencia natural de nuestro quebranto durante la guerra de Liberación, hay que añadir hoy otras tan insuperables como las primeras que han surgido del actual conflicto mundial.

Por otra parte, es obvia la escasez de los transportes marítimos. Los nuestros sufrieron igual hecatombe que nuestro oro. Se los llevaron, los dilapidaron o los destruyeron con infame vanidad.

Si los propios son precarios, los extraños—potentes otrora—se van mermando tan aprisa, con celeridad tan vertiginosa, que ya se contentarían sus

titulares con bastarse a sí mismos, contra más para darlos de prestado para necesidades ajenas. No hay que pensar en otras ayudas que las propias, que son patéticamente insuficientes.

Pero hay más agravantes todavía: Los riesgos naturales en las circunstancias de una guerra, cuando tras la comba de cada ola o en lo profundo de cada remolino oceánico puede surgir la aterradora punta de un periscopio, y la muerte acecha en cada singladura, a nadie puede extrañar la subida, en cucaña inaccesible, de los fletes marítimos, a cifras exorbitantes que encarecen inverosímilmente los precios de las mercancías.

Todo ello hace que nuestros libros, si alguno llega en esta hora a aquellas tierras tan queridas de la América hispánica, lleguen en condiciones de incompetencia con las producciones de origen.

¿Qué hacer en estas condiciones? Todo menos amilanarse. La cumbre más intrincada tiene siempre su puerto de acceso. ¿No habría de tenerlo también este problema, por espinoso que parezca?

Confiamos en cosas tangibles, no en contingencias fortuitas. Nace, en estos momentos, el Instituto Nacional del Libro Español—obra del Caudillo, que es decir: obra real, práctica, fructífera, no mera entelequia de oropel—, que puede ser el órgano propulsor de nuestros libros en América, como una de las graves tareas que acaba de encomendarsele. Allí hay multitud de hombres—quizá de los más esclarecidos y eminentes, y desde luego amantísimos de España—. Nuestra posición en Europa es quizá única (compartida con el pueblo hermano colindante), España y Portugal no son rivales en este mercado. Ambas representan en esta Europa debatida, negra de humos y asordeada de truenos, lo más puro del pensamiento cristiano en el mundo. Ambas son madres prolíficas y abnegadas de aquellos pueblos. Ambas tienen una misión espiritual inefable que cumplir sobre aquellos millones de seres, en cuyas venas late nuestra sangre. Nuestro Consejo de la Hispanidad puede realizar mucho en beneficio de la solución de esta tremenda crisis del libro español en aquellos mercados.

El aspecto espiritual de este problema es interesante y trascendente para nuestra Patria. Precisamente—lo venimos proclamando como uno de nuestros mejores postulados—España camina hacia su Imperio espiritual. No otra finalidad tiene el mencionado Consejo de la Hispanidad: llevar nuestro espíritu, nuestro aliento mental y nuestras ansias cordiales a los hijos de América; el maternal calor de esta vieja Patria, que ha sabido luchar, enfebrecida de coraje, para reobrar su perfil histórico.

¿Y qué otro medio para llevarles nuestro aliento y nuestras ansias nuevas—que no son ciertamente nuevas sino recobradas—, que el mágico vehículo del libro: cifra del pensamiento y relicario del corazón? Vayan, enhorabuena, revistas, grandes inteligencias en turismo cultural de la Patria. Su obra no será baldía; pero las palabras—hijas del viento—, el viento las vuela, y su influjo es lamentablemente efímero. La obra perdurable, consolidadora, es la del libro, que si logra llegar al corazón, se convierte en consejero inseparable del hombre y

(Continúa en la página 6.)

nuestra producción "vendible". Esto no ha impedido que la industria editorial argentina haya seguido desarrollándose.

Siempre que se han abordado estos problemas se invocó el precio elevado del libro español en aquellos países; pero recuerdo que, en cierta época, era muy baja la cotización de la peseta y los libreros seguían fijando un precio elevado a los libros importados de España. Más tarde ocurrió lo contrario: que subió la cotización de la peseta, y entonces ya ni argumentos hacían falta para justificar el precio.

Si, pues, ni la creación de depósitos ni las variaciones del valor de nuestra peseta resolvieron el problema, pensemos que deben existir otras causas más profundas y decisivas que las que siempre hemos invocado. Investiguemos, hasta descubrir las, estas causas, y descubierta el mal, no sería imposible encontrarle terapéutica adecuada. En general, creo que venderá más libros el que mejor los edita y el que mejor sepa acertar con los gustos y necesidades del mercado. No el que los produzca más baratos.

Los tiempos han cambiado profundamente, y veo con cierta perplejidad que en tiempos nuevos formulamos las mismas quejas que en el pasado. Creo que equivocamos el camino. Las soluciones vendrán de lo que haga cada uno de nosotros agrupando las iniciativas individuales alrededor del Estado para desarrollarlas y encauzarlas de acuerdo con las normas que éste juzgue mejores.

M. AGUILAR

MISION Y VOLUNTAD DEL INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL

Por JULIAN PEMARTIN

EL Instituto Nacional del Libro viene a sacar de la baja condición de mercancía lo que es noble instrumento de cultura y a elevarlo más aún, colocándolo en la categoría para nosotros suprema: "Al servicio de la Patria". He aquí el "ex-libris" de toda la obra que quiere realizar el Instituto Nacional del Libro Español: el servicio de la Patria ha de ser el objetivo siempre presente, el ideal constantemente operante en la producción y difusión del libro español.

Propósito ambicioso, sin duda; pero de una ambición razonable, puesto que al exigir tal servidumbre a las plumas españolas no invocamos aquel concepto de patria, que nos equiparaba a las plantas o a las agrupaciones zoológicas—tiranía que bien podía aparecer vejatoria a todo sincero servidor del espíritu—, sino que invocamos aquel otro luminoso y escueto, genialmente formulado por José Antonio, en el que, apareciendo la Patria española como la única empresa humana de fines trascendentes, es la tarea más alta a que puede someterse con voluntaria y honrosa esclavitud un hombre auténticamente espiritual.

No es, pues, antítesis lo que establecemos entre la naturaleza del libro y su finalidad patriótica, sino integración y coincidencia, armonía y síntesis. No en balde el idioma del Lacio condensó, en el vocablo liber los dos conceptos: libro y libre. Aquel será un libro auténtico y verdadero que se rinda y avasalle a los altos intereses del espíritu; aquel responderá a la exigencia sustantiva de su misma naturaleza de libro, que mejor ostente y luzca la noble cualidad de libre, que para nosotros culmina en la aceptación de una alta obediencia voluntaria: "Obediencia, obra maestra de la libertad".

En esto, como en tantas otras cosas, la Falange no hace más que devolver sus fueros a la Naturaleza. La norma originaria falangista, la norma de la autenticidad, quiere desde hoy regir en el dominio del libro, redimiéndole de torpes servidumbres extrañas y dándole todo su natural valor de instrumento de cultura, de herramienta de perfección moral, de arma de la Patria.

Un ilustre jesuita sevillano ha dicho: "Cualquier hoja de libro es hoja de alfange. Hojas de libros serán armas más fuertes que si fueran de pedernal y diamantes. Los libros sirven de armas; sus hojas, de escudos; sus renglones, de nicas o de estoques; sus partes, sus letras, sus ápices, sus comas, de pelotas u bolas con que hacer guerra y vencer al enemigo; que sabe Dios andar libros por armas, y con las hojas de ellos hacer temblar como hojas de árboles a los hombres." Esto es el libro que aspiramos a producir y que, mediante Dios, produciremos.

Para dar esta eficacia al libro, el Estado pone en nuestras manos la intervención en los planes editoriales. El libro con valor de lanza se ha de imprimir antes que el que no supere el valor de caña. Las urgentes necesidades de la cultura patria han de otorgar un derecho de prioridad a los libros que las satisfagan sobre aquellos que meramente traten de satisfacer veleidades o ca-

prichos. Esto, que en principio es indiscutible, podría, no obstante, discutirse en circunstancias en que al libro útil y necesario no le cer-

ba la salida la publicación del libro inútil o superfluo; pero hoy que la realidad condiciona restrictivamente las actividades editoriales, se

impone la intervención de un organismo estatal que salga por los fueros de lo mejor. Tarea delicada y espinosa, bien lo sabemos; pero que, por ser ineludible para el bien de la Patria, hemos de ejecutar sin descansar con el alegre rigor de la Falange.

Salvando al libro en su aspecto de utilidad y conveniencia, no llegaremos todavía a darle entera eficacia si no atendemos, además, al aspecto cuantitativo. Yacen las ediciones muertas en los almacenes de librerías, mientras faltan en el comercio libros buscados y echados de menos. Rige a veces la excentricidad o el mercantilismo del bibliófilo, que reduce el mínimo las tiradas para especular con la rareza de los ejemplares. Todo ello debe ceder el paso a una dirección técnica de la producción editorial, determinada por un buen aparato estadístico.

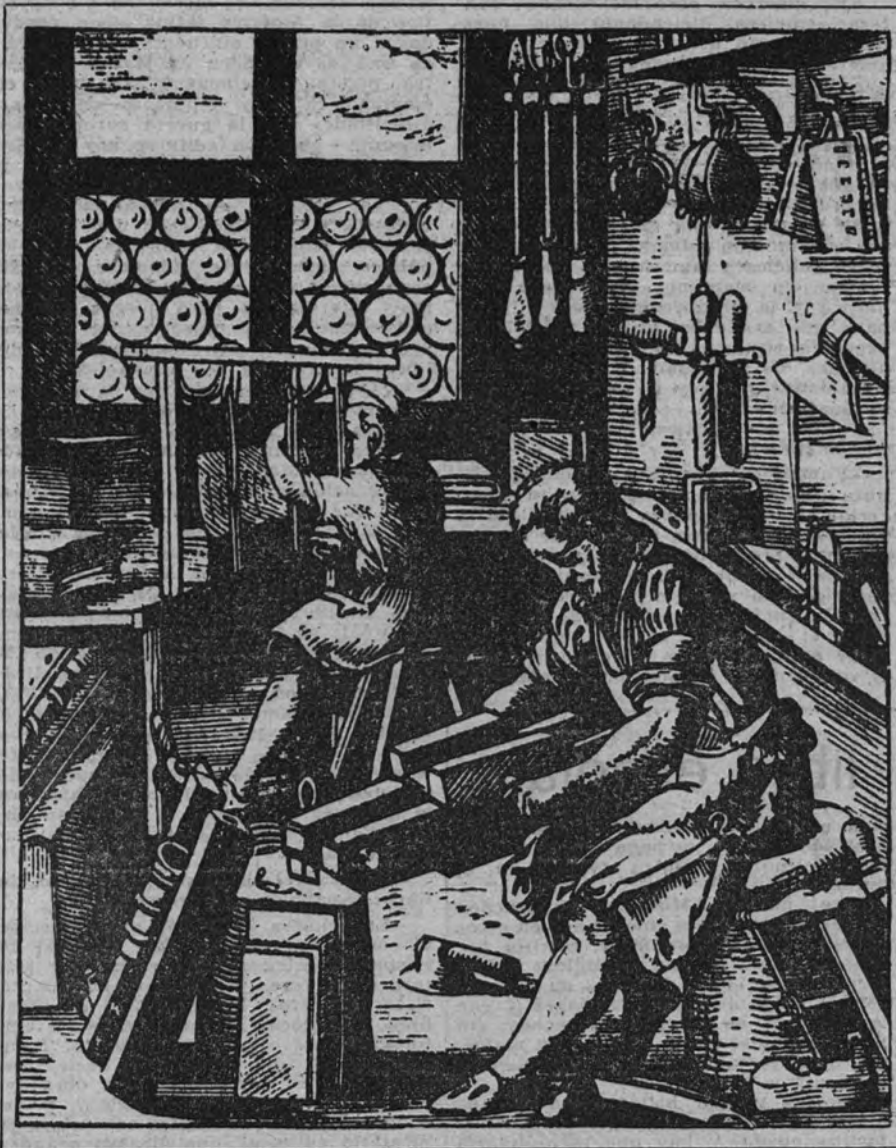
Y para acabar de conseguir la efectividad que deseamos dar al libro español, hemos de montar la máquina de su difusión. Al sistema de boleo debe suceder una bien estudiada propaganda y un bien pensado servicio de librerías y bibliotecas. Contra el democrático principio de el libro debe llegar a todas partes, hemos de implantar este otro: el libro debe llegar adonde haga falta. Cada sector de lectores, cada profesión, cada clase cultural necesita sus libros. Facilitarle otros que no hablen al alma de sus lectores, que no estén a ras de su mentalidad, que no llenen un cometido real y verdadero es faltar a la primera norma que hemos asentado. No serán libros auténticos, sino trastos inútiles. El problema de la difusión del libro es tan arduo y delicado, que su mal planteamiento o errada solución invalidaría el alto ideal del servicio de la Patria.

No se ha de producir el libro español para andar por casa, sino para volar por el ancho mundo del habla española. América, Filipinas, Africa, esperan que cumplamos nuestros intransferibles deberes imperiales. El Pensamiento de España, la Moral, el Derecho, el Arte y la concepción total de la vida, vertida en nuestra Catolicidad, han de ir adonde quiera que se hable nuestro idioma a mantener la influencia espiritual, que es la marca legítima de nuestro Imperio. Transferir a otras culturas, sean cuales sea, ese predominio espiritual, lo consideramos horrenda traición a nuestro destino histórico.

Serán necesarios esfuerzos heroicos en este sentido; pero se harán, sin omitir medios, por costosos que sean, hasta conseguir que España recobre la rectoría de la espiritualidad del mundo hispánico.

Todo esto tan ambicioso, y al mismo tiempo tan razonable, es lo que se propone el recién nacido Instituto Nacional del Libro Español, y es lo que estamos seguros de conseguir, ya que contamos con la ayuda de Dios, la confianza del Caudillo y la inteligente y diligente colaboración de una escuadra escogida de falangistas.

Leer y comer, despacio se ha de hacer.
El papel, que se rompa él.



Una cuartilla del embajador de la Argentina en España

El doctor Escobar prepara una Exposición del Libro Argentino en Madrid

LA difusión del libro español en América, y especialmente en mi país, es inmensa bajo todo punto de vista. En cualquier lugar, aun en los más apartados centros de cultura, se encuentran las obras del pensamiento español; de manera que el elogio sobre su penetración espiritual sería superfluo, pues su influencia es notoria.

Quiero aprovechar esta oportunidad que me brinda el suplemento semanal de ARRIBA para expresar que en España se desconoce en gran parte la producción actual argentina, manifestada en nuestros nuevos valores intelectuales, en la literatura, en la poesía, en las especulaciones científicas, en el arte, etc. Por esto es que estoy preocupado en preparar una EXPOSICION DEL LIBRO ARGENTINO, que se realizará en Madrid, si las circunstancias lo permiten, y servirá para que pueda apreciarse en toda su integridad el desenvolvimiento adquirido en mi país por las más elevadas expresiones del espíritu humano.

La Exposición del Libro Argentino mostrará el grado de civilización alcanzado por una República americana, presentándola en una visión amplia del grado de madurez que hemos logrado, conservando en el fondo la gran herencia dejada por España con su lengua incomparable, la religión cristiana y su sangre generosa.

Madrid, abril 18 de 1942.

UNA POSIBLE SOLUCION AL PROBLEMA DEL LIBRO ESPAÑOL EN AMERICA

La creación en Hispano-América de una potente organización editorial netamente española

«Hemos aquí ante un prestigioso editor español que no hace mucho realizó un viaje a la América que fué española para obtener una impresión personal del estado del libro español en los países de habla castellana.

Su visión directa del tema aporta a su estudio facetas interesantes. Se trata de un español que ha consagrado al libro lo mejor de su vida, y que al realizar este viaje sólo tuvo por orientación la de servir a España en uno de los afanes que más interesan a cuantos en nuestra Patria ejercen funciones rectoras: el de procurar el afianzamiento del gran imperio que representa el común lenguaje en aquellos jóvenes y grandes pueblos que al esfuerzo de España incorporó a la civilización occidental.

El libro es un magnífico instrumento para robustecer ese imperio idiomático de tan profunda trascendencia espiritual.

Es pues, un buen servicio estudiar el problema de la difusión del libro español en América, sin incidir en la típica crítica negativa, sino aportando observaciones bien intencionadas que puedan contribuir a encontrar soluciones positivas.

Nuestro interlocutor, ajeno a toda vanidad exhibicionista, se expresa sinceramente, sin cruces ni veladuras, pero también sin ocultar la honda preocupación que siente ante el estado actual del libro español en América, y

que, a su juicio, constituye un peligro que ya nos alcanza espiritual y económicamente.

—Es doloroso, pero inexcusable, confesar—empieza diciéndonos—que nuestros libros no acusan en las ciudades americanas la intensidad de presencia que fuera de desear. El libro español impreso en España es raro verlo en los escaparates. Hay elementos interesados que mantienen contra nosotros una campaña adversa, divulgando la especie de que el libro español es caro y malo en su contenido y en su presentación. Es justo reconocer, sin embargo, que contra esa opinión adversa hay beneméritos españoles y americanos que se esfuerzan en mantener la limpieza idiomática y la producción española. Pero para que ese esfuerzo sea fecundo es necesario situar al libro español en condiciones de igualdad respecto a los americanos que hoy le hacen tan dañosa competencia.

—¿Cuál es la causa principal de esa competencia?

—Fundamentalmente, económica. El libro impreso en España resulta encarecido, hasta el punto de que llega a valer el doble y aun el triple de sus semejantes producidos en los países americanos. Una obra recientemente publicada por un editor de Madrid que es vendida en España a razón de siete pesetas el ejemplar, resulta en Buenos Aires a cuatro pesos y veinte centavos el volumen. La misma obra, hecha allá,

se vende a un peso o un peso y cincuenta centavos. Por otra parte, las obras de serie, que en Buenos Aires—la ciudad llamada “el meridiano bibliográfico de la América latina”—son vendidas a un peso y cincuenta centavos cada una, se expenden en Madrid a cuatro pesetas y cincuenta céntimos el ejemplar. Si estos volúmenes—dadas las dificultades que la guerra europea nos imponen—pudieran editarse hoy en España con las mismas características y calidades y a igual precio de 4,50 pesetas el ejemplar, en Argentina serían vendidos a 2,70 pesos cada uno. Las diferencias son, pues, enormes, pues el público, lógicamente, adquiere lo más económico. Estas comparaciones son muy interesantes para juzgar de las consecuencias que puede tener el proyectado acuerdo, sobre compensación de libros americanos por españoles.

—¿Qué volumen alcanza la exportación de libros españoles a América?

—Las cifras que tengo en mi poder se refieren únicamente a la Argentina, pero ellas pueden servir de término de comparación para enjuiciar el problema total, por ser las de mayor importancia y porque la República del Plata puede decirse que da la norma en esta cuestión. En 1933 llegaron a Buenos Aires, procedentes de España, 209.961 kilogramos de libros; en 1935 subió la cifra a 450.531; en 1938 desciende—lógica consecuencia de nuestra guerra—a 15.438 kilogramos. Mientras, los Estados Unidos exportaron a la Argentina, en 1933, 778.432 kilogramos de libros impresos en español, y en 1938 esta cifra se elevó hasta pasar con mucho del millón de kilogramos. Puede afirmarse, pues, que la competencia de los Estados Unidos es la que más contribuye al desplazamiento del libro español en los países hispanoamericanos.

—¿Qué nivel alcanza la producción de libros españoles en América?

—La primera impresión que se recibe al contemplar el panorama editorial de Hispanoamérica es la de que hay plétora de editores y de libros. En cuanto a los primeros, la apariencia es engañosa. Son pocas las organizaciones editoriales... correctas, y muchos los “francotiradores” del libro, es decir, los “oportunistas” que lanzan una obra del momento de segura demanda... y esconden la mano. Aludimos con esto a la piratería editorial, que alcanza grandes proporciones, y que explota, velada o descaradamente, casas organizadas de manera eficiente en diversos países.

Aparte de esto, es evidente que los productores hispanoamericanos cuidan con esmero sus propagandas. Los editores de España, no. La crítica bibliográfica allí es más copiosa, cuando no más amable, para el libro nacional que para el extranjero. Sucede también que desde aquel meridiano se enjuicia el derecho de propiedad intelectual con arreglo a la legislación propia, y se consideran caídos en el dominio público todos aque-

llos títulos de éxito cuyo autor haya fallecido treinta años antes... Todos estos factores contribuyen a agravar la actual situación de indigencia del libro impreso en España.

—¿Qué soluciones podrían encontrarse al problema?

—A nuestro juicio, ha llegado el momento de actuar rápidamente, adoptando una resolución decisiva. El dilema es éste: o producir tanto, tan bien y tan barato como aquellos países, o renunciar a la hegemonía primero, y a la influencia después, del libro de España en América. Esta renuncia llevaría implícita la pérdida del imperio idiomático castellano en el Nuevo Continente. Las circunstancias actuales de Europa no permiten producir cantidad y calidad bastante para atajar radicalmente el peligro que se cierne sobre nuestro libro; pero, no obstante, quizás fuera atinado canalizar por un solo cauce la exportación de la obra impresa en España para controlar con eficacia el valor de lo que enviamos y de lo que se recibe a cambio. Discriminar bien la producción, sacrificando inversiones de papel en publicaciones prescindibles y que no han de tener compensación exterior. Mantener un precio para el mercado interior que permita la competencia ya que no la ventaja franca a la producción americana. Centralizar en una sola organización cuanto se refiere al tráfico exterior de la obra impresa en España... Estas medidas aminorarían el estrago que hoy se advierte... Pero para su remedio total nosotros propugnamos la fundación allá de una gran editorial netamente española, difusora de nuestra intelectualidad en todos los órdenes, y afirmación incontestable de la influencia hispana. Esta Empresa sería como una prolongación de las Empresas e individualidades editoriales de nuestra Patria a disposición de los cuales pondría los elementos industriales y financieros que allá se dispone. Serviría al autor y al editor español, reproduciendo allí sus obras con respeto a sus derechos intelectuales y económicos; sería el valladar que impediría el alegre acceso al huerto ajeno; haría respetar los derechos legítimos amparados por la ley; publicaría allí las obras que no pudieran ser editadas aquí por escasez de papel u otras causas; sería, en suma, una continuación de España que no perjudicaría a ninguno de los factores que giran en torno al libro, porque España continuaría publicando y enviando cuanto pudiera, y allá se mantendría el libro español en cantidad, calidad y precio de competencia, y revertiría a España las divisas representativas de los derechos de unos y los beneficios de otros. Textos originales y traducciones de España constituirían exportación de trabajo y entrada de divisas, y, finalmente, sería esta Empresa como un avión español flameando en la pista por la defensa y el mantenimiento de un imperio que tanto importa: el de la hermosa lengua de Castilla...

Importancia del libro escolar...

(Viene de la página 4.)

en guía de sus pasos y de su pensamiento.

Todo libro que refleje nuestra cultura, cualquiera sea su índole, será interesante para la exportación; pero hay una clase de libros que tiene capital importancia hacer llegar a Hispanoamérica: LOS LIBROS ESCOLARES.

La bafía pedagógica que estuvimos exportando a aquellos países durante los años de la República nos han desprestigiado en este aspecto. Nuestra literatura infantil y nuestra doctrina pedagógica era, la primera anticuada, floja, fofa, sin nervio y sin originalidad; la segunda, verdaderamente catastrófica; se limitaba a mal traducir todos los anfibios impropiedades para nuestra raza, y por ende, para aquel mercado cultural. Había demasiados Gonzalos, Gonzáles de la Gonzalera en el Coteruco nacional dados a menospreciar todo lo propio y a ensalzar lo extraño, sin ton ni gen.

¿Estamos en condiciones de ofrecer algo original, propio, autóctono? Evidentemente que sí. Tenemos una pedagogía neta, de clásica solera de siglos, no elaborada de acarreo, sino en el propio palmar, por abejas rapitísimas, que conocían nuestra urdimbre espiritual.

No ya sólo en el campo inmenso de nuestra literatura clásica que constituye un océano sin fin, hay vertida una doctrina riquísima, de ideas pedagógicas y de educación, sino que tenemos hombres eminentes que supieron crear escuela propia, y cuyas doctrinas están en vigencia absoluta, científicamente consideradas. ¿Qué nación puede oponernos un Vives, un San José de Calasanz, un Juan Huarte de San Juan, y modernamente un padre Manjón, un padre Poveda, etc., etc.?

En cuanto se refiere con los libros escolares, España ha recobrado, en esforzada escala, la más alta cumbre, desde el abismo en que se hallaba sumida. Hoy se escriben en España libros para el niño español, que es decir para el niño americano.

Interesa que sea conocido en América el pensamiento español a través de nuestros libros, y que nuestra Historia llegue a aquellos países, precisamente, en estos libros de la España actual, limpios de prejuicios, auténticamente raciales, sinceros, ponderados y estrictos de la verdad histórica, para que nuestros hijos de allá aprendan a amar a España, sintiendo su gloriosa Historia, en nuestros libros, que no por vibrantes y por románticos, se hallan ajenos de pasión, y, desde luego, horros de hipérbole.

Los nuevos libros escolares de nuestra Patria han sabido llevar España a la escuela para que aprendan a amar en ellos sus glorias y a emular sus virtudes y su grandeza pretérita, que hoy nos esforzamos en reconquistar, creando en nues-

tros niños una conciencia robusta, indestructible, que les haga conocer nuestro destino y nuestra misión en el mundo.

Pero nuestra Historia no pueden aprenderla los niños americanos en otros libros que en los españoles, escritos por nuestros literatos más encendidos y destacados, que sepan llegar a su corazón con el calor de sus narraciones y con la grandeza de los propios hechos; sin lirismos inadecuados, sino con la majestad incontrastable del heroísmo sublime de nuestros antepasados.

Nuestra verdad histórica se hallaba deformada, adulterada por el sentido institucionista, y hay que reemplazarla por la escueta verdad de los hechos y de su filosofía y filosofía propias. Esto lo están haciendo los hombres de la nueva España, sin influencias ni menciones del prejuicio, en obligada reivindicación de nuestros valores. Ahí están los libros de lecturas históricas: “Glorias imperiales”, del ilustre catedrático D. Lila Ortín, y “Guerra y victoria de España”, del insigne escritor Manuel Aznar, que ha llevado a la escuela nuestras ansias espirituales de Imperio.

En el campo de la pedagogía son innumerables las producciones, auténticamente raciales, que se han dado en estos tres últimos años. La obra del padre Manjón corre ya entre nosotros como ceca familiar; Vives ha dejado de ser manjar de selectos; de San José de Calasanz, de Gracián, de Raimundo Lullio, de Huarte de San Juan, de otros numerosos y selectos se han publicado los tratados, las monografías y los folletos por centenares y se propagan con entusiasmo creciente.

La obra ingente de nuestros clásicos, intrínseca, laberíntica, es cierto, en materia de enseñanza, ha sido espigada y decentrada, y ofrecida en grueso volumen de sabrosas mieles por un técnico de nuestra enjaña, el difecto Lillo Rodríguez, en su “Pedagogía imperial de España”, obra que inicia, con magnífico acierto, una tarea inmensa, que otros, seguro, han de seguir para honor y gloria de nuestra literatura del Siglo de Oro.

En fin, en este aspecto hay una promesa inexplicable en España, mina rica y comera que a sólo quitarle la corteza aflora espontánea e inabarcable.

Esta es la labor espiritual que hay que llevar a América. Allí, no sólo no se nos conocía antes de la guerra, sino que se nos deformaba lamentablemente. Aquello no era España: España es ésta, la que hoy se esfuerza en desterrar lo exótico y en restaurar sus tesoros olvidados. Esta es la materia de exportación, que ni los avatares averían, ni los más terribles huracanes fulminan.

Juan PIEDRAHITA
(Subdirector de “El Mensajero Español”)

Perspectivas del libro español

Se ha escrito mucho acerca de nuestras relaciones con las Repúblicas hispanoamericanas, cada día más prósperas, más cultas y más importantes económicas y políticamente, tan llenas de simpatías para nosotros; pero muy poco con verdadero conocimiento de ellas, especialmente en lo que se refiere al libro. Tampoco voy a extenderme en tratar tan complicado tema, exponiendo la situación de dichas relaciones bibliográficas, sino que limitaré estas cuartillas a exponer las perspectivas de nuestro libro allá, conforme se me ha solicitado.

Los editores españoles podemos y debemos sentirnos orgullosos de la labor realizada para la difusión en toda América del libro español.

Hace unos cuarenta años, aquellos mercados estaban totalmente dominados y controlados por diversas casas extranjeras, que editaban libros en castellano. Parece casi innecesario recordar la situación de España en aquellas tristes fechas como consecuencia de la pérdida de nuestras últimas posesiones en América.

En estas circunstancias, tan desfavorables desde todos los puntos de vista, los editores españoles hicieron cuestión de amor propio captar y dominar el mercado del libro en Hispanoamérica.

Al envío de agentes y viajeros y a las visitas personales de varios directores de casas editoriales importantes, para el estudio de los gustos, necesidades y características de aquellos mercados, siguió una labor tenaz, constante y eficaz, que en poco tiempo, relativamente, dada la envergadura del propósito, rindió resultados tan brillantes como satisfactorios.

Hacia el año 1910, las casas editoriales españolas ocupaban ya un puesto de primera fila. Pocos años después, el mercado del libro en América estaba totalmente dominado y controlado por los editores españoles, después de anular por completo a aquellas casas extranjeras que había explotado, más que trabajado, ese mismo mercado.

No me parece oportuno citar nombres, aunque algunos tienen sobrados merecimientos para este modesto homenaje. Por otra parte, en modo alguno quisiera que, por flaquearme la memoria, llegara a omitir alguno en la nada corta lista de personas y de casas que podría hacerse con los beneméritos trabajadores que con tanta eficacia laboraron en pro de la economía y del nombre de España.

No creo que industria alguna española pueda presentar en su haber una labor ni siquiera parecida a la efectiva, concreta y brillantemente realizada por

(Continúa en la página 8.)

LOS TRES LIBROS DEL CUZCO

Por el MARQUES DE LOZOYA

ES la ciudad dos veces imperial del Cuzco, cabeza de Concejo, santuario, mercado y fortaleza del alto Perú, una de las urbes más singulares de la Tierra. Todo es maravilloso en esta población, medio quechua y medio española, situada a 3.500 metros sobre el nivel del mar. Ocupa el fondo de un valle circundado por colinas, una de las cuales señorea el castillo incaico de Sacsuayaman. La mayoría de sus edificios fueron aun contruidos en tiempo de los emperadores incas en ese extraño aparejo de piedras desiguales concertadas, que hace de cada muro un extraño y gigantesco rompecabezas, y sobre esta base ciclópea los conquistadores levantaron la gala de sus edificios barrocos: iglesias enormes, de piedras doradas, esculpidas con el primor de joyas; conventos con claustros de ensueño; ventos con claustros de ensueño, palacios feudales de encomenderos que ostentan la gloria de sus blasones; casucas con balconaje de madera labrada y patinejos pintorescos. Las calles del Cuzco no son, como las de otras ciudades de América, rectas y dispuestas en cuadrícula, sino, se retuercen y serpean para ascender en escalera hacia las colinas o desembocar en tranquilas plazuelas porticadas. Tiene la ciudad toda la restancia de una vieja villa castellana, y nos creíamos en Arévalo, en Tordesillas o en Madrid si no viniese a perturbarnos de vez en cuando el recuerdo ingente de los incas, y no nos saliese al paso a cada momento, con los indios de ojos oblicuos que nos contemplan pasar sentados a la puerta de sus casas o que conducen por las callejuelas sus recuas de llamas, todo el drama silencioso de la raza vencida.

Esta lucha mansa y esta callada convivencia de las dos razas imperiales hace del Cuzco una de las ciudades más ricas en valores y en matices humanos. El Cuzco tiene un alma, y esta alma, llena de recovecos y de sorpresa, se condensa en tres viejos libros admirables. Son la obra de tres mestizos—todo en Cuzco es mestizaje, hasta los grandes lienzos pintados de las iglesias, en que el Niño Jesús tiene la cara de un indiecito cobrizo, hasta las columnas salomónicas de los retablos, interrumpidas por diademas de plumas—cuyas vidas se distanciaron por espacio de cien años. El uno vivió los días deslumbrantes y dramáticos que siguieron a la conquista, y recogió, aun frescas, las tradiciones de la raza imperial; conoció el otro las jornadas de la plenitud del virreinato, en que la actividad se repartía entre la devoción y la etiqueta, y el tercero asistió al ocaso del Imperio español en los años prósperos de los virreyes burocratas y administradores.

El más antiguo de mis tres mestizos es también el más conocido, aun cuando no sea todo lo que debiera. Garcilaso de la Vega Inca, era hijo de un conquistador extremeño, hombre valiente y taimado, que llevó el mismo nombre. Como tantos otros de sus compañeros de armas, el viejo Garcilaso tuvo amores con una india de calidad: Isabel Chimpu Oello, hija del aquí o infante Huallpa Tupac, y sobrina del Emperador Huayna Capac. En su casa del Cuzco nació el niño Gar-

cilaso, que vió en su primera infancia los esplendores del magnífico capitán, que cada día sentaba a su mesa a ciento cincuenta o doscientas personas, sin contar amigos y deudos pobres, a quienes vestía y proveía de caballo. De aquel palacio, frecuentado por personajes de la más alta calidad, hacía los honores Isabel Chimpu, y muchos días, cuando cesaba algún tanto el bullicio de las visitas, venían a acompañarla sus parientes, los viejos príncipes incas que, sentados a la puerta, planían sus grandezas perdidas. Siendo ya Garcilaso un mozuelo entró en deseo de conocer el misterio de su raza materna. "Acaeció—nos cuenta—que estando mis parientes un día en esta su conversación hablando de sus Reyes y antiguallas, al más anciano de ellos, que era el que daba cuenta de ellas, le dije: "Inca tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es la que guarda la memoria de las cosas pasadas, ¿qué noticias tenéis del origen y noticia de nuestros Reyes?... ¿Qué memorias tenéis de vuestras antiguallas? ¿Quién fué el primero de vuestros incas? ¿Cómo se llamó? ¿Qué origen tuvo su linaje? ¿De qué manera comenzó a reinar? ¿Con qué gente y armas conquistó este grande Imperio? ¿Qué origen tuvieron nuestras hazañas?" El inca, como que holgándose de haber oído las preguntas, por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas, se volvió a mí (que ya otras muchas veces le había oído, pero nunca con la atención de entonces) y me dijo: "Sobrino, yo te las diré de muy buena gana, y a ti te conviene oírlas y guardarlas en el corazón." De labios de este viejo Cusi Huallpa, supo Garcilaso los

orígenes divinos de la raza solar, la fundación del Cuzco, la sucesión y hazañas de los incas, los esplendores de los jardines imperiales, en que eran de oro plantas y animalillos; la teogonía quechua, con sus ritos y encantamientos; la organización del Imperio. El, por sus propios ojos, veía las espantosas luchas de los conquistadores, que revivían en las tierras doradas del Perú una nueva Edad Media: el alzamiento de Gonzalo Pizarro contra el virrey Núñez Vela y la rebelión de Francisco Hernández Girón, algunos de cuyos más dramáticos episodios acaecían en las calles y plazas del Cuzco. Pasaron los años, y Garcilaso Inca se vino a pleitear a España. Fué soldado, y sirvió en Italia y en las Alpujarras a Felipe II. Luego, desengañado del mundo, se hizo clérigo y siguió una vida apacible de lector erudito en tranquilas ciudades de Andalucía. Ya viejo, en Córdoba, dió en recordar los cuentos de los incas y sus impresiones de juventud, y se consagró, con toda pausa y sosiego, a escribir sus recuerdos. Así nació ese libro de los "Comentarios reales, que tratan del origen de los incas..." (Lisboa, 1609), que es uno de los más bellos y sugestivos que en lengua castellana se haya escrito; libro demasiado plétórico de sugerencias, lleno de poesía en todas sus partes, acaso lo más representativo de la España imperial.

En la segunda mitad del XVII, fundida ya casi la indiada con la cristiandad, remotos los rumores de la conquista, vivía en el Cuzco un sacerdote, reputado como elocuente orador, llamado el licenciado Juan Espinosa Medrano (1632-1688?). Como Garcilaso, era mesti-

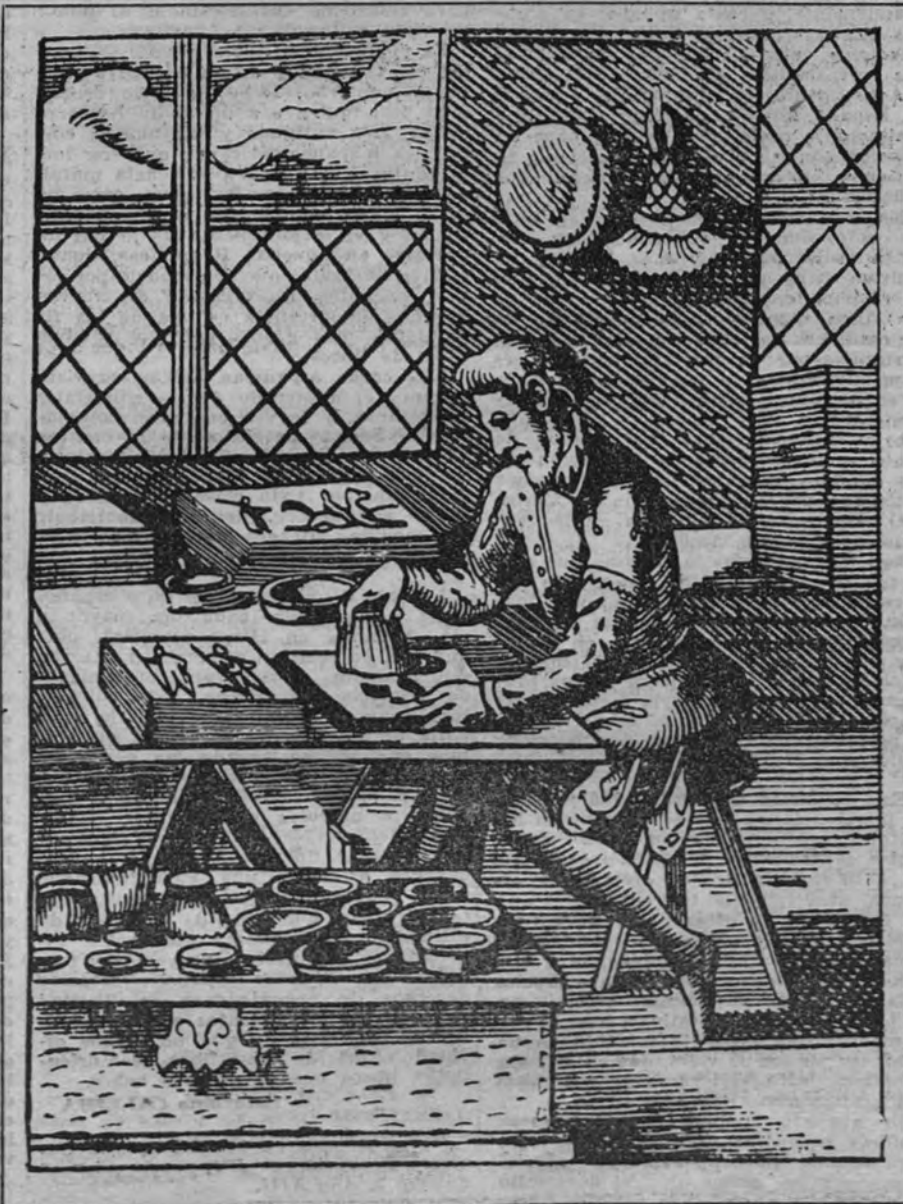
zo, y se cuenta que predicando en el Cuzco en una iglesia hubo de gritar desde el púlpito, viendo a su madre que porfiaba por entrar: "¡Señores, den lugar a esa pobre india, que es mi madre!" Sirvió en la pequeña parroquia de San Cristóbal, junto al palacio de Colcampatá, y llamábanle "el Lunarejo", por lo moteado de su rostro cobrizo. "El Lunarejo" rindió el mayor servicio a su tierra consignando por escrito el drama quechua "Ollanta", joya principal de la literatura incaica.

Había publicado el portugués Manuel de Faria y Sousa, disgustado de que se quisiese dar el primer puesto entre los poetas españoles a Don Luis de Góngora, en daño de Camoens, una furiosa diatriba contra el autor de las "Soledades". Llegó noticia de la agresión a aquel remotísimo Cuzco (veinte días a lomo de mula, después de haber realizado la insigne hazaña de hacer la vuelta del Callao!), y "Lunarejo" esgrimió su culta y doctísima pluma en defensa de Don Luis. Así surgió (Lima, 1662) el "Apologético en favor de Don Luis de Góngora, príncipe de los poetas líricos de España", en que la prosa castellana se retuerce y adorna con la misma elegancia y con la misma profusión barroca que las columnas en los retablos cuzqueños. ¡Momento imperial! aquel en las letras castellanas en que un libro del gran portugués era impugnado en Portugal y la polémica encontraba eco en la remota capital de la vieja Monarquía incaica!

El tercero de estos tres libros en que se condensa el alma cuzqueña es el menos conocido. Olvido injusto, porque se trata de un gran libro español. Su autor era un singularísimo personaje, mestizo, de sangre imperial. Llamábase Don Calixto de Bustamante Carlos Inca, y pertenecía a una rama incaica que había pleiteado largamente en España en defensa de quiméricos derechos. El mismo, como encontrase su tez oscura, de un matiz parecido al ala del cuervo, se llamó "Concolorcorvo", y con este nombre es conocido. Era un personaje inteligente y socarrón, llevando siempre a cuestas —y procurando llevarlo con desembarazo—el contraste entre su espíritu, español, por amor y por cultura, y su sangre, que era la misma de los indios, a los que despreciaba. A la manera española resolvía en una carcajada las heridas de su orgullo, y por eso fué escritor de vena satírica y gran conocedor de nuestra literatura en este aspecto: Cervantes, Quevedo, las novelas picarescas no tenían secretos para él.

Como su profesión de empleado secundario a las órdenes del visitador de caminos le obligaba a viajar, quiso escribir un itinerario que fuese útil a los viajeros españoles —funcionarios o comerciantes— que hiciesen el larguísimo y penosísimo viaje entre Buenos Aires y Lima, por tierra. Este libro se publicó en Galicia, en 1773, con el título de "Lazarillo de ciegos caminantes". Yo confieso mi debilidad por este género de literatura. Diarios y memorias de viajeros suelen tener una espontaneidad, una frescura, un valor de auténtico documento humano, que les prestan singular interés. ¿Quién no recuerda el itine-

(Continúa en la página 16)



El futuro del libro español en América

Es posible que algunos lectores se pregunten, después de haber leído los artículos reunidos en este número extraordinario, qué porvenir aguarda a nuestro libro en América, siendo su situación actual tan precaria y los peligros que sobre él se ciernen tan grandes y numerosos. No se nos ocultan los riesgos que implica cualquier intento de contestarla, y, sin embargo, vamos a arrostrarlos, en la confianza de que el buen criterio de quien nos lea suplirá plácidamente las deficiencias que el articulista se apresura a reconocer desde ahora.

Dos aspectos ofrece el problema de nuestro libro en América: un aspecto espiritual, asociado al futuro de la lengua y la cultura hispánicas, y otro económico de producción, introducción, distribución y protección del libro español como mercancía. Ambos han sido tratados bajo distintos puntos de vista en estas mismas páginas; huelga, por tanto, abordarlos en detalle. Observaremos únicamente que de lo expuesto cabe, desde luego, extraer dos postulados, que trataremos de enunciar. El primero es que, sin negar la primacía de lo espiritual sobre lo económico, éste tiene tan singular importancia, que toda política del libro que con miras expansivas se intente, deberá orientar sus esfuerzos, en primer término, hacia lo económico, si no quiere estar condenada al fracaso antes de ser iniciada. El segundo es que, del complejo de causas que están arruinando nuestros mercados americanos, deben distinguirse las transitorias de las que podríamos llamar endémicas.

Si aceptamos ambos postulados, nos será lícito detenernos de un modo preferente en el aspecto económico del problema, y se justifica que tratemos de efectuar un claro deslinde entre las causas derivadas de la conflagración actual, que contribuyen al desmoronamiento, y aquellas que se acusan ya como operantes antes de nuestra guerra.

El problema más grave que tiene planteado el editor español en el terreno de la producción es, como habrá podido apreciar el lector, el del precio del papel. La guerra ha cortado la mayoría de nuestros suministros de pasta extranjera, ha anulado casi nuestras importaciones de carbón y ha reducido a la nada las posibilidades de obtener otras primeras materias. En tales condiciones, el papel editorial ha cuadruplicado y hasta quintuplicado su precio, sin que la producción nacional alcance a cubrir las necesidades de la industria. El descenso inmediato de precios que se producirá indefectiblemente cuando los países productores de pasta puedan reanudar sus exportaciones, una vez solucionado el conflicto, no llevará consigo el abaratamiento inmediato de nuestro libro en la proporción que será necesaria, porque, aun siendo considerable, no es probable que logre igualar la proporción de uno a cuatro que arroja, verbi gratia, el precio de un tipo corriente de papel editorial en la Argentina, comparado con el precio de tarifa en España, el año 1935. Y, sin embargo, una política del libro bien orientada debería esforzarse en suprimir o, cuando menos, reducir a un mínimo esa descomunal diferencia. Ya se ha insinuado la conveniencia de equiparar el papel destinado a libros con el papel de Prensa, instaurando un régimen de protección, que no sería difícil lograr si se considera que aquél sólo representa, en tiempo normal, el 2 por 100 de la producción papelera de España. Añádase que, por la misma razón, se impone la necesidad de desgravarlo de impuestos, y en este sentido la supresión del 10 por 100 por el de Usos y Consumos parece tan urgente, que no cabe esperar el fin de la guerra para decidir sobre su oportunidad. Resumiendo, pues, este primer apartado de nuestro artículo, podemos prever que, después de la guerra, el libro español se abaratará, pero no en la proporción necesaria para sostener la competencia del libro americano; de donde la necesidad de estudiar desde ahora un régimen de protección para el papel editorial y de desgravarlo—como acababan de hacer los ingleses, para referirnos a un caso reciente—de toda suerte de impuestos que contribuyan a enriquecerlo.

Questión previa a toda eventual exportación es, desde luego, el transporte de la mercancía. A causa del bloqueo y contrabando, no menos que de las dificultades con que tropieza nuestra Marina mercante para asegurar a España los suministros más vitales, estamos asistiendo a la paulatina estrangulación de nuestras exportaciones por falta de barcos. No es aventurado, en modo alguno, suponer que una vez resuelto el actual conflicto y restablecida la libre navegación en todos los mares, nuestro libro podrá llegar sin trabas de ninguna especie a su destino. Quedará entonces, sin embargo, por allanar un pequeño obstáculo que entorpece su expansión, y al que hemos de aludir, aunque sea brevemente. La índole especial del negocio librero hace que la mayoría de los envíos a América se efectúen por vía postal. Una inteligente política de protección al libro, fomentada en las esferas respon-

sables, hizo posible lograr para los envíos de impresos editoriales una tarifa de favor (una peseta por cuatro kilogramos), que se han aumentado en 1.60 por 100, y un certificado especial (cinco céntimos por paquete), que ha sido aumentado en un 100 por 100. No ignoramos que la adopción de las nuevas tarifas está condicionada por los Convenios Postales Internacionales, pero si queremos asegurar la expansión del libro español en América, será necesario estudiar una reducción de las tarifas indicadas, inspirándose en las escalas especiales que con tan singular acierto ha implantado el Gobierno argentino en favor de su libro.

Afortunadamente para el libro español, son en la actualidad insignificantes las trabas arancelarias o de otro orden que éste encuentra en los países americanos. Se señala, sin embargo, con indudable oportunidad, en estas mismas páginas, el peligro de que, inspirándose en un criterio de reciprocidad, algunas Repúblicas adoptarán medidas restrictivas arancelarias y de censura previa que reducirán, desde luego, en perjuicio de nuestro libro. Nunca será, pues, lo bastante exquisito el cuidado que ponga el Nuevo Estado en el ejercicio de la censura de publicaciones de origen americano y en la adopción de restricciones arancelarias que puedan tomar la apariencia de prohibitivas. En este capítulo, por consiguiente, una política de cautelosa previsión bastaría, a nuestro juicio, para evitar a nuestro libro, ahora y después de la guerra, mayores males.

No cabe, en cambio, abrigar el mismo optimismo respecto a la protección de los derechos de autor en América. Es indudable que el problema de las ediciones clandestinas se halla actualmente en un punto muerto, y tendrá que esperarse la pacificación del globo para abordarlo de lleno. Sin embargo hasta que este hecho venturoso no ocurra, acaso podría España ir preparando el terreno

para futuras negociaciones, empezando con la tan necesaria reforma de nuestra ya sexagenaria ley de Propiedad Intelectual, que demanda una refundición completa de su articulado, a tenor de las nuevas corrientes jurídicas contemporáneas, y una simplificación del sistema de registro actual, que, en realidad hace, por su complicación y atraso, del todo inoperante la protección que perseguía el legislador al promulgarla. Si al terminar la guerra España cuenta con una ley de Propiedad Intelectual moderna y eficaz, puede influir auto-izadamente cerca de los países americanos para que adopten medidas semejantes y se incorporen al régimen de defensa común que representa el Convenio de Berna revisado en Roma.

La distribución del libro español en el territorio de las Repúblicas americanas no ofrece,afortunadamente, problemas directamente relacionados con el cese del conflicto. La extensión de aquel Continente y sus características geográficas hacen, desde luego, imposible la centralización de los suministros en un solo punto, de donde irradiarían los distintos canales de distribución. Hace algunos años se estudió en España un plan previendo la organización de varios depósitos estratégicamente situados, que no llegó a realizarse, a pesar del apoyo que le prestaba el Gobierno, debido precisamente a las mismas dificultades que implicaba y, en no menor grado, al anquilosamiento paulatino que amenaza toda empresa naturalmente realizable por iniciativa privada, cuando el Estado interviene y la burocratiza, restándole la savia de la libre cooperación individual. Una vez terminada la guerra, si llega a estudiarse nuevamente la oportunidad de crear depósitos o centros editoriales en América, no hemos de echar en olvido la experiencia frustrada a que aludimos, y, menos todavía, perder de vista que si no hemos logrado implantar en España

un régimen de centralización y despacho de pedidos como el que existe en otros países europeos, más, todavía, nos aborramos con posibilidades de éxito una empresa semejante en América de mayor alcance y, desde luego, mucho más difícil. ¿Qué cabe, pues, desear para nuestro libro, en ese futuro que todos deseamos próximo respecto a distribución y venta en aquellos mercados? Sin vacilaciones diremos que se impone un régimen de protección generosa y comprensiva a nuestra industria editorial. Esta ganó para nuestro libro los mercados que, en años de absentismo ignorante, dominaban las editoriales norteamericanas, francesas y alemanas. Ella es quien, con una ayuda decidida del nuevo Estado, puede mantener levantada nuestra bandera de paz en aquel Continente. Pero para ello es preciso que nos fijemos a qué puede aspirar nuestro libro y a qué debe renunciar—no nos asuste la palabra—desde ahora.

El libro español se halla en la encrucijada de dos caminos: o seguirá su ruta ultramarina con la sola ambición de unir su voz a la de sus hermanos, haciendo posible el hispanoamericanismo auténtico que todos en América anhelan y aman, o se estancará en los angostos límites de nuestra amada España, si persistiera en un insensato afán hegemónico que América no puede aceptar y que contradice precisamente las raíces más profundas de esa hispanidad generosa creadora de pueblos, exaltada por el nuevo Estado. La historia—como ya observó el clásico—es la mejor y más segura maestra de los pueblos. Piénsese un instante en el proceso político y económico que se desarrolló en la América del Norte a raíz de la secesión iniciada en 1776, y se apreciará en seguida un singular paralelismo con los acontecimientos que a poco tiempo de distancia se desarrollaron en el Centro y el Sur de aquel Continente. Del mismo modo advertiremos una trayectoria bien definida de expansión, retroceso y afianzamiento del libro anglosajón en los Estados Unidos, que—caso curioso—va recorriendo el libro español por etapas, desde luego retardadas, pero no por ello menos inevitables y perentorias. Primero, un corte brusco de exportaciones al consumarse la separación; después, una introducción sostenida y constante del libro inglés en todos aquellos vastos territorios, que domina casi completamente, no existiendo más que una incipiente producción editorial americana a seguirla, una curva ascendente de las ediciones autóctonas que progresa en proporción geométrica, coincidiendo con el desarrollo industrial y, simultáneamente, un retroceso inevitable y natural del libro inglés, al principio sólo en algunas ramas (libros de piedad, libros escolares), pero muy pronto afectando todos los territorios del saber (literatura general, novelas, etc.).

Ante este proceso que acabamos de evocar a grandes rasgos, ¿cómo reaccionó el editor británico? La respuesta no es fácil reducirla a unas pocas cláusulas. Lo intentaremos, sin embargo. Ante un hecho consumado o en vías de consumarse, la prudencia aconseja procurar una adaptación que, sin contradecir a la naturaleza, implique el menor daño. Los editores anglosajones así lo comprendieron, y renunciando a inútiles lamentos, trataron de acomodar su actividad a los nuevos cauces. Un buen número de las editoriales más poderosas del Reino Unido montaron filiales en el territorio de la Unión, y produjeron en él las obras que no cabía producir ya en la antigua metrópoli. Nuevos lazos, acaso más fuertes que los de antes, se establecieron entre ambos pueblos, y lo que en su comienzo fué hegemonía cultural, herencia de una perdida hegemonía política, acabó siendo a la postre una estrecha y libre cooperación en ambos pueblos, cultural primero, e incluso política después, como los acontecimientos más recientes demuestran de un modo evidente.

Hemos aquí, casi sin proponérselo, en un punto de nuestra breve exposición donde se entrecruzan los dos aspectos, espiritual y económico, a que aludimos al principio. También España perdió en lo que va de siglo el libro escolar americano, y está ahora perdiendo el libro de literatura y entretención. De un modo inevitable las más jóvenes y vigorosas de las veinte naciones a quienes dió el ser se emancipan de su tutela cultural y van forjando su historia y su cultura propias. ¿Hemos de lamentarlo y clamar por una hegemonía perdida? En modo alguno puede y debe ser, a nuestro entender, ésta la actitud de España. Con clarividente humildad hemos de alegrarnos del progreso que acusan los países americanos, y conscientes de que las lenguas realmente imperiales son integradoras, no ha de arredrarnos la diversificación idiomática del castellano en América, sino, al contrario, graduarlo de provechoso y fecundo para el porvenir de nuestra cultura común. Anima-

Perspectivas del libro español

(Viene de la página 6)

la industria editorial. Huelga decir que sin el menor apoyo del Estado.

No entra en mis modestos propósitos el examen general y detallado de los muchos inconvenientes que encuentra hoy la industria editorial para la continuación de su brillante historia. Me limitaré a una breve exposición de las causas más importantes que dificultan grandemente, y hasta impiden en algunos casos, el normal desarrollo de las relaciones entre los editores españoles y sus correspondientes americanos.

Actualmente, la producción editorial en España, además de tener inevitables limitaciones materiales, resulta cara en relación con los precios de coste que se obtienen en las principales Repúblicas americanas.

En esto consiste, como es bien fácil de comprender, la dificultad base, esa es la traba mayor y más importante. Existen otras que pongo a continuación en relación esquemática:

a) Los muchos títulos agotados en los catálogos de todas las editoriales importantes por la imposibilidad de reimprimirlos con la celeridad necesaria y, en bastantes casos, a los precios convenientes.

b) Gravamen sobre los precios de venta que representa la aplicación de los cambios oficiales para las divisas obtenidas por la exportación de libros.

c) Escasez y dificultades en las comunicaciones con América.

Son tan conocidas las causas que motivan todas estas dificultades, que me parece pueril e innecesaria su justificación, bien comprensible en las actuales circunstancias. Me complazco en declarar que por parte de cuantos elementos oficiales tienen intervención en los problemas expuestos, existe la mejor de las disposiciones para atenuarlos en cuanto lo permitan los difíciles momentos mundiales que atravesamos.

Esta situación de inferioridad y hasta de impotencia, en que se encuentran los editores españoles, ha motivado, como lógica consecuencia, un gran incremento en el desarrollo de las diversas, y algunas muy importantes, editoriales que ya existían y de otras de reciente fundación en las Repúblicas hispanoamericanas. Ha motivado, también, otra circunstancia mucho menos grata y mucho más lamentable: El notable crecimiento de las ediciones clandestinas, hechas por elementos totalmente indeseables, desde todos los puntos de vista, que en España llamamos "editores piratas", con nombre tan gráfico como merecido.

Es absurdo suponer que las casas editoriales españolas, importantes y bien organizadas, puedan tener, y mucho menos ver con malos ojos, el desarrollo

de la industria editorial indígena en Hispanoamérica. Todo lo contrario. A un editor que merezca tal nombre tiene que agradarle siempre cuanto contribuya a la difusión y al fomento de la lectura, que es tanto como crear nuevos y constantes compradores.

Paso sin comentarios el importantísimo y transcendental tema del desarrollo cultural que representa un crecimiento intenso en la producción de libros, para referirme exclusivamente al punto de vista editorial.

La competencia noble y leal, es siempre un estímulo y un alicite para todo buen industrial. Debe de serlo mucho más para quien sea digno de llamarse editor. Las antiguas y las nuevas editoriales hispanoamericanas que son importantes y que tienen solvencia moral, además de fomentar la lectura, como he dicho antes, contribuyen a la intensificación y al mejoramiento de la red de librerías en aquellas Repúblicas, donde existen bastantes que son modelo por todos conceptos. La creación de nuevas librerías importantes es una de las finalidades más gratas para los productores de libros.

Las casas españolas habían previsto siempre el desarrollo de las editoriales americanas, y lo ven con gran complacencia. Sucede precisamente lo contrario con esos llamados "editores piratas", verdadera y odiosa plaga, a cuya desaparición, por toda clase de motivos y hasta por decoro, deberían contribuir con medidas eficaces los gobernantes de aquellas Repúblicas.

A modo de resumen. El libro español tiene un porvenir cada día mayor y más brillante en Hispanoamérica, porque está en relación directa con el enorme, constante y admirable crecimiento de aquellas Repúblicas. Los editores hispanoamericanos tienen toda la simpatía de sus colegas españoles, que vemos con mucho agrado las perfecciones de sus bellas ediciones. A nosotros, esta competencia nos estimula y nos obliga a mayores y constantes perfeccionamientos. No es necesario recalcar sus ventajas. Sólo los blandos y los incapaces prefieren una vida industrial suave y tranquila a la lucha diaria, fuerte e intensa, que sirve de alicite y de estímulo para alcanzar constantes superaciones de nuestros proyectos y trabajos. Los editores españoles estamos deseosos de encontrarnos en libertad completa de movimientos para dar brillantes muestras de que no hemos olvidado el arte de hacer libros bien orientados, libros buenos y libros bellos.

Saturnino CALLEJA

(1) Publicado en la "Bibliografía General Española e Hispano-Americana" número 2. Año XIII.

(Continúa en la página 12.)

MAYORAZGO DE DIEGO MENDEZ

Por EUGENIO MONTES

(De la Real Academia Española)

EN el principio fué el verbo. Lo primero que llevaron los españoles a la vastedad intacta y asombrada de las Indias fué ese soplo de aire estremecido de espíritu que es la palabra, el romance vivo, la poesía adámica de darle nombre a personas, obras y cosas. Pero muy poco después fué ya el libro, donde el temblor se hace forma. Inmediato secuaz del idioma oral, llega el idioma escrito e impreso con tal rapidez que, cuando apenas acaba de resonar, nueva y no usada, la voz de Castilla en los atónitos ámbitos, ya los volúmenes multiplican y dilatan su acento en ecos de cultura. Grandeza insuperable de la estirpe. Si ha habido un momento en que la pobre especie humana haya estado transida de espiritualidad, fué entonces. Si, en las islas antillanas, la pereza vegetal languidecía en frutos, y en las desnudas mesetas aztecas o en las momificadas cordilleras incas la codicia del oro sonreía, macabro, entre huesos. Pero a pesar de estos oasis de flora o metal, los conquistadores tenían que llevarlo todo. En enormes espacios inviolados, sólo el silencio cósmico habitaba. Había que vivir a la intemperie, en soledades tristes, o recaer en la prehistoria o llevar de España lo más indispensable, aun aceptando con sobriedad extrema—iba a decir extremeña—todo el rigor viril y la dureza del destino. Con los tesoros del Cuzco en la mano los capitanes que habían vencido el Imperio incaico pasaban hambre y veían sus rostros demacrados en la pupila tristísima del lago Titicaca. Diez herraduras de oro daba por una de hierro quien quería domar a caballo los Andes. Todo era preciso importarlo de la Península, y escaseaban los barcos.

Pues bien, en medio de tanta miseria y tanta urgencia, los conquistadores se apresuraron a llevar libros para consolar la soledad en los despoblados, conservar viva la nostalgia de la civilización y darle doctrina a los catecúmenos. Por algo la imprenta, el descubrimiento de la América y la circulación de la sangre son tres formas distintas de un mismo anhelo verdadero. Ya el Almitante era libresco, casi supersticioso de la letra, y por eso pasó a la Historia y creó Historia, por su fe en la literalidad, no por inducciones empíricas. Y su hijo, más aún que bibliófilo, bibliomaniaco. Por las ferias de Medina anda azacanado en busca de ediciones, lleva a Andalucía antes que nadie la imprenta, y en Sevilla la "gran babelia del mundo, mapa de muchas naciones", vela de las expediciones oceánicas, deja la biblioteca que aún hoy ennoblece su memoria, mientras otro tanto, en cajones, marcha hacia allá. Al más allá. Supremo título de gloria para España será siempre el hecho cierto y fabuloso, increíble y seguro de que en 1519—¡en 1519!—, en la isla Española, recién nacida a la vida civil, un tal Enriquejo, caribe de linaje, o al menos vetado de sangre indígena, pudiese pasar las lentas horas de la tarde tropical leyendo libros en romance y en latín", según cuenta el cronista.

En este mismo paisaje solar se sitúa un hecho preñado de revelación. En la Española evocamos la alta espiritualidad del descubridor Diego Méndez. Bastaría para probarla su admitativa fidelidad al Almirante. Cuanto más se le despegan otros por envidia y rivalidad encizañada, más se le une a él, en las procelas como en las venturas. Si sabe que Colón padece, acude a remediar la desdicha con su presencia, aunque tenga que correr los peores albueros. Este es aquel que se embarcó desde Santo Domingo a Jamaica en una piragua india a merced del ciclón y de la voluntad del cielo, para salvar al señor Cristóbal en circunstancias penosas. Cuarteado por tantas aventuras, consumido de fiebres,

quizás todavía más de melancolías, piensa en la muerte y se encamina al escribano para hacer testamento. En él instituye un mayorazgo constituido por bienes alados: "Ya dije, hijos míos, que estos libros os dejo por mayorazgo, en herencia." Eran un Agamenón, el "De bello Judaico", de Flavio Josefo; cuatro tratados de Erasmo de Rotterdam. ¡Y aún discuten por esas Universidades del mundo sobre si ha habido o no ha habido Renacimiento en España!

El testamento es de 1536. En ese mismo año se monta la primer imprenta en México. Otros talleres surgen a su imagen y semejanza como el de Puebla de los Angeles, ilustre por el decoro de sus ediciones. Nueve lustros después se imprime en Lima, y en la época de Gracián, en

prosa de Santa Teresa, en la variopinta elocuencia del Padre Granada, en la sentenciosa erudición de Quevedo, es decir, en la fresa linfa que estaba manando en Madrid. Por esos constantes envíos de la Península pudo D. Carlos Sigüenza empacharse de golosa sabiduría en México, hundido en su "biblioteca de cuatrocientos setenta cuerpos de libros doctísimos", y en Santiago del Extremo la biblioteca universitaria se envanecía de sus cinco mil volúmenes allá a mediados del seicientos, y en la aún no estrenada pampa Maciel, con sus dos mil de a cuarto y octavo, puede por los mismos años repetir los versos de Lope:

Encerróse conmigo la fortuna
en un rincón de libros y de flores.

A esa asidua preocupación española por

tradición humanística, ni con gestos más seguros que en el México o en la Lima virreinal o en la Caracas, el Bogotá, el Quito o la Charcas de las audiencias. Incluso, la verdad sea dicha, en muchos países acontece que las más nobles vocaciones se mustien prematuramente por falta de instrumentos de trabajo y escasez de libros modernos de estudio. A mí me impresionó hasta la ternura el fervor por las artes y las letras de la sociedad hispanoamericana, pero me impresionó también hasta la pena la pobreza de libros en las bibliotecas públicas de ciudades poderosas y en las casas importantes, sin exceptuar las de los profesionales de la inteligencia. Quiero decir que en los hogares americanos, tan llenos de intimidad espiritual, es frecuente oír al piano una sonata de Mozart o ver en las paredes una reproducción de Cezanne, y hasta a veces, el original, pero los anaqueles están más vacíos de volúmenes que en las casas europeas del mismo tipo: unas novelas inglesas, unos poemitas en francés, poca cosa.

Los presupuestos de las Biblioteca y Universidades son pobres incluso en los países ricos como la Argentina. La organización de librería, mala. Todavía Francia sabe colocar su novela de Gide o su poema de Valéry. Pero un ensayo de Azorín llega más difícilmente a un rancho de Sonora, a una hacienda de Antioquia, a una casa en calada de Arequipa, a un fundo chileno e incluso a una estancia argentina o oluguaña, que llegaba en el XVII un libro de Quevedo o en el XVIII uno del padre Feijóo.

El problema de la difusión de nuestro libro en América es complejo, sin duda. Para resolverlo haría falta que el Estado se percatase de que en él está comprendido nada menos que esto: nuestro destino, pues si la voz española muere en nuestro confinado espacio, sin suscitarse resonancias universales, entonces no podremos ser nunca sino algo secundario en Europa. Esta es la verdad, que debe encararse con sincera, clara y viril valentía.

Elementos decisivos del problema son: la baratura de los ejemplares y su distribución por todo el vasto espacio, teniendo en cuenta la dispersión de una población en un Continente de escasos núcleos urbanos y de difíciles caminos. Hoy nuestro libro resulta más caro que el francés, el inglés, el yanqui o el alemán. Pero el Estado tiene medios de abaratarlo por medio de primas de exportación, que por sus beneficios espirituales valdrían la pena de un esfuerzo serio. En cuanto a la distribución, habría que hacerla instalando nutridos depósitos y grandes librerías en los centros, y pequeñas librerías en los comercios de nuestros compatriotas dispersos por el área de América, pues no hay poblado en todo el Continente donde no exista una tienda española, y ese hombre que ha salido de un valle húmedo de Galicia o Cantabria se enternece si el Estado le confía la misión honrosísima de seguir dándole por la letra presencia española al mundo a que España le dió su sangre, su verbo, su alma.



Guatemala. Pero esta es otra estrofa, aunque del mismo cantar.

De Muchas ediciones españolas salían para América más ejemplares que los que quedaban en la Península. Así aconteció con las primeras del Quijote, según concluyentes indicios. Se van formando allí copiosas bibliotecas como la del Colegio de San Pablo, en México, en 1575, a base de la donación de sesenta cajones de libros por generosidad del Padre Alonso Vera. Un estudioso podía manejar en la Nueva España todo lo que le interesaba de la cultura de aquel entonces, mientras que en las colonias inglesas se retrasa la primer biblioteca pública hasta casi dos siglos después, cuando Franklin funda la de Filadelfia, ya en el tiempo empelucado del liberalismo y la aritmética moral.

Sobre la calidad de lo que se leía nos informa con impresionante evidencia el testamento del hijo del conquistador Martínez, y de la cacica araucana de Chacabuco, llamada Pico de Plata por los españoles. Por el resulta que en 1644, en un funfo perdido en el valle del Sur, en latitudes remotas, a mil leguas de la Corte virreinal, era posible embeberse en la

dotar de instrumentos culturales las provincias ultramarinas se debe la prodigiosa precocidad creadora de aquellos Virreinales. En tierras ya muertas, habitadas por razas fatigadas, consumidas, rebrota súbito y pujante con el injerto hispánico el árbol puro de la sabiduría. Prodigio del inca Garcilaso, viniendo del petrificado Cuzco a morir en la Córdoba andaluza después de traducir del toscano los más hermosos diálogos platónicos del Renacimiento, o de la limeña enamorada que se escribe con Lope, o de la erudición de Sigüenza, de la bibliofilia de Pinedo o de Garcés, escanciando en sílabas castellanas los endecasílabos petrarquescos bajo la llovizna de Chorrillos, o de la décima musa bordando entre volcanes primores gongorinos sobre el cañamazo de un zarape poblano.

El gusto por las letras en la América española no viene, pues, de la independencia, sino que es herencia de la época imperial, y aun puede uno preguntarse si el ritmo, la fertilidad y la pasión por la lectura no ha sufrido un poco o dos pocos desde que se han formado ranchos aparte. Hay allí, ciertamente, un aire literario, pero no mayor ni más delicado, ni con más

REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

Larra, 8 - Teléfono 32610

Viaje alrededor

Sumario: La llegada de un libro nuevo.--Un recuerdo de D. José.--Los creritos de la biblioteca.--El romance penetra en los códices latinos.--Alabanza del castelano de los libros.--Bibliófilos medievales.--El 23 de agosto



I. — AUNQUE NO TODO SE APRENDE EN LOS LIBROS...

MEDIA noche en la casa. Todo duerme. Suena en el vecino aposento el reloj familiar; el reloj que cuenta las horas del alma. Aquí, solo, yo, en la soledad gratísima de mi estudio. De vez en cuando trepida en la calle un coche, rezonga un tranvía, chirría el ascensor en la escalera. Pero mi soledad va ganando por minutos el pálpito inefable del silencio.

Hora propicia para divagar. Acabo de cerrar el libro que me servía de lectura. Ha rendido viaje con un nuevo amigo. Este amigo me ha llevado consigo a lo largo de sus páginas. Placentera, larga excursión. Y como ha sido tan ardida la afección, se siente ahora, en suave recapitulación mental, el desasosiego del des-

canoso. Sí, desasosiego del descanso; porque al cesar la tensión ha cesado el gozo. Pienso que el libro, este libro recién llegado ha cumplido su primera misión sobre mi mesa. La segunda será incorporarse a su puesto en el anaquele. Le harán sitio los demás. Allí me esperará en adelante cuantas veces sea menester. Se ofrece a mi disposición con fidelidad invencible. ¿Cómo agradecer este desvelo? Cuando yo le necesite acudiré. ¿Qué mejor podrá hacer sino mimarle? Y espontáneamente he recordado algo que oí de chico: El libro es como un hijo: si se le abandona, la vergüenza y el perjuicio recaen sobre el padre.

— Esto me dijo un viejo en un pueblo de Castilla. Le veo todavía: gastaba barba, toda blanca, y traje negro; le iba bien la chalana con la melena lacia y pobre. Todos le llamaban D. José. Me contaba cuentos, muchos cuentos. Ibamos juntos

al monte y al palomar, uno de esos palomares redondos de Tierra de Campos. Le gustaba también jugar a los naipes con el cura y discutía de latines. Ganaba el cura a las cartas mejor que a los latines. Los latines y los libros eran el flaco de D. José. Toda su hacienda se la había gastado en libros. Las cosas le fueron mal, y hasta los libros perdió. Pero aun quedaban pergaminos dorados en su cuarto. Me asomaba yo a su ventana, que daba a un huerto; más allá se veían las eras. Olía a mieses en verano y a rosas por el Corpus. Era una casona grande y silenciosa. D. José vivía con su hermana, viuda rica y vieja, que le había ido comprando sus herencias. D. José había viajado mucho. Conocía todas las grandes bibliotecas de Europa. Aún recibía cartas con sellos raros, que me daba, de profesores extranjeros. Yo le veía triste con frecuencia. Sin duda era por la falta de sus libros. Se enfadó mucho una vez porque me pilló destripando un folio; yo quería, con la piel, hacerme una montura para mi caballo de cartón.

¡Pobre D. José! Me parecía un labrador sin yuntas, un marinero sin barco, un pescador sin redes. Su recuerdo ha vuelto a mí esta noche, en el silencio diáfano de mi despacho, mientras mi librería recibe a un nuevo huésped.

II. — "EL QUE ESCRIBE, ESCRIBE..."

Creo que estoy solo. Me he dado cuenta de ello al tropezar levemente con un mueble. El ruido me ha devuelto al contorno objetivo. Mas, por otra parte, ¿no me miran, no me cercan, no me hablan tantos amigos con sus obras? Por un momento he imaginado que todos salen de sus estantes. Muchos no se saludan entre sí. Yo procuro conciliarlos. Hay también, acaso, algún enemigo... Pero al enemigo no hay que perderle de vista. Y aquí estoy frente a él, para aprender por modo negativo lo que él me enseña. Todos me entregan su mensaje. Bastantes vienen de lejos en el tiempo y en el espacio. ¡Si ellos supieran que habían llegado hasta aquí! Ellos, que confiaron su pen-

samiento al papiro, a la tabla encerada, a maestros de pluma en un único manuscrito. ¡Cuántos habrán naufragado en la vorágine de los siglos!

Inopinadamente mis ojos se posan en la máquina de escribir: palancas, níquel, rodillos, teclas, alfabeto. ¿Qué harían ante ella aquellos pacientísimos amanuenses? ¿Cómo trabajarían ahora aquellos abnegados obreros del pensamiento escrito? Los operarios de pluma, que con su tenacidad, más que con su genio, prestaron impagables servicios a la inteligencia, como prueba de lo que fueron y lo que pedían por su tiempo gastado, al terminar los libros en aquellas antiguas edades escribían frases tan conmovedoras como éstas:

"Al fin llegué al puerto con el libro que principié mi maestro con su habilidad superior, que ha merecido ser coronado con Jesucristo. Amén."

"¡Oh, torre de Tavora—torre alta de piedra—, y tú también, cuarto pequeño del primer piso, en el cual durante tres meses Emeterio, sentado con el cuerpo doblado, quebrantados sus huesos y rota su pluma, acabó este libro!"

"A mi querido discípulo Sancho, cuya alegría me recuerda su nombre, Florencio Monje. Bendito sea el Rey del Cielo, que nos ha conservado para concluir este libro. Amén."

A lo que contesta Sancho:

"Maestro: Bendigamos por los siglos de los siglos a Nuestro Señor Jesucristo, y que seamos con él en el Reino de los Cielos. Amén."

Y se recomienda luego con las siguientes palabras:

"Quienquiera que tú seas, lector, cuando hayas recorrido este volumen hasta el fin y contemplado las batallas de estos atletas gloriosos, yo te conjuro y suplico intercedas por este pobre Sancho con aquéllos. Tú, en cambio, recibirás por tu trabajo abundantísima cosecha de recompensas, pues el que ruega a Dios por otro se recomienda a sí mismo."

Esto se escribía allá por los años 970, cuando acababa de nacer Castilla.

En un ejemplar de las Morales de San Gregorio, terminado el 945 en el noroeste de España, tras una súplica semejante, se añaden estos paternales conceptos, a fin de que el libro llegara a tener duración de muchos siglos y no se olvidasen los padecimientos que acarrecaba el oficio de escribiente, con la pérdida de la vista, dobleces de la espina dorsal, costillas rotas, riñones doloridos y desfallecimiento general, diciendo:

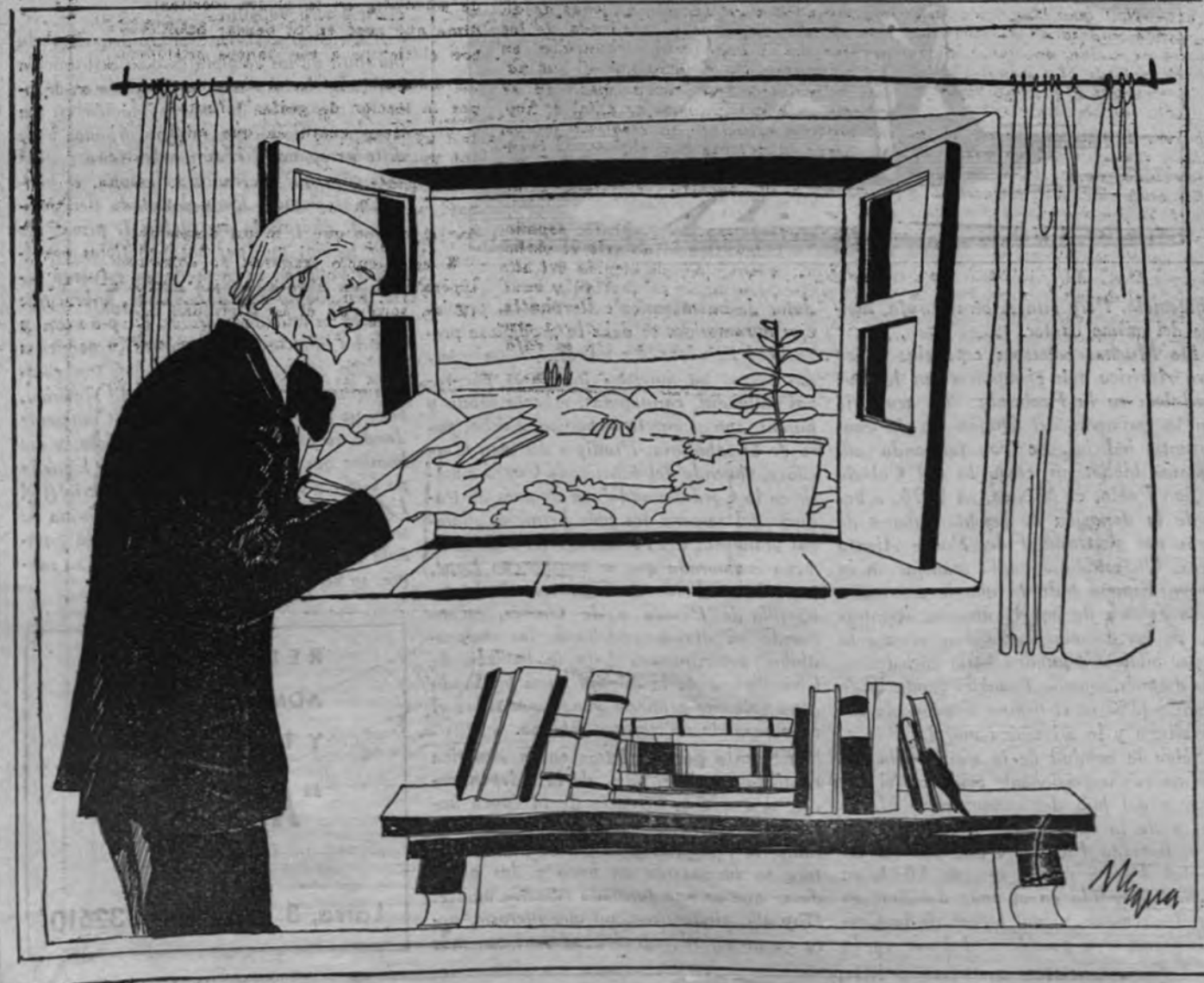
"Los que lean este libro a cambio de tantos sudores como costó escribirle, volverán las hojas poco a poco y con cuidado de no tocar con los dedos en la escritura; porque del mismo modo que el granizo destruye y esteriliza la tierra más fértil, igualmente sucede con los libros: los dedos acaban pronto los textos manuscritos."

Y había, finalmente, una hermosa fórmula general de alegre despedida entre amanuenses:

"Qui scripsit scribat et semper cum Domino vivat."

III. — EL MEDIEVO, ASIDO A LA ANTIGÜEDAD

"¡El que escribió escriba y siempre con el Señor viva!" Quiero enviar un saludo emocionado a aquella legión de clérigos y monjes. Su abnegación sin límites a lo largo de tantos siglos me proporciona hoy el placer de contemplar aquí, en mi biblioteca, obras que, viniendo de más lejos, ellos copiaron. Y al recoger entre mis dedos esta pluma estilográfica, generosa y dócil, único instrumento, pienso en aquellas escarcelas colgadas a la cintura, con tinteros, plumas, cuchillas de tajar y raspar, jibias para perol, colmillos de jabalí y otros dientes para bruñir y alisar; carbón fino en barretas y polvo, propio para señalar y estarcir los modelos



de mi librería

Los crérigos amanuenses.--La cadira de honor.--San Isidoro en su el castellano en "La Galatea".--Juan de Mena llora la quema de unos 23 de abril.--El libro del Doncel

picados de las bellísimas iniciales y adornos; plantillas de piezas enterizas y otras caladas en hojuelas delgadas de cobre; las puntas de pizarra negra, azulada, desmoronadiza y muy carbonosas para trazar en tabletas; los barrotines apuntados de plomo; algunos puntiles más duros para rayar los pergaminos o señalar sus márgenes o paralelas de guía... Todo este arsenal de instrumentos necesitaban.

Y cómo trabajaban! en tableros con pies muy bajos o mesitas peonas, para utilizar las cuales era necesario estar sentado en el suelo o casi a nivel del pavimento. Tal era el mobiliario de aquellos escritorios episcopales y monásticos. En la cartela primera del Libro de las Tablas de Escaques se ve al autor en la cadira de honor, al parecer, dictando de palabra el texto del que ha de ser su libro y rodeado de cuatro secretarios amanuenses sentados en el suelo, escribiendo al oído lo que dice el maestro. Y, poco a poco, lentamente, tras varias floraciones del huerto conventual, iban saliendo los volúmenes. De este modo constante la España visigótica pudo tender un puente a la antigüedad con la biblioteca hispanense de San Isidoro. De ella decía el Santo: "Sunt hic plura sacra; sunt el munda-lia plura."

Aparte de los libros religiosos se guardaban allí, en el atrium o armamentario episcopal, según San Isidoro, las obras filosóficas de Aristóteles, Platón y Boecio; las científicas de Arato, Higino, Sorlino y Plinio; las descriptivas de Varrón y Macrobio; las gramáticas y retóricas de Cicerón, Quintiliano, Prisciano, Donato, Servio, Victorino y Longo Charisio; las de oratoria de Demóstenes y Cicerón; las legislativas y jurídicas de Cayo, Ulpiano, Paulo, y las de codificación de Teodosio el Grande; los libros de Medicina de Celso Aureliano; los históricos de Salustio, Tito Livio, Suetonio, Justino, Julio Africano, Egesipo, Eusebio Paulo Arosio; los poéticos de Atta, Ciuna, Dracontio, Horacio, Juvenal, Juvenio, Lucano, Lucrecio, Marcial, Ennio, Ovidio, Persio, Plauto, Pomponio, Proba Falconia, Terencio, Virgilio, y entre los matemáticos y de arquitectura, los libros de Euclides y Vitruvio.

Más adelante, en el siglo XIII, la España cristiana del Rey Sabio reunía en Toledo, con las aportaciones visigóticas, toda la bibliografía árabe y hebrea, cuando ya el idioma castellano merecía el honor de los copistas, cuando ya iba perdiendo el mantillo del latín y se echaba a andar por la meseta hasta los mares. El olvido del latín--ese lento proceso de "desalfabetización" de los idiomas--del que habló expresamente San Eulogio de Córdoba en el siglo IX, dió lugar en el XI--el siglo del Cid--a que se organizase la invasión casi torrencial de las palabras escritas en romance popular en los documentos públicos que se decían latinos. En un principio, la invasión se disculpaba con fórmulas modestísimas, a fin de esconder la falta de recursos gramaticales en el lenguaje de Lacio, de que padecían los copistas, amanuenses y secretarios autorizados por las leyes para extender por escritura los documentos públicos. La fórmula más corriente, tomada de San Isidoro en sus "Etimologías", consistía en intercalar, previo el adverbio "vulgo", las balbucientes palabras en romance. De este modo Pedro, obispo de León, escribía en 1093: "Vulgari linguae infanzones dicuntur." Así se transformaba de fonético en gráfico un idioma que luego habría de llenar un mundo nuevo.

... ¿Cuál sería el primer libro escrito en castellano? Mientras este misterio se nos vela, es casi un símbolo el hecho de que el más antiguo documento de nuestra épica, que conservamos, sea nada menos que el "Cantar de Mio Cid". Del Campeador parte la flecha que hallará su punto más alto en Don Quijote. Cuando el Príncipe de los Ingenios toma en su pluma el idioma, podrá escribir en su prólogo a "La Galatea": "Entiéndase que con la lengua castellana se tiene campo

abierto, fácil y espacioso, por el cual, con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad y conceptos agudos, sutiles, graves y levantados que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido."

IV.--LOS LIBROS DE DON ENRIQUE DE VILLENA

Con deleitoso amor esparzo vi vista por mis libros, desplegados ante mí en es-cuadra a lo largo de las paredes del estudio. Comprendo entonces cuán obligado estoy a ellos, cuánto a su favor agradecido, cuánto dolor será dejarlos o perderlos. Y evoco la ira santa con que nuestro poeta Juan de Mena, en su "Laberinto de Fortuna", clama por la quema de unos libros preciados. ¿Habéis leído las "coplas" dedicadas a D. Enrique Villena? Helas aquí:

Aquel claro padre, aquel dulce fuente, aquel que el cástalo monte resuena es don Enrique, señor de Villena, honra de España y del siglo presente. ¡Oh, inclito sabio!, autor muy sciente, otra y aun otra vez yada yo lloro porque Castilla perdió el tal tesoro--no conocido delante la gente.

Perdió los tus libros sin ser conocidos y como en exequias te fueron ya luego unos metidos al ávido fuego, y otros sin orden no bien repartidos. Cierta en Atenas los libros fingidos que de Protágoras se reprobaron con cirimonia mayor se quemaron cuando al Senado le fueron leídos.

Don Enrique de Villena cayó en desgracia de su señor y sobrino, Don Juan II de Castilla. Y el turbulento príncipe, acusado quizá de hechicero, hubo de sufrir en sus libros el expurgo y quema ordenados por el Rey a su confesor, fray Lope de Barrientos. ¿Cuántos escritos únicos se perdieron entonces! Y esto ocurría en 1434, en los albores mismos de la genial revolución científica que hubiera podido salvarlos; cuando empezaban a correr noticias de libros de molde, grabados en tabla de madera dura... ¡La xilografía, y tras ella, la imprenta, que multiplicaba y universalizaba el pensamiento!

A esta pasión de Villena por los viejos códices habían respondido igualmente ingenios y potestades de la tierra en aquellas aceradas centurias. Así, Alfonso X y Don Pedro I el Justiciero, de Castilla; Carlos V de Francia; el gran Petrarca; los mitrados catalanes Fernando Calvillo y D. Dalmacio Mur; Alfonso V de Aragón y Nápoles; el duque francés Juan de Berry; los Estúñigas castellanos; D. Alvaro de Luna; el Príncipe de Viana; don Pedro; el Condestable de Portugal... Gra-



cias a ellos y a innumerables sucesores en los siglos siguientes, los Estados modernos han podido instituir las grandiosas Bibliotecas universales, llamadas Cárceas, Regias, Pontificias, Nacionales, en ambos mundos.

Y así llegamos a nuestra época, que bien merece ser llamada la edad aurea del libro. Cada país protege y propaga la difusión de su producción librera y se instituyen fiestas conmemorativas. Por lo que hace a España, el esfuerzo iniciado tiende a consolidarse y superarse. Las Cámaras Oficiales del Libro, que hoy, por mandato del Caudillo, se refundirán en el Instituto del Libro, dieron claras muestras de organización y entusiasmo en el último decenio, celebrando Ferias y actos culturales. España puede hoy convocar a todo el mundo de la Hispanidad, segura de obtener para su cultura espléndida los más copiosos frutos. La fecha del 23 de abril, Día de Cervantes, Fiesta del Libro, supone para ciento veinte millones de almas la exaltación más acendrada de los valores del pensamiento, traducidos en tinta impresa. La España nueva, que nace entre escombros, cuya vitalidad se afirma ante la hecatombe mundial de hoy, no perdona esfuerzos, ni escatima logros, ni pierde iniciativas que, superando eventuales dificultades, contribuyan al florecimiento de nuestra espiritual gran deza.

El libro máximo del ingenio español nos une a todos. Con él no sólo el verbo, no sólo el nimen; toda la ciencia del alto vivir y del bien morir se exaltan y exultan. Nuestro señor Miguel de Cervantes, pluma y espada del Imperio, quiera cruzar nuestra milicia austera con la ráfa-

ga inmortal de los más levantados pensamientos; que impulsó a Don Quijote por la vida.

V.--EL DONCEL DE SIGÜENZA

Al colocar esta nuevo libro en mi biblioteca, mi viaje ha terminado. El ha sido mi guía a lo largo de las jornadas. Su autor, D. Manuel Rico y Sinobas, me trazó, con "El arte del libro en España", los más sugestivos panoramas. Al rendir viaje con él, con él queda mi gratitud. Para reforzarla, para ejemplarizarla bajo la luz perpetua, aquí tengo, en un rincón del estudio, encuadrado en una lámina, el "Doncel de Sigüenza". Un día me plació tributarle mi admiración, a él, hombre de libro y espada. Y para él compuse este soneto, con el que me es grato cerrar mi periplo:

¡Oh, Doncel de Sigüenza, marinero de soledades en la piedra escritas! dime qué gozo en tu pensar habitas con el tiempo a tus flancos prisionero.

Desdenaste quizás el claro acero por la lección de gestas infinitas; y el sosiego gentil en que militas fué quien te armó por siempre caballero.

¡Oh, quién pudiera como tú a la muerte, bajo un dosel de místicos arcanos dar el reposo que a la luz despierte!

Y en silencio fragante de colmena esperar con un libro entre las manos... ¡Y en torno de él la Eternidad serena!

Lope MATEO



EL LIBRO ESPAÑOL EN AMÉRICA

Entre las mercancías que España manda a sus hermanos de América, la más noble de todas, la que representa mejor la expansión del espíritu nacional, es el libro. Se ha dicho repetidas veces que el libro tiene alma y tiene cuerpo, y nunca como en el libro destinado a la exportación resulta esto tan exacto. El libro, en su parte espiritual, contiene lo más selecto del alma humana: las ideas, el pensamiento, las especulaciones de la inteligencia y el lenguaje, vehículo de expresión que es a la vez imagen fiel de nuestra idiosincrasia individual y colectiva. Esta es su parte sustancial y esencial; en cambio, el cuerpo del libro, el papel, los materiales que entran en su fabricación y todas las manipulaciones propias de su composición, constituyen la parte accidental o adjetiva sujeta a todas las oscilaciones que las circunstancias imponen a sus productores, fabricantes, industriales y comerciantes, las cuales influyen tan poderosamente en la vida del libro que pueden llegar a ahogarla completamente.

Para evitar que llegue este momento y que el libro español se vea impedido de hallar asilo en América, el remedio que por parte del Estado se encuentra apoyado energicamente, protegiéndolo en su parte material tanto como se pueda, ya que, cuanto más fuerte y más espléndida ésta sea, mejor podrá ofrecer al espíritu que ella encarna. Puede aplicarse perfectamente al libro aquella máxima médica y pedagógica: "mens sana in corpore sano"; cuanto más sano y más saneado aparezca el cuerpo del libro, mejor vehículo será para la cultura y el progreso y para afianzar los lazos espirituales que nos unen con América.

Si España quiere que su hispanidad penetre cada día más y mejor en nuestros hermanos del Nuevo Continente, es absolutamente indispensable que haga un máximo esfuerzo para que la exportación del libro español en América no sufra menoscabo y pueda alcanzar nuevamente un ritmo normal. De otra suerte, las relaciones espirituales entre los países hispanoamericanos y España irán relajándose, y el día que el libro español perdiera su carta de vecindad en América, se habría producido irremisiblemente una solución de continuidad entre América y no otros.

Para que el libro español pueda exportarse son necesarias tres condiciones: primera, que los textos sean de un valor positivo; segunda, que estén pulcramente editados, y tercera, que resulten a precios económicos. Esta condición, si bien aparece en tercer término, es en el terreno económico la primera y principal, pues si nuestro libro resulta caro, hallará fácilmente competencia y se le cerrarán todas las puertas.

Los más importantes e inteligentes editores españoles, que dedican su actividad a difundir el libro en América, cumplen estas reglas en cuanto depende de ellos, y su esfuerzo se ha visto coronado en menos de veinte años con un éxito franco, que ha desterrado de los

mercados hispanoamericanos a los Garnier y Bouret, de París, y a los Appleton, de Nueva York, por citar sólo los más importantes, que lo tenían acaparado.

Nuestros editores, no obstante, no pueden dormirse sobre su victoria; su lucha debe continuar ahora con más ahínco, pues les han aparecido nuevos enemigos, tal vez más terribles que aquéllos. En primer lugar, hay los piratas editoriales, que son casi invencibles. Estos tienen a su favor la ineficacia de las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, que les permite apoderarse y reeditar impunemente obras consagradas ya por el éxito en sus ediciones legítimas, que costaron esfuerzo e inteligencia a los genuinos editores españoles, y les hicieron correr un riesgo inexistente para los editores piratas, que obran sin pérdida posible, ya que actúan sobre el seguro, aprovechándose de la ciencia y experiencia de aquellos a quienes perjudican.

Además, como estos piratas no pagan derechos de autor ni de traductor y adquieren el libro en condiciones económicas ventajosas en comparación con los editores españoles, pues lo pagan a una tercera parte de las tarifas que hoy se cotizan en España, pueden poner sus libros a unos precios con los cuales es imposible establecer competencia.

Aparecen en segundo lugar las editoriales serias, poderosas y bien organizadas, que han surgido y continúan surgiendo en América desde nuestra catástrofica revolución comunista. A nadie puede sorprender que, dando cuenta del trasfondo general experimentado por los mercados en España y de las enormes dificultades de producción y de exportación que hace seis años afligían a la industria editorial española, los editores caribínicos de Hispanoamérica hayan sabido aprovechar estos tiempos tan difíciles para no sólo crear y fomentar una industria editorial propia y con la potencia necesaria para cubrir sus necesidades y satisfacer sus aspiraciones, que hemos de reconocer que son legítimas, aunque van en contra de nuestros intereses. La ocasión no puede ser más favorable.

Las editoriales competidoras nuestras disponen de fuertes capitales para acometer con todo arrebato sus empresas; cuentan con talleres tipográficos tan importantes o más que los nuestros, dotados de los últimos adelantos, y trabajan con papeles excelentes, que, como hemos dicho anteriormente, cotizan a precios muchísimo más baratos que en España, y sin ninguna limitación de cantidad y calidad; en la Argentina, por ejemplo, la industria papelera ha progresado grandemente en los últimos años, y, además, el papel para la edición de libros, así como el de periódicos y revistas, está exento de derechos de Aduana. En cuanto a los textos y a la parte técnica, no están tampoco en condiciones de inferioridad, pues además de tener buenos autores y escritores excelentes, han absorbido muchos intelectuales y técnicos españoles, especializados unos en diversas ramas de la especulación y de la ciencia, y otros en negocios editoriales y de librería, que a raíz de la victoria de nuestro Caudillo fueron a instalarse en las naciones centrales y sudamericanas. Si a esto se añade que en la mayor parte de estos mercados se han agotado las existencias de ediciones españolas, se comprenderá que estos países, faltos de libros que necesitan y no pudiendo nosotros, sus habituales proveedores, suministrarlos ahora debido principalmente a la dificultad de los transportes, cada día en aumento, se afanan en producir los textos que puedan suplirlos y en crear la industria nacional del libro que satisfaga las exigencias de la cultura y la enseñanza respectivas. Estas nuevas editoriales cumplen en su producción aquellas tres condiciones que hemos indicado al principio, y, por lo tanto, están en situación ventajosa para luchar contra el libro español. Esto solamente podría atajarles superándoles en todas ellas y especialmente en la relativa al precio, que debería ser baratísimo, cosa imposible, porque nuestros esfuerzos se estreñan ante las circunstancias actuales.

Esto, no obstante, cabe todavía intentar algo en defensa de aquellos mercados y de nuestro prestigio, para lo cual es preciso y urgente lograr en favor de nuestras ediciones un régimen que las proteja, colocándolas en situación más ventajosa ante sus competidores. Los principales remedios que, entre otros, podrían producir esta reacción son los siguientes:

El primero y principal es el abaratamiento del papel editorial. Así como se ha concedido un régimen de excepción al papel para diarios y revistas, podría

concederse un régimen análogo al papel para libros, mayormente cuando del papel que se fabrica anualmente en España, el cupo destinado a la industria editorial es relativamente pequeño en comparación con el que se destina a otros usos y a otras industrias, y, por lo tanto, el escaso desequilibrio que produciría en la balanza económica podría subsanarse fácilmente. Al esfuerzo que hacen los editores para llevar a las tierras de América el espíritu de España en alas del libro bueno y digno se debería sumar el de los fabricantes de papel, si con buena voluntad facilitarían que a estas cualidades se añadiera la de barato. Además, teniendo en cuenta que el libro constituye un artículo de primera necesidad, pues siendo por antonomasia el vehículo de toda cultura espiritual no cabe, sin él, imaginar crecimiento y progreso en los pueblos, el Estado debería favorecer su producción y fomento dando, de una parte, facilidades para la importación de papel extranjero, mientras la industria nacional no se halle en condiciones de atender cuantitativa y cualitativamente las necesidades normales de los editores, y declarando de otra parte, por las razones antedichas, exento el papel editorial del impuesto de usos y consumos.

Otro remedio eficaz sería la concesión de primas a la exportación, al estilo de lo que se hace en otros países, como Alemania, por ejemplo, donde la exportación de libros está favorecida con una prima de un 25 por 100. Tal vez lo más sencillo fuera aplicar al dólar editorial que recibe el Instituto de la Moneda un premio del 25 por 100 como prima de exportación, lo que produciría automáticamente una rebaja considerable en el precio del libro en América.

Ya hemos dicho que una de las mayores dificultades con que tropiezan nuestras editoriales es la del transporte. De poco serviría la aplicación de los precedentes remedios si persistían los actuales entorpecimientos para el envío de los libros. Para superarlos es preciso que se den facilidades para mandar los li-

bro por correo o en cajas, utilizando todos los buques nacionales que vayan a América, pues si sólo puede utilizarse, como ahora, el correo oficial, su poca capacidad de absorción de mercancía hace el conflicto insoluble.

Todavía hay otro aspecto que debe tenerse en consideración, y es el relativo al intercambio de libros con las editoriales serias americanas. No se olvide que si el Estado pone excesivas trabas de censura, de restricción de divisas de los pagos, de licencias de importación, etcétera, dificultando así las exportaciones que las Repúblicas hispanoamericanas pueden hacernos—exportaciones por ahora ínfimas en comparación con las cifras globales que representan las toneladas de libros que nosotros les enviamos—, no tardarán aquellas naciones en tomar represalias y hacer lo propio con nuestros libros. Ahora mismo se han de revisar en la Argentina las tarifas aduaneras, y si no tenemos en cuenta este peligro, el día menos pensado nos podemos encontrar con la desagradable sorpresa de que se apliquen al libro español derechos arancelarios prohibitivos o poco menos.

En resumen, para que nuestro libro pueda mantener su mercado en América, lo que no es simplemente un aspecto de carácter comercial, sino que tiene una importancia que a nadie puede pasar desapercibida para el mantenimiento de las relaciones espirituales de nuestra Patria con las naciones hispanoamericanas, ha de ser un libro de calidad que, puesto en su lugar de destino, resulte a precio económico y que halle facilidades para su transporte en cantidad suficiente para atender a la demanda. Si esto no se consigue y continúan las restricciones y dificultades actuales, el mercado del libro en América se perderá para siempre, y con él se habrá perdido el más noble y eficaz de los lazos de unión entre España y sus hijos de América.

Gustavo GILI
(De Editorial Gustavo Gili, S. A.)

LA IMPORTACION DEL LIBRO AMERICANO Y EL INTERCAMBIO

Si algunas veces los intereses del Estado y los particulares son contrarios, en este caso dichosamente coinciden. Es indudable que si el deseo de autores y editores es exportar a América y difundir en aquellos países el libro español, también nuestros gobernantes lo ven con buenos ojos, pues no escapa a su perspicacia que pueden obtenerse con ello espléndidos frutos. Las naciones americanas, como los hombres jóvenes, tienen una receptividad, una facultad de asimilación extraordinarias. Las películas de Norteamérica, por ejemplo, han ejercido en sus costumbres una influencia mucho mayor que en los viejos países de Europa; y, años atrás, la enorme difusión del libro francés, bien organizada por algunos editores con el apoyo de su Gobierno, produjo efectos perceptibles de afrancesamiento literario y social. Pero ¿qué influjo más legítimo y el nuestro, justificado por el idioma, la cohesión y tantos lazos de continuo renovados? Aquellos pueblos jóvenes y viriles, ante los que se abre un porvenir magnífico, tanto en lo material como en lo espiritual, ¿no han de simpatizar mucho más con nuestros ideales, nuestro recto carácter y nuestras sanas costumbres, que con los de otras naciones de las que tantos rasgos los diferencian?

Pero aquellas hijas de España son mayores de edad; no por acogedoras de lo exótico dejan de tener formado su carácter; por muy ávidas que estén de conocer tendencias e ideas ajenas, las tienen propias y de alta calidad. En el siglo largo que llevan viviendo su propia vida, cuántos autores ilustres y notables no han producido! Y si algunas de sus obras están difundidas en España, muchas son menos conocidas de lo que deberían. Además, a causa y en favor de las circunstancias, autores y editores españoles han publicado en América su obras y han montado allí importantes organizaciones, que esperamos han de acabar con esas publicaciones piratas que son a la vez plaga y vergüenza editorial.

En estos tiempos de toma y daca, no podemos aspirar a la verdadera difusión

del libro español en América si no estamos dispuestos a establecer un amplio y generoso intercambio intelectual. Y en ésta, que es la más noble y elevada de las transacciones, unos y otros saldremos gananciosos.

Si hemos perdido ya en América el mercado de las revistas y los libros de texto, conservemos y acrecentemos por lo menos el del libro, sobre todo el libro de calidad, que es la máxima expresión editorial y lleva aparejado el mayor prestigio. Exportemos bellas ediciones de nuestros clásicos, de nuestros escritores contemporáneos, libros expresivos de nuestro arte y de nuestras gloriosas tradiciones, así como de nuestra juvenil Revolución; libros técnicos originales y traducidos, libros, en fin, que sean en aquellas tierras unos agentes siempre activos en hogares y bibliotecas. Y, en cambio, aceptemos sin regateos libros de producción americana. El trueque, en estos momentos, tal vez podría hacerse a base del libro de calidad español contra el libro de tipo corriente en América, mediante un organismo nivelador de precios para que no resultara allá el nuestro demasiado alto ni el suyo acá en exceso reducido, y procurando asimismo no lesionar los respectivos intereses.

Cierto que la ocasión presenta enormes dificultades, pero los hombres son para esas ocasiones. Ciertamente también que en la balanza económica pesan más que el libro otros productos; mas aquí la calidad suplirá con creces a la cantidad, y ello justifica que, con motivo de la Fiesta del Libro, que por algo tiene un día señalado, cuando no lo tienen, ponga por caso, el hierro o la naranja, solicitemos de nuestros gobernantes no ya que se preocupen de este problema, del que desde luego se preocupan, sino que le den lugar preferente en sus preocupaciones y recuerden en el día de hoy que el libro no es una mercancía cualquiera, sino el más digno y eficaz de los embajadores.

José MARIA BORRAS
De Ediciones Avo.

El futuro del libro español en América

(Viene de la página 8.)

dos de este espíritu de generosa comprensión, hemos de ocupar el puesto que nos corresponde en el gran coro de naciones hispanoamericanas. Para lograrlo, el nuevo Estado, aprovechando la lección que le brinda la historia, deberá estimular toda iniciativa editorial privada que abra nuevos cauces al libro español, con la creación de casas filiales en Ultramar, sin descuidar tampoco el mantenimiento de una firme política económica del libro, cuyos rasgos esenciales hemos intentado esbozar. Es necesario, pues, que España acepte gozosa y generosamente la idea de igualdad cultural con las naciones hermanas de América, que no hemos de conquistar nuevamente, resucitando antiguas pretensiones hegemónicas, sino que hemos de ganar a la idea de una unidad superior de cultura y de lengua, a la que podemos y debemos contribuir con lo mejor de nosotros mismos. En suma, desearíamos que nuestro hispanoamericanismo de mañana fuera—recordando las mismas palabras de un eminente filólogo contemporáneo—"más que por lo que juntos hemos hecho, por lo que juntos tenemos que hacer, una conciencia colectiva de que somos y una voluntad panhispánica de llegar a ser".

S. OLIVES CANALS

(Vicesecretario de la Cámara Oficial del Libro de Barcelona.)

UNAS HORAS EN LA HISPANIC SOCIETY

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

A esta visita que hacemos en noviembre de 1931 en Nueva York ha precedido en años un tributo epistolar desde el viejo Pirineo. Remontemos sin prisa el tiempo, que es el río de sombra que nos anega: ¡1904! La amistad esparce liberalmente sus dones, y es la misma de ayer la que funda esta casa en América. Es la amistad que nos llega patriciamente y ennoblecida de distancia: la amistad de Ticknor, de quien la ausencia se hace presente después de un siglo en el aula de Haward; la de Washington Irving, para quien Granada es el oasis y el clima eliseo; la de Longfellow, que traslada a su inglés "de cristales órficos" las copias de Jorge Manrique; la de Guillermo Hekling Prescott, que se embelesa con la historia de los Reyes Católicos, y la de William d'Owell, a quien el pistoletazo de Larra le resuena más dentro que el de Werther; la de John Hay, de los "Castillians Days"; la de los cien, en fin, que les suceden en el conocimiento de España.

En mayo de 1901 el caballero Archer M. Huntington—hijo de Henry—instituye en Nueva York la Hispanic Society. Dos son los designios de la Casa: difundir el estudio de los idiomas español y lusitano y cultivar la historia y las letras de los dos países ibéricos o de los otros que hablen los idiomas de Hernán Cortés y de Vasco de Gama. Este hogar, que Huntington abre esparcidamente, reúne en su biblioteca más de cien mil volúmenes, sin contar los miles de manuscritos. Varias bibliotecas de españoles para quienes vivir y aun navegar fué menos preciso que leer: la del marqués de Jerez de los Caballeros y la de don Luis Cardona y fondos de las de Salvá, el marqués de Liédana, el doctor Thebunsen Cañete, Sánchez Rayón, García del Valle, Fernández Guerra, C. Alberto de la Barrera y de algunas otras, han hallado allí la hospitalidad que guarda de expoliación o de cambalache.

Esta Casa de la Hispanic Society es museo en el que se guardan obras maestras de pintura y escultura, y, además, tapices, cueros, herrajes, orfebrería, cerámica, bargueños, bordaduras y encajes y muestras de nuestros viejos oficios, desde tallas de artesanos hasta laudas sepulcrales. Debemos a Huntington una versión inglesa del venerable Poema del Mio Cid, en tres volúmenes: el primero con el texto original, el segundo con la traducción y el tercero con variantes, notas y comentarios. La fidelidad de este traslado admite el paralelo con la que puso Longfellow en el traslado de "La Divina Comedia", de las "Coplas" de Jorge Manrique y de los sonetos de Lope de Medrano y de Aldana.

Ofertorio precario en verdad era el del idioma inglés al venerable Cantar de gesta, ya que consistía en las versiones muy parciales de Southey, Frere y Ormsley, en Inglaterra, y la mención de Ticknor en los Estados Unidos. Southey, aunque de origen céltico, no supo recoger entre cielo y mar el humor a dos voces, la de arcángel y la de sirena, que es humor que los galeses llaman "glamour", ni oír el repique de campanas que sube de la ciudad submarina de Is después de las grandes borrascas. El poeta, con todo,

afirmó generosamente en la "Quarterly Review", que de todos los poemas que se han compuesto después de la "Iliada", el del Cid es el más homérico, por su espíritu. Claro está que Schlegel, dos años antes, había dicho al pueblo alemán que un solo recuerdo como el del Cid, que en buena hora nació, sirven a un Estado más que miles de obras que no sean hijas más que del ingenio.

Por algo nuestro Menéndez Pidal ha recordado que aquel cantar de gesta afirma con brío nacional "quant grand es España", a la que considera unida por el Imperio de Alfonso sobre portugueses, galizianos, leoneses y castellanos, unidos en "la limpia cristiandad" en guerra contra moros y honrados en las diversas familias reales por la sangre del Cid, porque "oy los Reyes de España son parientes son". Lo cierto es que Huntington traduce, anota e imprime el poema con la dignidad que su vejez, ochenta veces centenaria, ha ganado en los torneos del mundo. No en vano es el antiguo cantar en que tocamos nacionalmente tierra:

Veredes tantas lanzas premer e alzar
tanta adágar, foradar e passar
tanta loriga fallar e desmanclar...

Corrige en sus notas el hispanista errores de Janer, Restori e Hinard, y amplía los criterios de sus predecesores con agudeza que sólo D. Ramón Menéndez Pidal, en su edición de 1908, mejora.

Debemos igualmente a Archer Huntington un gran amor a nuestra lengua, que ha seguido al Imperio y que tiene posesiones aún en latitudes remotas, como las tuvo ayer en los mediodías de oro de los Austrias, y Dios haga que los ensanche. Por eso el caballero que ha traducido el Poema del Cid puede requebrarla con el soneto hermosísimo de Shakespeare, que termina con los dos versos

I see their antique pen would have expressed
Even such a beauty as you master now.
(la antigua pluma hubiera diseñado
la belleza que tienes actualmente.)



Epilogo en medicina y en cirugía
conueniente ala salud

mayor interés, pero merecen un amplio estudio además, porque abundan en portadores paleográficos y arqueológicos y nos muestran la singular aplicación del dibujo al exorno de libros. Particularmente estas ilustraciones, miniaturas e iniciales son de notable originalidad, y me ha parecido que sería bueno publicar en detalle e iluminadas."

Ha reproducido también en facsímil el catálogo de la Biblioteca Colombiana, que es único. "Con su diminuta quirografía—nos advierte—, innumerables abreviaturas y frecuente y minuciosa relación del arte, lugar y fecha de la compra de los volúmenes, es en realidad uno de los preciados tesoros de la Colombiana."

Dejemos ahora sin cita especial los libros de viajes o de reflexiones que el caballero norteamericano ha dado a la estampa, como los estudios del "Libro de los tres Reyes de Oriente" y del "Catálogo de Fernando Colón y de las notas de éste en el ejemplar del "Ars Moriendi". Por tanta diligencia amistosa, "Grandes sean los gozos en España la mayor"; pero, además, ha agrupado Huntington a otros hispanistas y les transmite el amor quijotesco con que ha rondado a España y la ronda, sin que las nieves de la edad maten en los nidos de hogar un solo pájaro de antaño. "Como la quería—dice él—, la quiero, y para ella será el legado más entrañable cuando la muerte venga a buscarme."

Por él aman también a España y escriben sobre nuestras cosas esas nobles criaturas cuyos nombres han diluido música mozartiana en nuestro recuerdo. Cuánto, pero, sobre todo, cómo que es lo que importa, saben Alicia Wilson de nuestros alfareros y nuestros vidrieros; Beatriz Gilman, de escultura; Elizabeth du Gué, de los Museos españoles; Ada Marshall, de las obras maestras de la artesanía del oro y de la plata; Florencia Lewis May, de recamados y de encajes; Gracia Hardendorff, de bargueños; Ana Sawyer, de alambas o de llaves del siglo XV y del siglo XVI, que aun abren galerías secretas en nuestra historia; Ana Pursche, de portolanos o de cartas marítimas; Eleanor Sherman, de grabados; y Clara Luisa Penney, de libros y de manuscritos.

De aquellos breves diálogos con algunas de estas amigas de España nos queda en la memoria un eco de los que se amortiguan, pero no mueren. Ellas, con otras, como Ruth Matilde Anderson, Dorothy Dartt y Helena Eldredy han traducido a poetas españoles de todos los tiempos desde el "gran almirante de la mar, Payo Gómez Charino, hasta Adriano del Valle. Queremos que parta de esta teoría de nobles criaturas que nos quieren bien, la invitación al coro de alabanzas que de nuestros libros hemos escuchado en otros países del América, y muy singularmente en el Perú, en Argentina y en Chile. Estas dos naciones editan por su cuenta libros que por nuestros son suyos. Proclamemos que algunas editoriales los imprimen con nobleza y otras pulcramente. Largamente hemos hablado en "Semana" de la Exposición del Libro Español en Lima, que el Canciller del Consejo de la Hispanidad había planeado, y que nuestro embajador allí, D. Pablo Churrua, marqués de Aycinena, con sus dones múltiples, hizo posible...

Otras Exposiciones con los mismos fondos, que son circulantes, se celebrarán en las ciudades de América en que hay Academias correspondientes de la Real Academia Española, o sea: en Santa Fe de Bogotá, en Méjico, en Quito, en Caracas, en San Salvador, en Santiago de Chile, en La Habana, en Asunción del Paraguay, en La Paz, en Guatemala, en Montevideo, en San José de Costa Rica, en Panamá y es claro que en Buenos Aires. "A estas ciudades no llegan desde 1936—hemos escrito en "Semana"—libros, revistas o diarios en los que puedan sondear nuestro pensamiento político o seguir el rumbo de nuestra cultura." Lo que nos urge como Estado y como nación rectora es informar, informar aún, informar siempre y todavía. Que el libro español llegue, que si llega será absorbido contando con nosotros.



Cronica del Rey
don Rodrigo

Inútiles pláticas e inútiles libros,
ni las tengan tus hijas, ni los lean
tus hijos.

Política Combatiente del LIBRO



Por DARIO FERNANDEZ FLOREZ



DESDE que el hombre supo del valor activo de la pluma, militante aguda y silenciosa, pero de más amplios y profundos alcances que la redonda y generosa palabra, fué la estela o la tabla, el papiro o el libro, arma adelantada, vanguardia insuperable de toda ruta política, de toda crisis revolucionaria. Y si algún espíritu animoso y docto, felizmente prendido aún a goces sedentarios de búsqueda y de miniatura, ajeno a todo apremio crematístico editorial, dedicara su afán a una historia totalitaria del libro—fondo y forma—, podría ofrecernos su labor una originalísima y honda vena de ese haz heterogéneo y laberíntico que nos muestra la general historia de la Humanidad.

En el trance revolucionario, el libro se acerca, se afila cruelmente para herir, se hace atabal y clarín, ansioso de arrastrar densas milicias al combate. En épocas de regalo y de paz mercantil y burguesa, cuando el hombre, y esencialmente el hombre comerciante, se hace compartimiento estanco, mónada inhibida y estéril, el libro se acomoda muellemente sobre regalos preciosistas, y en sus páginas suenan casi siempre, sobre un "tempo lento", las

más delicadas, graciosas y ledas melodías. Por eso, una historia totalitaria del libro, mejor dicho, de la expresión escrita, habría de significar, para el conocimiento histórico, tanto como un luminoso paradigma de hondas realidades.

No puede sorprendernos, pues, que nuestra generación—entendiendo siempre por nuestra generación a la que, de una u otra manera, hayo sido alcanzada por el corbacho tónico del 1936—asista a un cambio radical en la actitud y en el destino que nutren al libro. En las postrimerías de aquel Estado demoliberal que padecimos, cuyo recuerdo se nos deshace asombrosamente, sin dejar apenas rastro, supimos de libros ciegos y vanamente intelectuales, en el sentido más peyorativo que pueda admitirse del vocablo. Nació el libro encuartillado, por egoismos generalmente estériles, aunque plenos de fortuna y de primor del ingenio estilístico. Mas pronto fué quebrada su fría arquitectura por el empuje de la sangre coliente que alzaba voces salvadoras de la que agonizaba. Y el libro, entonces, se hizo, una

totalitario los vientos sembrados, cosecharon tan sólo tempestades perdidas en una literatura muerta, a pesar de su estruendo—como en aquel "Cemento", de Gladkov, tan fraguado, que era ya granito, por lo abrumador e impenetrable—, por otras rutas más altas y ambiciosas, la sementera del cálido vendaval pudo recoger tormentas generosas que alumbran mocedades geniales para las prensas españolas.

Iniciado ya el giro, resuelta ya la faz histórica del período decadentista en un gesto fruncido por jóvenes ímpetus ambiciosos, el Estado y su Partido, no heredados de rutinarios hábitos, sino nacidos de la propia entraña lacerada de la Patria, habían de dirigir su energía por el cauce eficaz y combatiente que vale el libro. Así, organizada apresuradamente una Subsecretaría de Prensa y Propaganda en el seno del Estado—que habría de llenar, más tarde, la Vicesecretaría de Educación Popular de F. E. T. y de las J. O. N. S.—y una Delegación Nacional semejante dentro del Partido, la misión política encomendada al libro comenzó a dibujarse ne-

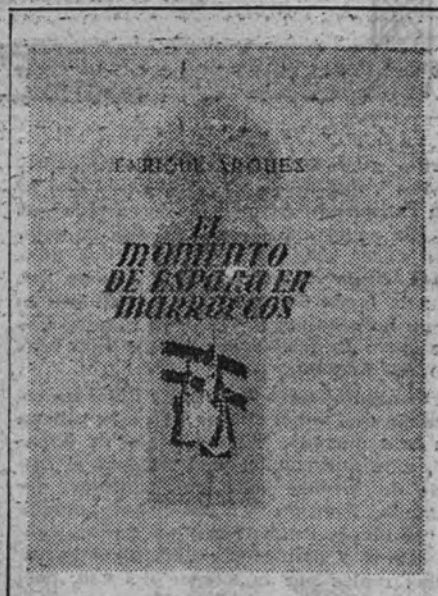


la política cultural, la política comercial y hasta la ordenación bibliográfica de nuestros libros han de formar un todo orgánico, una auténtica artesanía de todas sus artes e industrias.

El libro es algo más que una mercancía, pues aun considerado estrictamente como mercancía, aislada de sus otros valores, se nos hace una mercancía máxima, una mercancía dedicada al espíritu. Y valgan aquí, tan sólo dos únicos ejemplos, y de dos enemigos, que son ejemplos, y los dos enemigos, que son siempre los que el militante debe mejor recordar. El de aquella "Apología" del Príncipe de Orange, fuente inagotable que desbordara los amplios ríos de la "leyenda negra", y el de aquellos volúmenes que pudrieron los vientres de "los navíos de la Ilustración", para pudrir, después, los cimientos de nuestro Imperio.

Conocida nuestra misión, riñamos esta silenciosa y honda batalla política del libro con la misma fe, con la misma lealtad en el Caudillo que gobierna todas nuestras aventuras bélicas, que habría de nutrir la más valerosa, tenaz y disciplinada milicia combatiente.

Libro en el que mi padre leyó, ése quiero yo.



vez más, arma de combate, guión generoso de juventudes. A un yermo y desilusionado "Epílogo de nuestro tiempo", maravillosamente escrito y pulcramente editado, sucedió—ya lo hemos señalado en otra ocasión, también oportuna—un "Discurso a las juventudes de España", viril y aun bronco por dentro y por fuera. Y una "España invertebrada" alumbró, inesperadamente, un "Genio de España" que sabe herir en el corazón a su penosa herencia.

Agitó, pues, el ábrego de la acción, de la premura militante, aquellas páginas primorosas, espejismos hueros y adormecedores, de las primeras décadas del novecientos. Y si por los rumbos del materialismo

tamente, agrupada por tres funciones distintas: "Misión política represiva", es decir, censura de publicaciones; "Misión política educativa popular", es decir, ediciones y publicaciones dirigidas al lector de tipo medio, con ánimo político informador de los grandes temas y problemas nacionales, y, por último, "Intervención política en los planes editoriales de las empresas privadas", intervención decididamente política, ordenadora, nacida de la misma misión, del mismo destino del Estado, y al margen, por lo tanto, del egoísmo comercial. Y estrechamente ligado a esta actitud firme de un mando superior y único, que no ha de vacilar, nace, a su vez, el Instituto Nacional del Libro, en el que

Leña seca para quemar,
caballo viejo para cabalgar,
vino añejo para beber,
amigos ancianos para conversar
y libros antiguos para leer.



LIBROS DE EXPORTACION

Por M. FERNANDEZ ALMAGRO



CUANDO se piensa en que pasa de cien millones la población universal que habla en español, no puede uno por menos de sentir, con el orgullo de ese magnífico dato, la melancolía de que semejante número no determine una adecuada proporción de lectores. Porque son mezquinas ciertamente las ediciones de cualquier libro español, siempre inferior en su tirada a las teóricas posibilidades de la difusión. ¿Cómo así...? Los problemas cuya solución importa para dejar bien contestada la pregunta anterior, son harto conocidos, y no es cosa de volver sobre observaciones que cualquier lector puede hacer incluso por su propia cuenta o experiencia. Hay un problema en el libro de exportación que toca al Derecho, en cuanto debe ser protegida, con Tratados y Convenios, la propiedad intelectual. Hay otro problema que mira a la economía comercial, puesto que el libro es un producto que se vende, que se cambia, que se anuncia, que gana y pierde mercados. Hay un problema más, verdaderamente de fondo: el del idioma; la literatura sigue a la lengua como la sombra al cuerpo, y allí donde nuestra habla perdiese una parcela, el libro español tendría bien poco que hacer, ya que el número, naturalmente corto, de los hispanófilos, no sería suficiente para justificar importación bibliográfica alguna en país ajeno al nuestro. ¿Habría que insistir en realidades tan obvias...? Pero hay un problema que ligeramente se da por resuelto de antemano: el de la calidad. Y resulta que se suele hablar del libro español y de su función internacional, sin empezar por someter a examen cuidadoso sus condiciones para la gran aventura de dar la vuelta al mundo. ¿Es que cualquier libro merece ser exportado? ¿Es que acaso no existen libros tan útiles como se quiera, de fronteras adentro, y perniciosos, por el contrario, en su proyección al exterior? ¿Es que el libro español para emprender un viaje por el dilatado y próspero Imperio de Cervantes, no ha de responder a una inspiración de raíz universal, por mucho que la impregne el sentido de la tierra nativa?

No sólo como artista, como español también, tiene que situarse todo escritor ante el problema de calidad que su obra forzosamente le plantea. Un libro malo es la peor contrapropaganda que se puede imaginar. Y aun siendo bueno, desde cierto punto de vista, puede estar contraindicado a la luz de otras consideraciones. Y conste que sólo traemos a cuento las obras de simple carácter literario, porque éstas, aun sin proponérselo, hablan en pro o en contra de un pueblo, de su Historia, de su régimen, según sean sus matices, sus cualidades y defectos de todo orden, su cariz general. Cuando Carlyle decía, poco más o menos, que cambiaba la India

por Shakespeare, no quería decir, seguramente, que un gran Imperio valiese menos que una gran literatura, sino que teniendo un espíritu creador, se tiene todo. Pues bien: nuestros poetas, novelistas y dramaturgos de la España moderna y contemporánea, planean muy por encima de la decadencia que les fué coetánea. Pero no cabe duda que la política, al empobrecer el ambiente nacional, desnudó las creaciones de un Espronceda o de un Galdós. Es singularmente significativa a este respecto el caso de nuestra novela del siglo XIX, precisamente por tratarse de un género sobremano nacional, que en esa época logra notorias culminaciones. "Fortunata y Jacinta" o "Sotileza" son libros que se han leído y se siguen leyendo en cualquier confin del mapa lingüístico español. Pero este hecho puramente literario, con ser tan satisfactorio, no ha impedido que nuestra novela del siglo XIX, deleitando o conmoviendo masas, no haya sido bastante a crear un mejor concepto histórico de nuestra España, y esto, por la poderosa razón de que, en tesis general, es deslucido y desairado el reflejo de la vida nacional en libros, por tantas razones de distinta índole, admirables. No es que nuestra novela de entonces, adoleciese de particularismo regional o local. Lo universal, en arte, no es incompatible, ni mucho menos, con el confinamiento geográfico: más bien lo requiere. Pero el toque del acierto está en la valoración de tipos y escenarios, de pormenores y estilo. Como quiera que sea, entreténgase el lector en recordar los lugares de acción más favorecidos por los novelistas de las últimas generaciones y verá que abundan, en grado superior al conveniente, la casa de huéspedes, el café o la oficina, determinando un panorama social de angustioso horizonte. Realismo, se dirá. Pero, ¿no están asimismo en la realidad un jardín, un puerto, una fábrica...? Nuestra gran novela del siglo XIX, tan leída en América

como en España, en función de lo porvenir, no ha ejercido notable influencia, ni siquiera en tasados gustos literarios. En América, singularmente, pensamos. Los novelistas argentinos, cubanos o chilenos, han buscado, por su lado, otra estética. Y han querido buscar también una visión de España que no fuese ya la opaca, apagada, grisácea a que estaban acostumbrados. Bien es verdad que también se ha dado esta reacción en los novelistas españoles a lo Valle-Inclán o a lo "Azorín".

Pero no vamos a comentar ese fenómeno en relación con nuestra vida interior, sino con su paralelismo en tierra americana. Porque ocurre que los escritores de allá, cediendo de buen grado a la poderosa sugestión de España, buscan mejores versiones, por natural contragolpe, en modelos de más encendido color y mayor vibración. La española les acecha, y, queriéndolo o no, dan en su escurridizo terreno. Tan cierto es esto, que hasta lo percibe quien no es español de sangre y exclusivo amor: el profesor Vossler, por ejemplo. Suya es la observación de que tres libros de autores platenses, anhelosos de glorificar a España, acusan influencias de divisa francesa, y presentan una España, pese a su amor y a su conocimiento, "de fantasía, espléndidamente bárbara". Estos tres libros—animados y bellos, por otra parte—son: "El solar de la raza", de Manuel Gálvez; "La gloria de Don Ramiro", de Enrique Larreta, y "El embrujo de Sevilla", de Carlos Reyes. He aquí cómo Vossler extracta el asunto de esta última novela: "Don Paco Quiñones, al perder su fortuna, se hace torero profesional, y, con su temeridad, adquiere pronto gran reputación; entonces abandona por altivez a su orgullosa novia, hija de un rico ganadero, y se une a una gitana, Pura, la bailadora. Un pintor tan extravagante como ingenioso, Cuenca, desarrolla la teoría de que España renacerá de las corridas y del baile, de la impulsividad y



del arrobamiento. La hermosa bailarina es cortejada por un gitano enamorado y decadente, Pitocho, que no puede dejar de pensar en ella, y que muere, al fin, abrumado por la pasión incontinente, por la tuberculosis y por el alcohol..." Confesemos, lealmente, que este falseamiento de la realidad española acusa elementos de procedencia nacional y que cuando no es el libro la máquina que fabrica tales conceptos, es la película el órgano difusor de una bastardeada España de gitanería y bandolerismo.

No hay que extremar las cosas, y es razonable aceptar cuanto hay de verdad artística, y aun de verdad real, en el "pintoresquismo" español. Pero, aparte de que importa sobremano la depuración de esos ingredientes, no se puede admitir que la interpretación de un país, en su alma, en su destino, en sus paisajes, recaiga exclusivamente sobre un mismo y obsesante aspecto. La unilateralidad de visión es lo que debe ser evitado a toda costa, dando el ejemplo los españoles mismos, autores en ocasiones de libros que tantas veces sirven de guía a deformaciones extranjeras. Toda precaución es poca contra el contagio del tipismo, noción equivocada. En definitiva, cuestión de dosis: calculado y medido, el tipismo favorece a España, de personalidad irreductible; cargada la mano en punto a color local, el resultado puede sernos bien poco propicio, y hasta francamente perjudicial. En cualquier caso, España no debe exportar, en letra impresa, las primeras materias que sirvan al enemigo o al despistado para pretender una reelaboración que nos desacredite.

Por supuesto: sólo hemos tocado el tema de los libros que España haya de exportar, por uno de sus lados. Pero todos se conjugan, redondeándose en un concepto superior y común de calidad. El libro que se lanza al extranjero lleva, aunque no siempre se vea, prendida una banderita nacional, que se iza o se arria según los casos. Interesa, por encima de autores y editores, a España misma, que tan delicada mercancía haga honor al pabellón, por su sentido, desde luego; por su calidad, a la vez. Bien entendido que la calidad no es tanto un propósito como un resultado: el propósito, sin más, daría productos forzados, artificiosos, de convencional fuerza suasoria. El resultado es lo que manda y lo que convence. Si no cabe desconocer el valor de un libro como instrumento, en mayor o menor grado, de propaganda, convengamos en que su excelencia intrínseca es el primer requisito. A esa propaganda, en cierto modo indirecta, del libro de exportación, nos referimos: al libro del buen poeta, del buen novelista, del buen ensayista, del buen historiador, del buen filósofo, del buen hombre de ciencia.



FUNDACION Y DESARROLLO DE LA EDITORA NACIONAL

Por ROGELIO PEREZ OLIVARES

CUANDO las fuerzas heroicas del inolvidable general Mola, tras romper aquí el famoso y ridículo cinturón de hierro, se apoderaron de Bilbao, la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda, que funcionaba en Salamanca, dispuso la creación de la "Editora Nacional". Con aquel extraordinario dinamismo que caracterizó a la vida española en la zona nacional durante nuestra guerra gloriosa, y esa facultad de improvisación propia de todos los españoles, la disposición y el funcionamiento fueron cosa simultánea. El 19 de junio de 1937 entraba el verdadero Ejército de España en Bilbao, y el 24 ó 25 del mismo mes actuaba ya la "Editora Nacional" en la ciudad del Nervión. No podía sustraerse la "Editora" a la escasez de toda clase de medios que eran signo de aquellos tiempos y orgullo hoy de los que en los mismos trabajamos, y con mi solo esfuerzo y el de una señorita mecanógrafa se creó la flamante "Editora Nacional". A las veinticuatro horas de existir recibió el encargo de hacer ocho millones y medio de octavillas que, en el plazo de una semana, habían de estar tiradas, cortadas, empaquetadas y dispuestas, en fin, para que nuestros aviadores las distribuyeran sobre las localidades españolas que aún soportaban la bárbara tiranía de los rojos.

La mayor parte de la obra de la "Editora Nacional" en el tiempo de Bilbao consistió en la edición de folletos, proclamas, carteles y material de propaganda de todas clases, y ya mediado aproximadamente el año 1938, cuando se constituyó el Gobierno en Burgos, se pensó en emprender una labor de más grande trascendencia empleando las posibilidades de la "Editora" en empresas de mayor envergadura, y que de manera más directa influyeran sobre el espíritu de los españoles. Y se abordó resueltamente, simultaneándola con las actividades anteriores, la edición de libros.

Poco tiempo después los escaparates de las librerías de la España auténtica comenzaron a alegrarse con la exposición del emblema triunfador de la Falange. En todas las cubiertas de nuestros libros el yugo y las flechas, signo invencible de victoria, gritaban con ufania la de España para un futuro próximo, y al amparo de la marca liberadora, nuestros libros brindaban a los despiertos afanes del lector, en cuidados volúmenes, las "PALABRAS DEL CAUDILLO", los "CURSOS DE JOSE ANTONIO", los de Serrano Suñer, Ruiz de Alda, Fernández Cuesta, Onésimo Redondo y Ledesma Ramos, y toda una literatura social, política y económica, que conmovía desde sus bases más profundas el pensamiento español, encauzándolo y dirigiéndolo por los

caminos claros y redentores que trazaba, para la salvación y el porvenir de nuestra Patria, el régimen nuevo por el que tan estoica y alegremente se peleaba y se moría.

Principalmente atendía a la realización de nuestros trabajos el establecimiento tipográfico de Alvarez, donde encontraron acogida grata y ejecución perfecta todas nuestras iniciativas. Allí se acometió todo y todo se terminó rápida y admirablemente en plazos en realidad inverosímiles.

En esta clase de trabajos periodísticos, considero más agradable que la aridez de las estadísticas, la ligereza y curiosidad de la anécdota, y por ello voy a referir una de este tiempo bilbaíno, que revela hasta qué punto la voluntad humana es capaz de superar toda suerte de obstáculos, aun los que técnicamente se consideran imposibles, cuando se obra a impulsos de un ideal y el ánimo se siente dirigido y dominado por una fe ciega e invencible. Y fué así: A punto de terminarse la tarea del día, replica nervioso el timbre del teléfono llamándonos a conferencia desde el Cuartel General del Generalísimo, de Burgos. Iban a repatriarse parte de las fuerzas italianas que habían venido a sumarse a nuestra lucha y a regar generosamente con su sangre nuestros campos atormentados, y era voluntad de nuestro invitado Caudillo obsequiar a las fuerzas expedicionarias, entre otros regalos y recuerdos, con un lujoso folleto que comprendiera la alocución dirigida por él mismo a los legionarios de Italia en su despedida, y la orden general a los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, dictada con igual motivo. Era necesario editar 14.000 ejemplares en un plazo de cuarenta y ocho horas. La orden nos dejó suspensos. No había tiempo material por tratarse de un trabajo delicado que habría de realizarse con máquinas lentas y cuya presentación debía mantener el prestigio de las Artes Gráficas nacionales bajo otros cielos, a pesar de la anomalía que la guerra mantenía en nuestra Patria.

Relacionar la serie de dificultades que hubo que vencer hasta organizar las cosas de modo que nos permitiera la seguridad de cumplir el mandato, ocuparía un espacio que reclamaban asuntos de otro interés. Se planeó todo se organizó todo. El camarada Juan Cabanas, jefe entonces del Departamento de Plástica, y yo, sabemos las amarguras y las inquietudes de aquel episodio. Cuando el plan trazado y en marcha nos garantizaba la seguridad del cumplimiento, a las primeras claridades del alba vuelve a sonar con apremio el teléfono de Burgos:

—Es preciso reducir en veinticuatro horas el plazo señalado para la entrega de nuestro encargo.

—Esta tarde, a las cuatro, irán unos coches a recoger la edición.

—¿Cree usted posible que podamos llegar?

—Lo que creo es que lo exige el buen nombre de España.

Y aquella tarde, a las cuatro, llegaron los coches anunciados y recogieron los catorce mil ejemplares, esmeradamente impresos a cuatro tintas, con un grabado en relieve del Escudo Nacional en la cubierta, para hacer el cual hubo que empujar por proveerse del bloque de metal, que no se encontraba en todo Bilbao.

¿Cómo se hizo aquello? Hoy, en la serenidad del trabajo organizado, parece imposible. Los técnicos tipográficos lo consideran como un alarde vanidoso y sofisticado, porque estiman necesarios ocho días, por lo menos, de una ocupación ininterrumpida. En realidad puede considerarse como un milagro. Uno de los muchos que fueron enlazándose en la gloriosa cadena de sacrificios y triunfos que dieron a España la victoria luminosa y rotunda; heroica e inmarcesible, honra de nuestra Historia y gloria de nuestro insigne Caudillo.

La caída de Barcelona nos llevó a la gran ciudad mediterránea. Nuestro afán de disponer de más cantidad de elementos materiales y de instalaciones más modernas se cumplió con exceso. Pero, a compás de la mayor disposición de medios, creció el ritmo de la producción en términos inimaginables.

Siempre en lucha con toda suerte de dificultades, tropezando muchas veces con malas voluntades y resistencias pasivas, disimuladas detrás de unos ofrecimientos de colaboración absolutamente insinceros, totalmente hipócritas, en Barcelona se trabajó febrilmente día y noche.

Una idea del volumen de la labor que allí se desarrollaba la darán las cifras

que anoto a continuación, porque estimo que aquí vienen los datos estadísticos como anillo al dedo, según la frase hecha. Durante el mes de marzo de 1939 del tercer Año Triunfal, la "Editora" puso en circulación: 115.100 ejemplares de libros, 565.000 de folletos, 835.000 de carteles y 92.300 de impresos de distinta índole.

FINES DEL AÑO 1939 Y TRASLADO A MADRID.—Restablecida la autoridad, la paz lograda, nuestro establecimiento definitivo en la capital de la Nación nos asegura una normalidad en la tarea que sigue siendo copiosa y fructífera.

Basta a justificar esta afirmación el hecho de que actualmente estamos editando cuarenta y cinco obras diferentes, cuyo importe aproximado asciende a 1.029.100 pesetas.

Autores de las citadas obras son los ilustres escritores nacionales y extranjeros: Eduardo Aunós, Pedro Laín Entralgo, Eugenio D'Ors, Brandy, Juan Aparicio, Emiliano Aguado, Luis Rosales, Torrente Ballester, Cortázar, Xavier Zubiri, Essad Bey, Cournot, Dionisio Ridruejo, Javier Conde, París Egulaz, Leopoldo Panero, Luis Santamarina, Samuel Ros, Zuzunegui, Luis Felipe Vivanco... Realizamos también nuevas ediciones, ya muy repetidas, de "PALABRAS DEL CAUDILLO", obras de José Antonio, de Serrano Suñer, Onésimo Redondo, Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

Esquemáticamente queda referida la labor de la "Editora Nacional". Su éxito corresponde por entero, repito, a la preparación y al fervoroso patriotismo de nuestros jefes, que están forjando, con sus indiscutibles aciertos, una nueva cultura y moldeando un ambiente más sano y de mayor elevación intelectual para el futuro glorioso de nuestra España.

El libro barato y el libro caro

Una de las cuestiones que de tiempo en tiempo se debaten en todo el mundo por editores, libreros e incluso autores, es la pugna entre dos tendencias editoriales que, poco a poco, con los progresos de la técnica y el refinamiento en los gustos e inclinaciones del público, se han ido delimitando en los principales países. Aludimos al dilema que suele plantearse en estos términos: libro barato o libro caro, o en otras palabras: libro de lujo o libro popular.

Las dos tendencias pueden resumirse así: los defensores del libro de lujo esgrimen en apoyo de su tesis el argumento, a primera vista decisivo, de que el libro caro se vende; sus oponentes, o sea los partidarios del libro barato o popular, sin negar que el libro caro se venda, optan por el primero, basándose en su mayor difusión.

Como se ve, en realidad no existe tal dilema, sino dos formas de actividad editorial, actividad que puede adoptar, y de hecho adopta, infinitas modalidades, condicionadas a la razón biológica de existencia. El libro caro, por caro que sea, se venderá siempre. Mientras el bibliófilo, el erudito o el técnico, lo necesitan, lo buscarán donde se halle—dentro o fuera del país—. En cambio, el libro barato, aunque precisamente por su baratura alcance mayor difusión, nunca se encontrará en ese caso.

Este es otro aspecto, acaso el más importante, de la cuestión. El libro, como el pan, debería ser barato, pero no siendo posible que todos los libros que se lanzan al mercado sean lo suficientemente baratos para que se hallen al alcance de todas las fortunas, ha de procurarse, cuando menos, que una masa ingente del acervo editorial reúna las condiciones de baratura indispensables para su máxima difusión. Ténganse en cuenta que en definitiva el libro barato, auténtico vehículo de cultura popular, es puente y camino hacia el libro caro.

El libro caro, por sus características especiales, se defiende por sí mismo. Calculado para una vida independiente y larga, da el pleno rendimiento a medida que va pasando de las estanterías editoriales a los plúteos particulares. El libro barato, por el contrario, apenas sale al mercado se encuentra sumido en inextricable red de influencias que su indefensión no logra vencer y le matan en flor.

No es egoísta editorial pedir a los Poderes Públicos protección para el libro barato: es hacer Patria. El alimento espiritual del gran público es el libro que

está al alcance de sus medios económicos, y precisamente este libro, que debería difundirse en tiradas ilimitadas, es el que por piratería o por competencia no tiene a veces el rendimiento que se calculó, partiendo de su mérito, modernidad, presentación y hasta cualidades tipográficas de excelencia.

Si tal protección resulta útil en España para la difusión de lo que podríamos acaso denominar los rudimentos esenciales de la cultura, más necesaria aparece cuando el problema del libro caro y del libro barato se enfoca con relación a nuestras exportaciones.

Toda industria editorial nace produciendo libro barato. Aun cuando la producción de esta clase de libro plantee complicados problemas de orden técnico, relacionados principalmente con el coste, es un hecho que en el libro caro las dificultades que el editor ha de vencer alcanzan proporciones mucho mayores, porque, aparte del contenido y presentación, que requieren una elevada competencia profesional y un gusto depurado, la cuestión del precio no puede olvidarse completamente, puesto que en el libro caro tiene también un tope que no puede rebasarse impunemente.

En España misma, el desarrollo actual de la industria editorial, comparable por muchos aspectos al de los principales países europeos, tiene como base la aparición (y a veces la desaparición) a últimos del siglo pasado y comienzos del presente, de numerosas editoriales dedicadas a la producción de libros de tipo corriente o popular, que con su esfuerzo y sacrificio crearon el ambiente apropiado para más altas empresas.

De ahí que en los países americanos, que han iniciado hace poco tiempo su vida editorial, las primeras producciones hayan sido de libro barato, y de ahí que la primera competencia con que tropezaron nuestras exportaciones haya tenido lugar precisamente en el terreno reservado a ese libro, para ir extendiéndose de un modo fatal a todos los restantes.

Por ello nos parece que, reconocida la importancia que por lo menos en el aspecto indicado tiene el libro barato, es necesario que el Estado cuide de favorecerlo creando aquellas condiciones que pueden facilitar su difusión en los países americanos.

Joaquín SOPENA
Presidente de la Cámara
Oficial del Libro de
Barcelona.

LOS TRES LIBROS DEL CUZCO

(Viene de la página 7)

rario de Goethe, tan lleno de anécdotas vividas, con ocasión de la campaña de Francia y de Maguncia? El de este indio cuzqueño "Concolorcorvo" es uno de los más fragantes documentos para conocer el estado social del interior de América a fines del siglo XVIII. El ha sido el primer descubridor del tipo de gaucho, hasta entonces por nadie descrito. Los caminos, los tambos o posadas, las villas de tránsito, las estancias de ganado, las marrullerías de los indios, las penalidades y peligros del paso de ríos o montañas tienen su mejor cronista en Don Calixto de Bustamante. Todo ello mezclado con sales y burlas, sin dejar la descripción de ciudades o santuarios famosos. Una bella página de castellano, más castizo que el que se hablaba en la misma España a fines del siglo XVIII, es su descripción de una corrida de toros en la plaza del Cuzco.

Pero la nota más simpática del pintoresco inca es su ardiente españolismo. "Concolorcorvo", que tan

bien conocía el "Quijote", era, por los caminos interminables de América, un caballero andante de España. Corrían ya vientos de frontera separatista, y de vez en cuando Don Calixto se topaba en sus andanzas con un viajero culto, que había leído al abate Raynal. Entonces "Concolorcorvo" hacía de su Patria—no por la sangre, sino por la fe y la cultura—la más inteligente defensa. Según él, España pudo seguir en América la conducta de otros pueblos, que se limitaron a explotar riquezas. España, más generosa, lo dió todo, y sobre todo, su espíritu. De aquí la fuerza incontestable de su vieja Monarquía hispánica.

Así vimos derrumbarse grandes imperios, y el Imperio español permanece, porque es solamente espíritu, y el espíritu no muere. Leyendo a Garcilaso, a "Lunarejo" y a "Concolorcorvo" en Cuzco, me he sentido más en España que en el corazón de mi propia Castilla nativa.

MARQUES DE LOZOYA

UNA POLITICA DE EDICIONES MUSICALES

Por FEDERICO SOPEÑA

TENGO ante mí un libro extraordinario: "La música en la Corte de los Reyes Católicos", de Higinio Anglés. Recojámoslo como síntoma importantísimo del comienzo de una política de ediciones musicales. El último número de la "Revue Musicale" parisiense—marzo de 1940—intentó recoger el estado de la música contemporánea en los países de la América latina. Pudimos darnos cuenta del recíproco desconocimiento de la entraña musical de cada país.

Ha llegado ya la hora de no contentarse con la gloria de los nombres. Si; no hay duda que los países de América colocan, por ejemplo, la figura de Falla en la cúspide de la música europea. Sin embargo, ninguna de sus obras ha sido editada en España, y es triste, muy triste, que al pie de un "Amor brujo" o de una "Fantasía bética" vaya el nombre no español de la casa editora. Antes de la guerra, la necesidad—salvo, claro está, el indudable imperativo impuesto por un elemental decoro propio—era menos urgente. Lo esencial, la audición continua de nuestra música en el mundo, estaba suficientemente garantizada por su calidad. Hoy, el problema es radicalmente distinto. Yo siento enorme tristeza cuando pienso que el mejor músico español de la última generación—Joaquín Rodrigo—puede ser ignorado más allá de nuestras fronteras, precisamente por la ausencia de un organismo editorial de la música española. Del "Concierto de Aranjuez" ha llegado al mundo su constante presencia en todos los artículos en que se intenta concretar un panorama de la música contemporánea española, pero no hay una pequeña partitura de bolsillo que enseñe de verdad su esencia e importancia.

Nos hemos referido muchas veces a la falta de interés que por la música, española y no española, han mostrado las generaciones literarias que, desde principio de siglo han mantenido el monopolio de nuestra gloria literaria. Más: falta también entre nosotros la tradición de una crítica musical que, afanosa de cuestiones universales, pueda dar en cada momento una idea significativa y coherente de este maravilloso florecer de la música contemporánea española. Son dos cosas que no pueden improvisarse. Por ello, la única política del momento es afrontar desde España la edición musical de nuestros músicos. Es, al mismo tiempo, nuestra propaganda más eficaz: ocioso sería repetir que la porción del arte contemporáneo español más directamente importante para el mundo es la música... Ahora, cuando los conciertos

parecen recuperar su gran triunfo romántico de espectáculo casi litúrgico, es el momento para hacer propio el orgullo que se lleva formando desde hace veinticinco años. Repitámoslo sin cansancio: la obra íntegra de Manuel de Falla está editada en el extranjero.

Hay un aspecto importante en las ediciones musicales que, por su confluencia con esenciales trabajos de lingüística, literatura e Historia, está llamada a ser ilustración oficial. Nos referimos, claro está, a los trabajos sobre nuestro folklore. Sabemos que la Sección Femenina tiene terminado ya el material completo para una publicación periódica de canciones populares españolas, cuyo destino principal ha sido marcado para América. Esta política de ediciones musicales, cuya puesta en marcha viene impuesta por mil razones, puede realizar con el folklore dos labores esenciales: recogerlo y publicarlo con unidad de criterio e integrarlo en el cuerpo general de la investigación estilística de nuestra expresión popular. Es este el ideal que propugnó el maestro de todos, el iniciador de las razones y el estímulo para la música española de hoy: Felipe Pedrell.

Si tomamos un libro de Historia de España, más concretamente, un libro de los

que pueden caber dentro del indiferencia-ción, de "Historia de la Cultura", encontraremos muy pocas veces una visión justa de lo que significa la aportación de la música española de los siglos pasados a la formación de la imagen concreta que ante la Historia ha desarrollado España. Tenemos con nosotros una de las primeras figuras, quizá la primera, entre los investigadores musicales. Nos referimos a Higinio Anglés. Su trabajo sobre las "Can-

ligas del Rey Sabio", por ejemplo, revolucionaria absolutamente el sentido vigente sobre el arte de la Edad Media española. Un conocimiento universal de esta obra significa, sin duda alguna, un cambio decisivo en el panorama construido sobre cuestiones tan interesantes como la influencia árabe en la música europea.

Pensemos también que las normales historias de la música se enfrentan ante la genialidad que representan figuras de nuestro siglo XVI, como Victoria, Cabezón, Salinas, los vihuelistas, como si su indudable maravilla fuese un fruto meteórico. Pues bien: este libro del P. Anglés, que acaba de editar el Consejo de Investigaciones Científicas—"La música en la Corte de los Reyes Católicos"—significa un acontecimiento capital para la musicología europea, la que, como visión general de la historia musical española, contaba con pocos testimonios tan autorizados como éste. La crítica de este libro deberá suscitar en el mundo entero cuestiones de radical interés. No queremos, pues, señalar la aparición de este libro sin recogerla como el primer paso de una labor que, por encontrarse casi sin iniciar, tiene la facilidad y la revolucionaria alegría de marcar decisivos jalones en cada paso pequeño.



Las traducciones y el mercado americano

Un tema frecuentemente tratado cuando se comentan las actividades editoriales en España, es el de las traducciones. Existe un sector de opinión que critica o zahiere la que califica de preferencia del editor nacional hacia la versión castellana de obras extranjeras.

Conviene, ante todo, al tratar esta cuestión disipar un equivoco. Suele creerse que el editor publica obras extranjeras para ahorrarse dinero. Quien conozca la vida administrativa de las editoriales, sabe perfectamente que la suma del importe de los derechos de autor extranjero con el de la traducción, compensan, cuando no superan, la supuesta economía que el editor puede obtener al sustituir por traducciones las obras originales. Las épocas en que los derechos de autor ascendían a pocas pesetas y en que el traductor era miserablemente pagado están superadas. Hoy, ningún editor consciente de su misión publica traducciones que no hayan sido hechas por profesionales decorosamente remunerados.

La industria editorial cumple una misión cultural, pero presenta también aspectos integrados en la economía, que no es posible desconocer. Dependiendo de ella industrias subsidiarias importantísimas, y el interés de éstas y de la propia rama editora exige que las ediciones sean amplias y de venta asegurada. A la hora presente, la producción literaria española "de público", esto es, la que cuenta con probabilidades de venta razonable, no está a la altura de la demanda que veinticinco millones de españoles requieren.

Por otra parte, no se puede prescindir de ofrecer al público español, de día en día, más exigente, cuanto el pensamiento universal produce, incorporando así las aportaciones de todos los países y todas las lenguas al acervo cultural de la mentalidad y el idioma hispanos.

Pero, además, lo que olvidan casi siempre los que miran las cosas demasiado de cerca—con lo cual ocurre que, viendo muy bien los árboles, no distinguen el bosque—es que el editor español no ha de atender sólo a los gustos literarios, las inclinaciones y las exigencias del público peninsular; cerca de cien millones de descendientes de españoles, esparcidos en el vasto Continente americano hablan nuestra lengua y compran nuestros libros y tienen derecho a ser oídos y a hacer pesar su opinión desde el punto de vista de su gusto literario. Y el libro español permite conservar en los países que Colón descubriera una influencia espiritual que ha de ser mantenida a toda costa. Fuera vano que el editor hispánico se encerrase en el círculo del libro exclusivamente español, necesariamente angosto—como angostos son, de por sí, los del libro alemán, francés, británico o italiano.

Si prescindimos de incorporar a nuestros catálogos las grandes obras del pensamiento mundial, el lucro económico y el fuero espiritual que nos otorga el ser nosotros, españoles, quedamos ofrecidos a América en el idioma de Cervantes las primicias de las obras notables debidas a ajenas plumas, pasarán con perjuicio de todos y sin beneficio de nadie, a manos extrañas. Es decir, que independientemente de la necesidad perentoria de que el editor español conozca la producción extranjera calificada, existe paralelamente la necesidad de que nuestra industria editorial cuide de proporcionar esas obras a los lectores americanos. No hacerlo así equivaldría de un modo deliberado a forzar la aparición y desarrollo en América de editoriales destinadas a la publicación de esas obras con daño espiritual y económico para España. Es este un punto que conviene, tengan presente aquellos a los cuales está hoy confiada la política del libro. Lo que ocurre en la actualidad en algunos países americanos atestigua de un modo que no deja lugar a dudas cuanto acabo de indicar.

Es necesario, además, señalar en esta ocasión que el escritor español tiende a preocuparse muy escasamente del mercado extranjero para sus producciones. En mi vida de editor, me ha visto, con frecuencia, en el caso de tener que recomendar a editores extranjeros la traducción de libros de autores españoles

que desconocían. Existen incluso autores nacionales que ignoran este hecho, que no estarían a no ser con objeto de indicar que el intercambio literario y espiritual entre las naciones de Europa es un hecho que conviene a las letras y a la cultura de todos los países, y que el autor español, a mi entender, lejos de lamentar la incorporación a la lengua castellana de las obras extranjeras que le merezcan, debiera procurar la justa compensación, haciendo conocer, a su vez, mejor de lo que lo son, sus propios libros en el extranjero.

Destacados los puntos fundamentales—razones económicas, intelectuales, mercantiles y de expansión panhispánica—que aconsejan que la industria literaria española conserve la hegemonía mundial de la incorporación a nuestro idioma de las obras capitales de todas las literaturas, concluyo reconociendo la conveniencia de no desatender, sino dar, en nuestros catálogos, el lugar de honor que le corresponde a la literatura propia. Y no creo que editor alguno se haya negado ni niegue, dentro de las posibilidades permitidas por las circunstancias, a colocar en el puesto merecido los nombres de autores españoles que por la elegancia de su pluma, el sentimiento de su corazón y la capacidad de su cerebro, están en condiciones de recuperar para España el glorioso puesto que adquirió en las áureas horas del siglo inmortal de Cervantes, de Calderón y de Lope de Vega.

Luis MIRACLE



Han prestado
su colaboración en este
número:
ESPASA CALPE, S. A.
y
LIBRERIA
CASA EDITORIAL
HERNANDO

La vida corporativa del libro español

Por JOAQUÍN CAVO SOTELO

DESDE el pórtico del Instituto Nacional del Libro Español, cuyo funcionamiento se inicia en estos días, pensemos con la emoción que la distancia gigantesca impone en el núcleo inicial—primer balbuceo corporativo de la vida del libro—que allá nada menos que en 1553 agrupa, bajo la advocación de San Jerónimo, con el nombre de Cofradía de Libreros de Barcelona, a los libreros de la gran ciudad mediterránea, cuyas Ordenaciones confirmará el César Carlos V.

Esta Cofradía tenía por objeto la mutua ayuda de los libreros, el hacer cumplir las leyes vigentes en esa materia y el exigir de todos y cada uno de sus componentes el respeto debido a lo dispuesto en materia de tasas, de censuras, etcétera, etc. Celosos de su ministerio, los miembros de aquella Cofradía habían de elevar en fechas sucesivas diversos memoriales contra los impresores que vendían libros en sus establecimientos.

No en fecha muy dispar de aquella surgiría en Madrid, al amparo del mismo santo patrocinio que la anterior, la Hermandad del Glorioso San Jerónimo de Mercaderes de Libros. Peculiar fusión de confesionalidad religiosa y de defensa gremial, ésta, cuyas marcas, como las de la anterior bellísimas, tiene recogidas el entusiasta bibliófilo D. Francisco Vinel, había de cuidar tanto de la eternidad como de la vida cotidiana de cada uno de sus cofrades, había de luchar por la desaparición de todas las ilegítimas competencias atentatorias de la profesión librera, había de dignificar ésta al requerir en cuantos tuviera tienda abierta un grado de ilustración y de tecnicismo y aun editaría libros por su cuenta (así la Curia Filipica, de Hevia Cuesta, en 1725; así las Epístolas Selectas de López Cuesta, en 1748). Es curioso advertir que esta Hermandad aún conserva su capilla en la Iglesia parroquial de San Ginés, y subsiste varios siglos después de su creación.

A un templado erudito habrá que atribuir un día la misión de examinar puntualmente el proceso de nacimiento y de acción de esas entidades, cuáles fueron los problemas que enfrentaron, cuáles las fórmulas de su resolución, cuál su influencia en la vida de su tiempo. Esos eruditos lanzarán, emotivamente, su mirada sobre la Sociedad o Compañía de Impresores y Libreros de Barcelona, cuya escritura de constitución pasa en diciembre de 1875 por las manos del notario público del Real Colegio de número de aquella ciudad Francisco Madruguera y Calí; esos eruditos evocarán también la Compañía de Impresores y Libreros del Reino, a la que en 1787 se le concedió privilegio para establecer imprenta, como así lo hizo, por cierto, en la calle Ancha de San Bernardo, y de la que salieron multitud de libros que llevan su sello. Esos eruditos—la proximidad ya hará mucho menos difícil—su tarea en este último caso—podrán hablarnos de la vida y milagros de la Sociedad de Autores, Libreros e Impresores de España, creada en Madrid en 1847.

Y ya desde ese momento, acaso la labor encomendable al erudito, fine y hágase asequible simplemente a la buena memoria de más de uno y de dos de cuantos aun hoy son figuras señaladas de la industria editorial y librera española, la evocación de aquella Asociación de la Librería Española, que, justamente en los albores del siglo actual, agrupa en Madrid las más caracterizadas personalidades de los gremios profesionales del libro y acomete, con un espíritu espléndido, la resolución de los problemas específicos que al libro ha planteado nuestro tiempo. "La Federación Española de Productores y Amigos del Libro" brota de ella, inmediatamente después; es un paso más dado hacia una integración del libro, pero al igual que su hermana mayor, está en absoluto ajena de toda protección oficial y no tiene autoridad distinta que la que surge del respeto que los propios acuerdos merecen a cada uno de aquellos que los adopta y firma.

Y es este—año 1922—el momento en que, como expansión de la Cámara del Libro de Barcelona, que ha surgido a manera de corolario de la Conferencia Nacional de Editores de 1917, se crean en R. D. de 15 de febrero de aquel año las Cámaras Oficiales del Libro.

Aun cuando en su Reglamento orgánico se preveía la posible contingencia de aumentar su número, nunca esto se sintió como necesario. Las Cámaras Oficiales del Libro fueron, desde sus comienzos hasta ahora, en que se extinguirán solamente dos. Una la de Barcelona, con jurisdicción sobre Cataluña, Baleares y la provincia de Valencia; otra, la de Madrid, con jurisdicción sobre el resto de España. Sería curioso observar cómo la distinta psicología del profesional catalán con respecto al madrileño ha dado

a dos organismos unificados por sus fines, por sus medios de vida y por su arquitectura interior, aspectos en absoluto tan diversos. La Cámara barcelonesa ha funcionado con una preocupación sustantivamente comercial. Su diligencia se ha aplicado a la defensa y resolución de los problemas de índole económica anejos al libro; la labor de propaganda de éste ha sido, en cambio, preferentemente desempeñada por la de Madrid. Sensible, sin embargo, a los estímulos y requeri-

mientos de ésta, ha prestado su concurso económico para la realización de algunas empresas comunes: así la publicación del Catálogo General de la Librería Española e Hispanoamericana, así la Bibliografía General Española e Hispanoamericana, así la Exposición del Libro en Buenos Aires.

La iniciativa y el esfuerzo ha pesado siempre, no obstante, sobre la de Madrid, a la que adorna, al desaparecer del ámbito de la vida cultural española, fun-



Papel para la Prensa y papel editorial

De los trabajos insertos en este número bajo autorizadas firmas de distintos colegas, me ha deparado la suerte (si así cabe calificarlo) el de abordar uno de los más delicados problemas que afectan a nuestra industria editorial, por el perjuicio que aparentemente puede producir a terceros, por más que a poco que se repare, los beneficios compensadores abarcan mayor extensión y aun en pro de los intereses nacionales, entre los cuales palpitan los mismos de quienes, al pronto y a la postre, se lamentan lastimados.

Ateniéndome a lo que me es conocido, o sea al problema que entraña la venta del libro español en América, es algo tan vital, que ya los apuntados colegas han expresado su latir, y de los que se desprenden que el primer hecho, ya patente y en rotundo peligroso avance, está en que América, por un complejo de causas que no voy a repetir aquí, porque harían demasiado extenso este artículo, se está emancipando de tal forma, que ha dejado de ser el mercado fácil de otrora, para convertirse, si no en adverso, por lo menos en complicado y difícil.

Al anhelo y empuje, tan sustantivo de los cuerpos jóvenes, ha correspondido el auge y desarrollo de la producción editorial, que ya en América casi iguala a la nuestra, con la ventaja para aquella de disfrutar o haber disfrutado de abundante, excelente y económico papel. Salta, pues, a la vista que el problema de la venta del libro español en América es cuestión de concurrencia, y para afrontarlo y resistirlo con probabilidades de éxito, no cabe otro remedio que ofrecer libros de impecable hechura y de precio módico.

¿Hemos seguido hasta ahora el camino que nos conduzca a este fin? Absolutamente no, y antes al contrario, bregamos con carestías e inconvenientes que conducen a pasos agigantados a una producción prohibitiva con su corolario: la forzosa abstención.

Hay otro aspecto esencial que me importa resaltar, por estar estrechamente enlazado con la exportación: la aportación de divisas al Estado. Sobre este punto quiero hacer hincapié, por ser argumento que expreso el más poderoso y el que justifica el enunciado del artículo en el sentido de implícita aspiración de que esté equilibrado con igual régimen de favor el editor exportador y la Prensa diaria; porque se pregunta mi incompreensión las razones que permiten conceder papel a los rotativos a pesetas 1,70 el kilo, sin ser elemento que proporcione divisa, y en cambio pague el editor precios enormemente más elevados, poseyendo aquella vital importancia para el Estado.

No se me oculta que de por medio andan los intereses del fabricante de papel, y sobre esto debo hacer la aclaración, ante posibles equívocos: que el criterio sustentado en cuanto al precio armonizador entre la Prensa y el libro de exportación, es que al fabricante se le permitiera apli-

car un precio promedio igual para ambos, que le fuera compensador.

Como no se me escapa que la puntualización de este caso no puede quedar al criterio del fabricante, me atrevo a proponer el nombramiento de una Comisión técnica representativa de las distintas ramas afectadas por el problema, al objeto de estudiar dicho precio armonizador mientras duren las actuales circunstancias.

Por mi parte he hecho algunos cálculos con criterio objetivo, que, así opino, demuestran con bastante exactitud la realidad de la situación, dando la pauta de a dónde podría llegar ese precio armonizador sin merma de los intereses de la Prensa y del fabricante de papel.

Si se tiene en cuenta que la producción de papel Prensa es muy superior al de editorial, en un porcentaje de 10 a 1, es consecuentemente lógico que el fabricante tenga que aplicar, a guisa de "compensación" un precio al papel editorial excesivamente elevado para el editor. No es menos lógico que si se permitiera un aumento en el papel de Prensa, esa diferencia, aplicada a una gran cantidad de producción, podría compensarle una rebaja mayor en el papel editorial. O sea, que si el fabricante, por cada diez toneladas de papel Prensa a pesetas 1,70 kilo, en el que sólo cubre gastos, hace dos de editorial a pesetas 5,30, se gana en éste pesetas 3,60 por kilo, que aplicadas al total son pesetas 7,200, y que, divididas por las doce toneladas, corresponden a 0,60 el kilo.

Si se aplicaran, por tanto, estas 0,60 pesetas por kilo al precio del papel Prensa, resultaría éste a pesetas 2,30, lo que permitiría rebajar el de exportación a pesetas 3, aunque dentro del espíritu de unificación o trato igual de favor que se persigue, podría aplicarse el precio de pesetas 2,65 el kilo para ambos casos.

Si se me dice que con ello se perjudican los intereses de la Prensa, aportaré el argumento de que si bien es verdad que en principio se establecería un desequilibrio, es obvio que la estabilidad retornaría recurriendo al contrapeso que podría dar el aumento en las tarifas publicitarias, y que por fijarse en derramas muy repartidas, apenas trascendería en la marcha del negocio.

Aquí queda expuesto someramente uno de los aspectos del problema del libro español en América, y otros serán a estructurar o mejorar los medios que conjuren la crisis y peligros que nos acechan, pues sobran experimentados que sin esfuerzo lo logren. Y ya, como colofón, oportuno será que resalte el hecho de que el libro, más que "materia", es portador que vincula, y, por lo tanto, no es conveniente dejar que enmohezca esa arma que es nuestra habla, como nos ha ocurrido con las Filipinas y está ocurriendo en América Central, donde se posterga nuestro idioma en beneficio del inglés.

Manuel MARIN
(De "Editorial Manuel Marin".)

dida generosamente en el Instituto Nacional del Libro Español.

La Exposición del Libro de Medicina, la del Libro Moderno, en la Exposición de Sevilla; las Ferias del Libro, de signo equivocado, pero acaso expresión de una vitalidad ya muy cuajada; la Exposición del Libro Infantil, la del Libro del Movimiento Nacional, y tantas más, a lo largo de los cinco lustros de su actuación, que han sido, junto con sus repetidos concursos de toda índole—al mejor artículo, a la mejor novela, a la mejor encuadernación, al más sugestivo escaparate de librería, etc., etc.—, jalones en la historia de la propaganda y difusión del libro español.

¿Y qué decir de la labor protectora llevada a cabo por ellas en el orden meramente mercantil? Algunas de sus conquistas—el certificado económico de 0,05 pesetas, por ejemplo—han representado para la difusión material del libro un avance enorme; la continua vigilancia y protección del libro en todos sus contactos fiscales; su ordenación bibliográfica, sujeta a normas, no de un clientismo complicado y ya cercano a su crepúsculo, si no acopladas a las necesidades del librero, tras el cual trabaja una red de auxiliares de toda índole, como del librero modesto, representa una contribución de las Cámaras a la regulación de la vida del libro español que hará honor siempre a su nombre y honor también a los de quienes las regentaron.

Pero las Cámaras Oficiales del Libro respondían a un criterio esencialmente contrario del hoy instaurado. La de Madrid—campo de agramante en muchos de sus períodos—reproducía, en pequeño, la trágica contienda de los años precusores del Glorioso Movimiento Nacional y remedaba, por su filia democrática, de modos y maneras, la fiebre del sufragio, y de urnas tan gravemente cargadas de responsabilidades en la germinación de nuestros desastres nacionales. No podía subsistir sobre su misma pauta; hacíase preciso modificarla sustantivamente, y por añadidura—y está es la tarea más grave de cuantas entrañaban las Cámaras Oficiales del Libro—no era posible imaginar materia tan delicada, tan primordial en nuestro Estado, como la que corre a cargo de la gran familia editorial, entregada al juego libre de las mareas y de los vientos, sin la existencia en su cúspide de una autoridad ordenadora que la sometiera a cauce, a disciplina y a norma.

La edición española, por tanto, presta al servicio del Estado, sujeta a su tutela, recompensada simultáneamente por su protección y sus desvelos, va a echar a andar sobre caminos hasta ahora no transitados, pero en los que la esperan, sin duda alguna, días de bienestar. El Instituto Nacional del Libro Español, nacido bajo la bóveda de la suprimida Subsecretaría de Prensa y Propaganda, traspadado después, al seno de la Vicesecretaría de Educación Popular, que absorbió aquella, marca el punto final del gran arco que en la historia corporativa del libro español apunta en la Cofradía de Libreros de Barcelona, de la que hablabamos al principio.

Soy estigo excepcional del entusiasmo y del vigor con el Instituto Nacional del Libro Español, bajo el mando enervorizado de su primer presidente, Julián Pemartín, da sus primeros pasos.

A mí me corresponde el honor de enlazar técnicamente, desde su Secretaría, la Cámara Oficial del Libro de Madrid y el nuevo organismo, cuya pujanza de medios y cuya ambición de fines dará vuelos más altos a la misión de las viejas Cámaras.

Al libro le ha circundado una muralla de panegiristas insinceros; de ella han llovido mil elogios aflautados sobre su utilidad y su belleza. De quienes se digan románticos amantes de él, poco o nada podemos esperar. Si, en cambio, de quienes lo miden tal y como es. El Instituto, que nunca olvidará al libro, como sutil materia de comercio a la que es indispensable considerar en permanente minoría de edad, ha sido creado, sin embargo, para sublimarlo con una más alta estimación. El libro es un arma de inapreciable valor, y sus fleas han de cortar bien cuidados siempre. Por eso, como expresión del ritmo a que atemperará su marcha, futura, ha elegido, inspiradamente, un "exlibris", del que arranca su propia definición. Está tomado de la portada del "Verdadero entretenimiento del Cristiano", de Andrés de la Loma, impreso en Sevilla por Alonso de la Barrera, en 1584. Hay en ella, con un nimbo floral de laureles y de frutos, un casco guerrero sobre un libro cerrado. Y en torno suyo esta sobria sentencia: "Non minus praeclarum hoc, quam illud." Así lo entiende, en efecto, el Instituto Nacional del Libro Español: el libro no cede, como arma, en valor a la espada.

El libro español en Portugal

La cultura portuguesa se ha formado hace más de veinte años con la influencia decisiva del libro francés, tanto en literatura como en técnica. Durante ese tiempo, tanto la "élite" intelectual lusitana como el público en general, leía solamente autores franceses y libros editados en Francia, siendo, por tanto, la importación de dicho libro en Portugal importantísima, por no decir única, mientras el libro inglés, norteamericano, italiano y español quedaban relegados a la mínima cantidad de importación.

Por otra parte, Portugal no contaba, ni cuenta actualmente, con casas editoriales de libros en portugués, y la importación del libro brasileño era mínima. Hace cuatro o cinco años ésta ha aumentado por razón de que en el Brasil se han montado casas editoriales, muchas de las cuales, por desgracia, han plagiado libros de todas las naciones, sin olvidar, como puede suponerse, los de autores españoles.

En el año 1922 algunas librerías de Lisboa empezaron a interesarse por el libro español, pero como el volumen de ventas de éste era reducido, no tomaron en ello el más mínimo interés. Por aquella época los editores españoles empezaron a preocuparse de la divulgación de nuestro libro en Portugal, especialmente las casas Marín y Labor, que hicieron una gran propaganda, y a las que siguieron Salvat, Seix, Usón, Pubul, Calpe, Gallach, Científico-Médica, etc., labor que por la razón apuntada las librerías portuguesas no apoyaron con la intensidad que deseaban los editores españoles.

Se extendió entonces a Portugal la venta a plazos, directamente a los clientes, hecha especialmente por agentes de las casas editoriales. Por este procedimiento se logró que las ventas aumentasen bastante, pero los resultados económicos no fueron todo lo halagadores que era de esperar, pues quedaron muchos impagados por razones que no es del caso enumerar en este momento. Más, por otra parte, los libreros portugueses establecieron también ese método de venta aplicado a los libros franceses, y ello constituyó un perjuicio para nuestro libro.

Antes del Glorioso Movimiento se intentó montar en oPortugal una Delegación de todos los editores españoles, pero el proyecto, desgraciadamente, fracasó por no haberse orientado bien cuanto necesitaba la Delegación en su aspecto oficial.

Desde el año 1936 al año 1939, durante nuestra guerra de Liberación, se intentó hacer más propaganda del libro español en la vecina nación, pero la escasez de libros y la situación de las editoriales en la zona no liberada impidieron que pudiera ser una realidad lo que tanto se deseaba para todos.

Terminada nuestra Gloriosa Cruzada, comenzaron los editores españoles una campaña, haciéndose algún viaje para interesar más intensamente a los libreros. Coincidiendo con esos deseos se montó, por unos portugueses beneméritos, Rodríguez Araújo y Compañía, amantes de nuestra Patria, una oficina humilde para propagar el libro español, y, posteriormente, la guerra actual dio ocasión oportuna a que los propósitos de estos buenos portugueses y de los editores españoles se vieran coronados por el éxito más ilustre. Se logró que la mayoría de textos de la Facultad de Medicina, Derecho y Escuelas Técnicas, hasta ahora de autores y editores franceses, fueran substituidos por libros de texto de autores españoles. Y ello se consiguió no solamente por faltar en el mercado algún libro francés, sino también gracias a la propaganda realizada a favor del libro español, y pudo lograrse, además, aficionar al público en general a que leyera nuestros libros de literatura, arte, etc.

Contribuyó, indudablemente, a este aumento de venta del libro español en Portugal, la instalación en el mes de marzo del año 1941, de una magnífica librería titulada, en honor de nuestra Patria, "Luso-Espanhola", continuadora de las actividades de la de Rodríguez Araújo y Compañía, y dedicada exclusivamente a la venta del libro español, y en la que se ha procurado existan las obras de todos nuestros editores, con lo cual se ha conseguido dar facilidades al lector y propagar constantemente nuestros libros. La influencia que ha ejercido esta Casa puede demostrarse por los cuadros adjuntos, en los que se aprecia regularmente, a contar de marzo de 1941, el incremento de venta del libro español:

	1940			
	Mayo y Junio	Julio y Agosto	Septbre. y Octubre	Novbre. y Dibre.
	Escudos	Escudos	Escudos	Escudos
Entre todos los libreros portugueses	186.000	217.000	232.350	224.000
Rodriguez Araújo y Compañía Limitada de Lisboa	—	—	—	40.000
Totales	186.000	217.000	232.350	264.000

	1941			
	Enero, Febrero y Marzo	Abril, Mayo y Junio	Julio, Agosto y Septbre.	Octubre, Noviem. y Dibre.
	Escudos	Escudos	Escudos	Escudos
Entre todos los libreros portugueses	407.650	310.970	298.200	369.670
Livraria Luso-Espanhola, Limitada, Suc. de Rodrigues Araújo	440.250	499.730	153.000	184.800
Totales	847.900	810.700	451.200	554.470

	1942	
	Enero, Febrero y Marzo	
	Escudos	
Entre todos los libreros portugueses	349.000	
Livraria Luso-Espanhola, Limitada, Suc. de Rodrigues Araújo y Compañía	302.000	
Total	651.000	

Sin embargo, a pesar de los buenos resultados obtenidos, gracias a la labor individual y colectiva de los editores y de los mismos libreros portugueses, no conviene olvidar a los enemigos que hasta el presente ha tenido el libro español en Portugal ni las perspectivas, no muy halagüeñas, que se vislumbran en el futuro.

Ante todo, ha debido luchar para evitar cierta piratería, pues eran muchí-

simos los que pedían libros a España por intermedio de amigos, a fin de que, no pagando el precio en escudos, les resultasen más baratos. Y otros, valiéndose de la gran extensión de fronteras, pasaban de contrabando ejemplares de todos los editores españoles, ejemplares que en Lisboa se vendían a bajo precio, en competencia con los adquiridos legalmente por las librerías. Afortunadamente, mucho de esto ha desaparecido, y por nues-

tras dignas autoridades se han tomado medidas para evitarlo.

Otro inconveniente que es necesario recordar es la nueva invasión del libro francés, que en estos momentos se acentúa en Portugal. Una Comisión de editores franceses visitó hace tres meses la vecina nación, propagando no sólo el libro francés, de sobra conocido allí, sino otorgando a los libreros una serie enorme de facilidades de pago. Si fuese sólo contra las ventajas dadas a los libreros por los editores franceses con lo que los españoles tuviésemos que luchar, no habría motivo grave para desanimarnos. La enemiga mayor que tienen hoy nuestros libros es la "baratura" del libro francés comparado con nuestras ediciones.

Esa baratura es debida al cambio del franco con relación al escudo, y a las facilidades que los editores franceses han

logrado de su Gobierno para fomentar la exportación.

Para la difusión de nuestro libro en Portugal en estos momentos de competencia no queda otro remedio, si no queremos ver conquistado aquel mercado por el libro francés, que tomar urgentemente medidas eficaces para favorecer la exportación. En nuestra opinión, lo más práctico sería, o bien una prima sobre la exportación, o una compensación, también en forma de prima, para las primeras materias que entran en su composición, especialmente en el papel, lo que permitiría una reducción de precios que haría posible vencer la competencia que hoy amenaza a nuestro libro.

Juan FLORS GARCIA
Propietario de la Editorial Científico-Médica.

La protección del libro español en América

Una de las muchas calamidades que pesan sobre el libro español en la época actual es la edición clandestina americana, la edición "pirata".

Aunque injusto, es humano aprovechar las dificultades con que nosotros tropzamos—escasez y carestía del papel, y más aún la falta de comunicaciones—para incrementar esta plaga en la otra orilla del Atlántico.

También las setas surgen cuando el ambiente, las condiciones del terreno, de humedad y calor les son propicios.

Ya de por sí una edición "pirata" es un serio perjuicio para el editor que ha satisfecho religiosamente los derechos y, por lo tanto, lucha en competencia desigual; pero además el editor "pirata" juega a cartas vistas, es decir, sólo reproduce aquellos libros de éxito seguro y ya manifestado en el mercado, mientras que el editor legal debe correr con el riesgo que implica toda obra inédita y, por lo tanto, de éxito inseguro.

Y es tal el incremento que esa industria editorial clandestina ha ido adquiriendo que, incluso los "piratas", llegan a achacarse la competencia entre sí. ¿Buen síntoma? Quizá sí. En física, fuerzas contrarias se anulan, y en agricultura, plagas de insectos se destruyen con plagas de otros insectos. ¿Tiene remedio este mal? Evidentemente el daño es grave, y remedio tiene sólo uno, y aun difícil, arduo, costoso y complicado, cumplir estrictamente para cada libro los requisitos, algo rigurosos por cierto, de nuestra ley de Propiedad Intelectual y cumplir también con toda la gama de convenios, tan extensa como numerosos, con las Repúblicas americanas.

En la imposibilidad material, en un trabajo tan breve, de citar a cada uno de esos convenios, voy a referirme solamente a la nueva ley argentina, la más destacada y alrevida de todas, y por ser aquel mercado, por su importancia, el que más nos interesa a todos.

Antes de la promulgación de esta nueva ley (número 11.723, de fecha 23 de noviembre de 1933), los libros debidamente inscritos en el Registro español quedaban automáticamente protegidos en la República Argentina, de acuerdo con la ley española de 10 de enero de 1879; la argentina, número 7.092, de septiembre de 1930, y el Tratado de Montevideo de 11 de enero de 1889.

Así, una edición fraudulenta, en la Argentina sólo podía subsistir cuando el legítimo propietario ignoraba la existencia de la misma o le era imposible actuar por no haber cumplido, a su debido tiempo, con los requisitos de nuestra ley.

Pero una vez la nueva ley en vigor, nos sumimos en un mar de confusiones. Que las obras anteriores a dicha ley dieran un pleito (Dios no lo quiera) por internacionales entonces vigentes, parece de una lógica aplastante, máxime cuando la nueva ley no tiene carácter retroactivo, y, sin embargo... si algún día debéis sostener un pleito (Dios no lo quiera) por alguna de esas obras, ya cuidará vuestro contrincante de inmiscuir continuamente esa nueva ley para complicar el asunto lo más posible, y os será preciso llenar plegos y más plegos de papel sellado para demostrar que, a su debido tiempo, cumplisteis todos los requisitos legales de inscripción, por lo cual las leyes españolas y los Convenios internacionales os ampa-

ran. Resumiendo todas estas circunstancias, y apelando finalmente al Tribunal Supremo, es posible que lleguéis a un feliz y costoso resultado. ¡Ah!, pero si el editor español no ha llenado todos esos requisitos, el pleito se pierde irremisiblemente. Tengo a la mano dos recortes de diarios argentinos que hablan de dos pleitos perdidos por autores españoles (Martínez Sierra y Pérez Lugín) por no haber podido demostrar ante el Tribunal (dice el periódico) la legitimidad de sus derechos.

Para los libros publicados con posterioridad a dicha ley no hay otra solución que atenerse a ella y a sus consecuencias, sin apelación posible. En cuanto a las obras originales, no hay dificultad alguna. La situación es la misma que antes: cumpliendo los requisitos legales en el país de origen, quedan automáticamente protegidas en la Argentina. Pero en cuanto a las obras traducidas, es preciso presentar una copia del contrato de edición al Registro de la Propiedad Intelectual de dicha República, dentro del año precisamente de su publicación.

Así al editor que se descuide podrá ser "pirateado" impunemente, sin apelación ni recurso alguno, por muy bien protegido que esté en su país de origen. Algo podrá aliviar la situación, inscribiendo en seguida el contrato de traducción, pero esto sólo tendrá efecto para las ediciones fraudulentas que puedan hacerse desde aquel momento en adelante, pero ninguno para las existentes, las cuales gozarán de la misma legalidad que la del editor.

Así es la ley; pero yo pregunto, ¿es que el editor de la obra original, y por lo tanto automáticamente protegida en la Argentina, no puede reclamar contra quien fraudulentamente ha vulnerado sus derechos al traducirla?

He aquí un pleito curioso que no resuelve esta nueva ley.

Y es que las leyes, como los testamentos, cuanto más complicados más se prestan a confusiones.

Es una verdadera lástima que no haya sido posible llegar a un acuerdo de conjunto entre España y los países de habla española. Algo así como una especie de Convención de Berna hispanoamericana. ¿Culpa de quién? Por una parte, los Gobiernos españoles, nunca pusieron un mayor empeño en llegar a ese acuerdo, y por la otra, los países americanos han rehuido todo intento de colaboración, sin duda por creer hasta ahora que tienen relativamente poco que proteger, y, por lo tanto, se consideran los menos beneficiados en el acuerdo.

Yo quisiera llamar la atención de los países de habla española, ahora que, a favor de las circunstancias, va cada día en aumento su producción intelectual, legal e ilegal, para que toman en consideración este problema y buscáramos entre todos y en beneficio de todos una fórmula clara y sencilla, basándonos en principios de ética, de que la propiedad intelectual nace en el momento de crear el libro y no por el hecho de su inscripción en el Registro que, en el fondo, no es más que un requisito. Este es el espíritu de la Convención de Berna y es el mismo que, por razones imperiosas de raza y de historia, debiera prevalecer entre los países hispanicos.

SANTIAGO SALVAT
De Salvat Editores, S. A.

Una librería en Santiago de Chile

Por SAMUEL ROS

POCOS días después de mi llegada a Santiago de Chile me decidí a entrar en la librería que D. Carlos Nascimento tiene abierta en la calle de Ahumada. Entré con particular emoción, porque mi propósito era ofrecer al editor el original de una novela. No quise ir acompañado ni recomendado, porque fracasar en mi intento con testigos—apenas iniciada mi vida en América—hubiese sido demasiado deprimente.

La librería resultaba más interesante a medida que se profundizaba en ella. Era, pues, larga y estrecha, y sus límites: un solo escaparate a la calle, y en el extremo contrario el despacho de D. Carlos, cuya lámpara se encendía por la mañana al abrir la tienda y se apagaba al cerrarla.

Me presenté con timidez y se me acogió con extremada cordialidad. Don Carlos era alto, fuerte y de mediana edad; cuando le dije mi nombre y mi pretensión se dirigió en silencio a un estante y me trajo mis libros: las dos novelas editadas por Biblioteca Nueva y los tomos de cuentos editados por Calpe y Renacimiento. Confieso que mi emoción fué grande, pues aunque me habían dado noticia de mis libros mis nuevos amigos y compañeros chilenos, yo lo atribuía más bien a su amabilidad. Don Carlos me pidió que le firmase algún ejemplar y después los colocó en mi presencia en otra anaquelaria de su despacho, donde recogía los volúmenes dedicados de todos los escritores españoles que llegaban a su tienda. Recuerdo que eran muchos, y me extrañó la presencia de algunos nombres por no tener noticia que hubiesen estado en América. Don Carlos, con una sonrisa ancha y feliz, como de hombre que estima la mercancía que vende, me dijo:

—Faltan muchos escritores por venir..., pero yo les espero.

Mientras yo escribo estos recuerdos, D. Carlos está allá, en su librería de la calle de Ahumada, esperando, como si su misión fuese más que vender los libros pasarlos a la estantería privada de los autógrafos.

Recorrí, guiado por él, la tienda, donde los libros españoles, de autores de aquí y de allá, aparecían tan apretados los unos con los otros, que hasta el mismo mar podría olvidarse. Los libros editados por Nascimento estaban pulcramente impresos, en contraste con las ediciones de otras editoriales chilenas. Mi observación fué explicada por el editor:

—Editan como si fabricasen libros, no tienen reparo en mutilar textos y en confundir las épocas y los autores sin catalogarlos en su debida colección. La Editorial Ercilla cada hora del día saca un libro

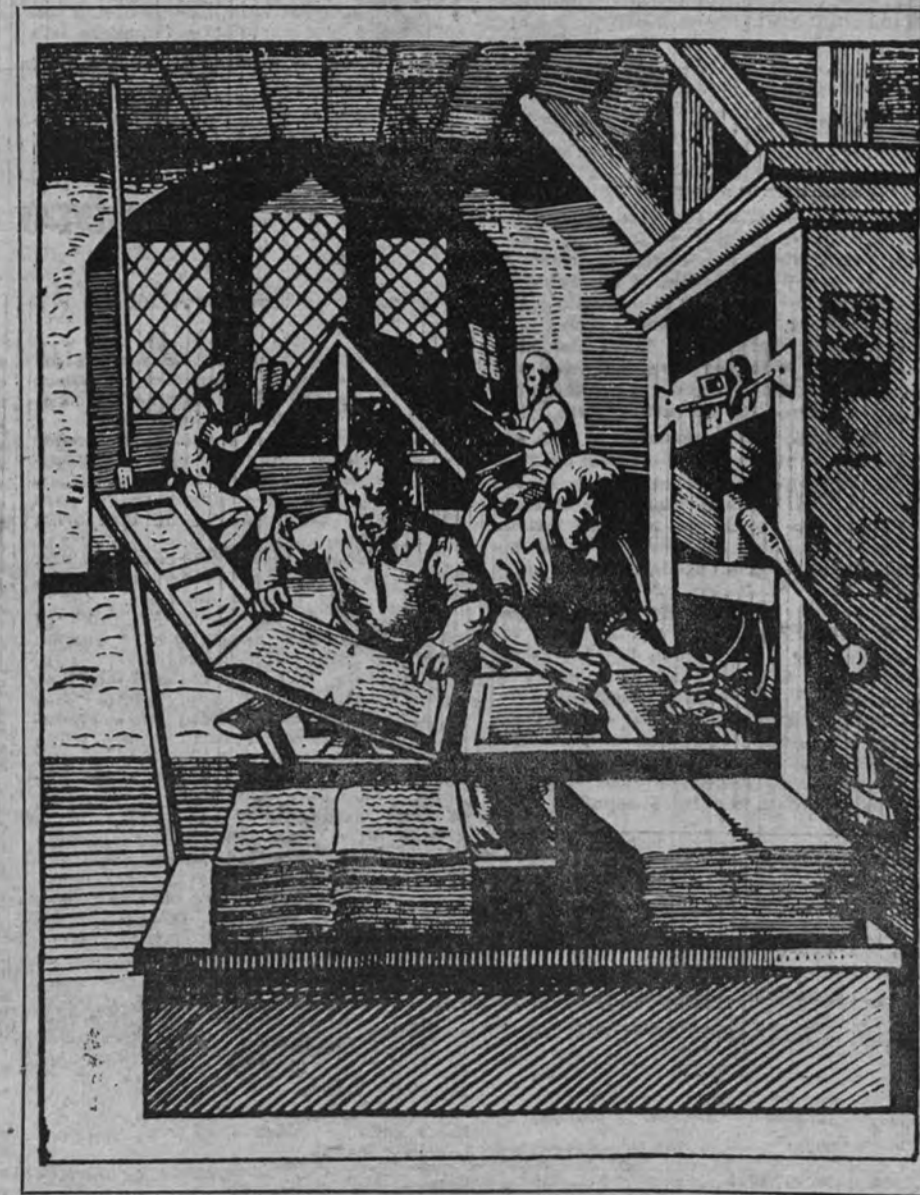
a la calle. Yo trabajo despacio, en mi imprenta se compone casi todo a mano, y de mis siete obreros, tres y el regente son españoles. Uno se dedica exclusivamente a corregir las pruebas corregidas por el corrector, que, como es chileno, confunde la "s" con la "z". Yo le digo a este hombre que su misión es quitar el acento chileno a los libros... Seguramente dentro de un par de años se habrá contagiado y tendré que cambiarle de puesto.

—Esto también puede ocurrir en Sevilla—le contesto yo.

Don Carlos Nascimento me obsequió con un montón de libros: me invitó a visitar una tarde su im-

prenta, situada en un barrio extremo de la ciudad que todavía no conozco. Después pasamos a su despacho, cuya mesa alumbraba la lámpara eterna y desde donde vemos, al extremo opuesto de la tienda, larga y estrecha, el pequeño rectángulo de la puerta, iluminada por un claro sol de mediodía. Allí concertamos la edición de mi novela y fijamos las condiciones de palabra. Hasta muchos meses después de aparecer no firmamos el contrato, cuya necesidad no sentíamos ni él ni yo.

—En trance de independencia las naciones necesitan integrar; por es-



En la calle me encuentro con Manuel Vega, fino escritor y periodista, que trabaja en el "Diario Ilustrado", y hablando de libros me acompaña al hotel.

—¿Sabe usted lo que me agradaría escribir un día como homenaje a este Chile magnífico que me de-

viene las ganas de escribir? Pues me gustaría escribir una biografía de D. Diego Portales le digo. Manuel Vega, que además de muy culto tenía para mí una inestimable cultura de la actualidad española y se interesaba con pasión por la doctrina de Falange y por sus fundadores, me habla de D. Diego Portales y de su gran sentido nacional. Se lamenta de que no exista una buena biografía de este chileno, que unificó los extremos de los pipiolos liberales y de los pelucones conservadores en un Servicio Nacional.

Antes de despedirnos hablamos de Balmaceda, en realidad Balmaceda o Valmaceda, como si él mismo hubiese corregido su apellido, al modo como corregía las pruebas el corrector español de D. Carlos Nascimento. Sin duda, su trágico fin es más romántico y novelable que el de Portales, pero de menor alcance político.

Frente al retrato de Balmaceda tomaba yo una taza de té días más tarde, pero comprendí que no era político hablar con su familia del suicidio del Presidente. En América, la Historia pertenece todavía en excesiva proporción a unos apelli-

dos que, por sentido aristocrático, repugnan la popularidad y la crudeza de la Historia.

El mismo día de mi visita a Nascimento le envié las cuartillas de mi novela, y unos quince días después me llamaba por teléfono para recordarme la prometida visita a su imprenta.

Fuí a recogerle a la tienda a la hora convenida, y en el fondo, frente a la puerta de su despacho, encontré algo que puso en mi voz temblores de emoción: un cajón de libros de España, facturado antes de la guerra y llegado con gran retraso a su destino.

Ayudé al dependiente a abrirlo, y allí aparecieron los ejemplares que yo había visto en los escaparates de Madrid días antes del caos rojo. No citaré ninguno, pero tengo todos los títulos y autores en la memoria. El gran montón de libros esparcidos por el suelo me daba una fe profunda en los destinos de España, y su presencia me compensaba de ciertos "dengues" sociales que ostentaban en las casas libros de idiomas extranjeros lujosamente encuadernados.

La imprenta estaba en un arrabal donde la edificación era muy baja: fábricas y conventillos. No lejos se veía la pradera del Hipódromo como una alfombrilla verde para las altas cumbres de la cordillera nevada. En el patio, bajo una parral, nos sirvieron, en una mesa de madera de pino, vino tinto y chicha. Después me presentaron el primer pliego de mi novela. Arriba de una página el nombre Samuel Ros, y en la de enfrente el título: "Los vivos y los muertos". Confieso que esta pequeña cosa me produjo una satisfacción igual a la de mi primer libro.

Allí mismo escribí el prologo que acompaña y explicaba el proceso y los azares de la novela: "... En este país—decía—encontré un editor de esos que compensan de editores..."

Pese a todos mis propósitos no he escrito ningún libro sobre América, pero puedo decir que pienso escribirlo, y también que pienso en América siempre que escribo. No olvidaré nunca aquel cajón de libros llegado de España, y recomiendo a todos los escritores que piensen en sus libros colocados al otro lado del mar, donde pueden leerse sin intermediarios o traductores como aquí... Algún día pueden encontrar ellos sus libros como me ocurrió a mí. Don Carlos Nascimento, al menos, les aguarda a ellos allá en su librería de la calle de Ahumada, y cuando lleguen, les sacará de una anaquelaria sus libros para trasladarlos a la otra, donde conserva con orgullo los ejemplares firmados. Así sea.